Cuentos de una bruja

3

Las Brujas de Nueva York

KIM RICHARDSON

Autora bestseller del *USA TODAY*

Cuentos de una bruja

Las Brujas de Nueva York

Libro Tres

Kim Richardson

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Cuentos de Bruja, Las Brujas de Nueva York, Tercer Libro
Copyright © 2023 por Kim Richardson
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

www.kimrichardsonbooks.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

El Gigante y la Bruja
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

1

Siempre quise ver el interior del edificio de la sede del Consejo Gris en Nueva York. Solo que nunca imaginé que sería una prisionera cuando lo hiciera.

Sucedió tan rápido que apenas tuve tiempo de reaccionar. Clive Vespertine, el investigador, y sus matones, me esposaron delante de todos en el vestíbulo. En un momento, estaba a punto de experimentar un sexo increíble —probablemente el mejor sexo de mi vida con Valen, nada menos que en el despacho de Basil— y, al siguiente, me llevaban a rastras, me humillaban y me trataban como a una convicta.

En cuanto el frío metal tocó la piel de mis muñecas, supe que había algo diferente en estas esposas. Una energía fría trepó por mis muñecas y se filtró en mi piel. Y por un momento me sentí mareada, como si me hubiera levantado demasiado rápido.

Mi frustración volvió a aflorar. Tiré con fuerza de las ataduras y el metal me cortó la delicada carne de las muñecas, pero yo solo era una Bruja de Luz Estelar. No tenía la fuerza de un gigante. No podía atravesar el metal, pero sí fundirlo.

Cuando recurrí a mi luz estelar, lo supe.

Así como cuando Bellamy me había inyectado, no podía acceder a mi magia. Algo estaba obstruyendo mi luz estelar. Las esposas. Eran esposas antimágicas hechas para bloquear la magia de una bruja.

Mierda.

Miré a Valen. Tenía la cara ensombrecida por la ira, los ojos ardientes de fría furia. No paraba de apretar y aflojar los puños, como si no estuviera seguro de a quién golpear primero. Me di cuenta de que quería transformarse en su versión gigante y hacer papilla a esos asquerosos. Lo habría agradecido. Pero entonces, eso solo me haría parecer más culpable. Por no hablar de lo que eso le haría a su reputación y su carrera. Nunca volvería a trabajar para el hotel después de eso.

Nuestras miradas se cruzaron y le hice un gesto silencioso con la cabeza, esperando que entendiera el mensaje. Asintió con la cabeza. Era suficiente.

Miré fijamente a Clive.

—Estás cometiendo un error. Yo no maté a Adele —Me dolían los hombros de tanto que los jalaban y retorcían en un ángulo extraño. Volví a forecejar para zafarme de las ataduras, aunque sabía que era inútil. Llámalo reacción instintiva. Detestaba estar atrapada.

Clive dio una calada a su cigarrillo. Sus ojos recorrieron el vestíbulo, como si estuviera admirando la decoración y no le importara realmente estar montando una escena o tal vez arruinando mi reputación para el resto de mi vida.

—Dejaremos que la Corte decida. Pero hay una montaña de pruebas contra ti. No tienes un caso. Puedes despedirte de tu libertad.

La sangre me latía en los oídos.

—¿Qué?

Clive echó una bocanada de humo.

—Y tenemos un testigo ocular. Vio cómo pasó todo.

Mis labios se separaron.

—Eso no tiene ningún sentido —No recordaba haber visto a nadie salir del laboratorio. Pero, de nuevo, yo estaba ocupada peleando, o siendo atada, o tratando de salvarle la vida a Valen. Era posible que algunos de los compinches de Adele se hubieran marchado.

Renuentemente, eché un vistazo a mi alrededor, viendo que la mayoría de los invitados habían dejado de jugar en las mesas de juego y estaban más interesados en lo que me ocurría.

Basil se aclaró la garganta. Estaba saltando y persiguiendo las cenizas del cigarrillo de Clive con el cenicero que tenía en la mano.

—Estoy de acuerdo con Leana. Esto es un error. Un error de identidad. No es una asesina. Es una Merlín. Díselo, Leana.

Dudaba que eso ayudara.

—¿Soy una Merlín?

La boca de Clive se torció en una sonrisa en parte divertida y en parte arrogante.

—Sabemos quién eres. Puedes ser una Merlín o una reina de las hadas. Me importa una mierda. Mataste a un miembro de la Corte de Brujos Blancos, y vas a tener que pagar por lo que hiciste —Hizo un gesto con la cabeza, y el brujo que me había esposado me tiró de las muñecas y me arrastró hacia delante con no demasiada suavidad.

Lo próximo que recuerdo es que Valen estaba frente al brujo. Puso un dedo en el pecho del tipo, y se veía como si quería desgarrarlo con sus propias manos si se atrevía a dar otro paso adelante.

—Quítale las manos de encima.

El brujo sonrió, mostrando unos cuantos dientes.

—¿O qué, grandulón? ¿Me vas a obligar? —se rio—. Adelante. Me encantaría derribar a un gigante. Lo añadiré a mi lista de cosas que hacer antes de morir.

Valen frunció el ceño.

—No eres rival para mí.

—¿Quieres ver si eso es cierto? —Las llamas púrpuras se cernían sobre las palmas de las manos del brujo. En sus ojos oscuros brillaba una especie de júbilo ferviente. Quería luchar contra Valen.

Los músculos del cuello y los hombros de Valen se tensaron.

—No te la llevarás.

El brujo se burló, amando cómo Valen reaccionaba ante todo esto.

—Claro que lo haremos. Y no hay nada que puedas hacer para detenernos —Levantó las manos, las llamas púrpuras se enroscaban alrededor de sus muñecas y corrían por su brazo.

Valen se acercó hasta quedar a un centímetro del brujo, sobrepasándolo en altura con facilidad.

—No te dejaré —El rostro del gigante daba miedo, con una furia incontrolable recorriéndole todo el cuerpo. Era prácticamente algo vivo. Pero pude ver un poco de desesperación en sus ojos, y miedo. Miedo por mí. Miedo por lo que fueran a hacerme.

Yo también lo temía.

—Valen. No lo hagas. Él no vale la pena. Solo intenta enfadarte lo suficiente para que luches contra él y acabes como yo. No puedes caer en eso. Necesito tu ayuda.

En ese momento, los ojos del gigante se posaron en mí, y pude ver que su expresión se suavizaba. La agonía cruzó su rostro, y traté de ignorar lo que le estaba haciendo a mi corazón. Retrocedió, no mucho, solo un paso, pero su cuerpo aún estaba posicionado de frente al brujo de la magia púrpura, como si le estuviera diciendo que si hacía solo un movimiento en falso y le aplastaría el cráneo.

Si no estuviera enfadada y asustada eso me habría excitado mucho. De todas las cosas que podrían haber salido mal esta noche, nunca habría imaginado que me arrestarían por el asesinato de Adele. Casi parecía un sueño. Demasiado horrible para ser verdad. Me sentí como si estuviera en negación, como después de que mi madre falleció. Parecía tan tranquila en la cama, como si estuviera durmiendo. No podía estar muerta. Todavía estaba caliente.

Parpadeé, con los ojos ardiendo. No lloraría. No le daría a Clive y a sus mascotas el beneficio de verme desmoronarme como una mujer triste. Yo era fuerte. Más fuerte de lo que ellos pensaban. Superaría esto. Era inocente de este crimen, aunque una parte de mí deseaba haber matado yo misma a Adele. No era tan ingenua como para pensar que sería fácil. Solo que encontraría una manera. Siempre lo hacía.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué Leana está esposada? ¿Quiénes son ustedes?

Elsa empujó a unos cuantos huéspedes que habían formado un círculo a nuestro alrededor. Tenía la cara enrojecida por la cantidad de vino que había bebido. Catelyn se acercó por detrás, como una niña que se esconde detrás de la falda de su madre. Tenía los ojos redondos de miedo y se quedó boquiabierta cuando vio las esposas en mis muñecas.

—Son investigadores del Consejo Gris. La detienen por el asesinato de Adele —Basil se lanzó hacia delante y volvió a coger un poco de la ceniza de Clive. Clive tiró la colilla de su cigarrillo al suelo, haciendo que Basil soltara un gemido mientras se lanzaba hacia adelante como un portero de fútbol y, milagro de milagros, atrapaba la maldita colilla en el cenicero.

Elsa emitió un sonido grave en la garganta.

—Ella no mató a Adele, tonto. Te equivocas.

Clive se metió la mano en la chaqueta y sacó una cajita de metal antes de abrirla y arrancar un cigarrillo. Se lo llevó a los labios. Vi una pequeña bocanada de fuego cuando el cigarrillo se encendió solo. No por sí solo, sino con magia. Me habría impresionado si no odiara a aquel tipo.

Clive dio una larga calada a su cigarrillo y expulsó el humo por la nariz.

—Si no la mató ella, ¿quién lo hizo?

Elsa se puso rígida y mis ojos se desviaron hacia Catelyn, que parecía a punto de vomitar en cualquier momento. Sí, Catelyn había matado a Adele con un simple movimiento de la mano, rompiéndole el cuello y dejando a la bruja muerta en el acto. Y en el proceso, me salvó la vida. Adele quería que me matara. Le había ordenado que lo hiciera. Pero la gigante se había puesto en contra de Adele. No la culpé. Probablemente yo habría hecho lo mismo.

Los ojos de Catelyn lagrimearon. Parecía atrapada, como un animal salvaje en una jaula, royendo los barrotes de metal.

Se me encogió el corazón al verla. Pensó que íbamos a decírselo. Catelyn ya había sufrido bastante. No creí que pudiera soportar la prisión del Consejo Gris. No saldría viva de ahí. Y yo tampoco iba a entregarla.

Clive se rio ante nuestro silencio colectivo.

—Mentir tampoco te salvará —Sus ojos se encontraron con los míos—. No me importa que seas una Bruja de las Estrellas que tiene un gigante como amante. Adele era mi amiga —Por la forma en que lo dijo, con esa pizca de emoción que dejó escapar, supe que habían sido más que amigos. Amantes.

Mierda. Pensó que yo había matado a su novia, y ahora se vengaría. Esto era malo. Muy malo.

Catelyn pareció relajarse un poco, pero se escondió detrás de Elsa, como si la mujer mayor fuera su escudo.

Clive recorrió el vestíbulo con la mirada.

—Bonito hotel —Me miró—. Te gusta el lujo, como a la mayoría de las mujeres —Sonrió, parecía ligeramente entretenido. Expulsó una hilera de humo por cada fosa nasal—. Será mejor que lo mires por segunda vez. Porque a donde vas, el único lujo que tendrás será

cuando te dejen ir al baño una vez al día —Sus labios se curvaron con lo que parecía una carcajada.

¿A ese cabrón le parecía gracioso?

—Llévatela. Vamos.

Sin decir nada más, Clive se alejó y se dirigió hacia las puertas principales del hotel.

Hice una mueca de dolor cuando el Tonto del Montón (tenía que ponerles nombre) me agarró por detrás y me empujó hacia delante.

Lo último que recordaba era haber mirado a mis amigos por encima del hombro. Basil estaba de rodillas, intentando recoger unas cenizas que se le habían escapado del suelo. Elsa tenía la cara y el cuello manchados de rojo y la tensión por las nubes. Y Valen... Los ojos de Valen se cruzaron con los míos. Parecía desgarrado mientras su rostro adoptaba un mundo de dolor que me hizo arder la garganta.

—Leana... —No pudo terminar lo que iba a decir. Su angustia me dejó sin aliento.

Me ardían los ojos y notaba que se me saltaban las lágrimas mientras veía borroso. Volví a girar la cabeza. Las piernas me pesaban más de lo normal, ya que el Tonto del Montón me empujaba con fuerza contra la espalda. Pero ya había llorado bastante en mi vida. Las lágrimas no me ayudarían ahora. Solo harían que Clive sintiera que había ganado.

Oí un gruñido y me giré a tiempo para ver a Valen haciendo un enorme agujero en la pared del hotel. Apoyó ambas manos en la pared y agachó la cabeza. Fue lo último que vi de él mientras me arrastraban.

Eso fue hace tres días. Y yo seguía aquí, sentada en el suelo de mi celda de diez por diez, sin ventanas que me hicieran compañía o me dijeran qué hora del día o de la noche era. Solo me visitaba alguna que otra cucaracha.

—Tienes suerte de que Errol no esté aquí —le dije mientras correteaba por la pequeña abertura bajo la puerta metálica.

Lo admito, me dolía que mis amigos no hubieran venido a verme. Ni una sola vez. Ni siquiera Valen. Es posible que el Consejo Gris prohibiera las visitas. Tal vez esperaban que me pudriera aquí sola por unos días hasta que confesara mis crímenes.

De acuerdo, confesaré mis crímenes. Había muchos, pero no por el que me habían metido aquí.

En cuanto me quitaron las esposas y me metieron en mi nuevo y diminuto hogar, sentí las ondas de la barrera mágica. Al igual que las esposas, las paredes de este lugar me impedían hacer magia. No me sorprendió. Todo tipo de magos, hechiceros y brujos probablemente habían pasado por estas celdas. Si podían usar su magia, no tendrían problemas para escapar.

Sin el uso de mi magia, era básicamente inútil.

Había estado una vez en los archivos del Consejo Gris para reunir toda la información que pudiera sobre los gigantes, pero éste no era el mismo lugar. El edificio del archivo era más bien una biblioteca, con olor a libros y conocimiento. Este lugar olía a miedo, desesperación y olvido.

Estar sola significaba que lo único que tenía era tiempo para pensar en quién me querría aquí en primer lugar. Con Adele muerta, el único nombre que me venía a la mente era Darius.

Todavía tenía que averiguar quién era ese Darius. Todo lo que sabía era que formaba parte del Consejo Gris, y que Adele había estado recibiendo órdenes de él. Posiblemente este tipo se había dado cuenta de que yo planeaba ponerle fin a cualquier loco proyecto de nuevo mundo que él y Adele hubieran orquestado, donde solo existiría lo paranormal. Sonaba bien hasta que dijo que matarían a todos los humanos para lograrlo. No quería que detuviera sus planes, así que había ideado una excusa para encerrarme.

También le había dicho a Adele que me mantuviera con vida. Eso era interesante. Pero, ¿por qué? ¿Por qué no matarme? ¿Por qué ponerme aquí? ¿Para hacerme sufrir? No tenía sentido.

Yo era demasiado terca y no había llorado ni una sola vez. No me extrañaría que tuvieran unas cámaras mágicas e invisibles en mi celda, por eso no paraba de dar vueltas por todas las esquinas de la habitación y de mandar a la mierda a las paredes.

Clive lo hacía a propósito. Quería que me quebrara, pero no lo haría. Iba a necesitar mucho más para quebrarme. Tampoco me asustaba la soledad. Me gustaba estar sola. Siempre me había gustado. Al crecer sin hermanos, primos, ni siquiera un padre, una se las arregla sola. Buscas tu propia diversión. Te adaptas hasta que se convierte en tu rutina. Incluso casada con Martin, me sentía sola. Así que estar en una celda pequeña no era nada.

No diría que me gustaba ir al baño una vez al día. A mi edad, mi vejiga ya no era tan fuerte como antes y necesitaba orinar cada dos horas. Ahora me esforzaba mucho en mis ejercicios de kegel para no dejar charquitos en el suelo. Si me hubieran dejado un cubo, lo habría utilizado. Pero no tenía nada.

No había cama, ni mantas, ni una silla para sentarme, solo esos suelos y paredes de piedra fría y dura.

Tampoco había visto a Clive. La última vez que había visto su cara de fumador empedernido fue cuando me sonrió y me cerró la puerta metálica de la celda en las narices. Creí que volvería a ver al cabrón, pero nunca apareció.

Mis oídos se agudizaron al oír el ruido de las llaves. ¿Mi descanso para ir al baño? Parecía un poco pronto, pero no tenía ni idea de la

hora que era. Se llevaron mi teléfono y mi bolso. No tenía nada.

Pero al menos agradecía los momentos para ir al baño. No solo podía vaciar mi pobre vejiga, sino que también tenía la oportunidad de mirar a mi alrededor y averiguar cómo era la distribución de la mazmorra en la que me habían metido.

Todo lo que veía cuando mi carcelero —llamémosle Ben— me llevaba al baño, eran hileras de celdas idénticas a la mía. Las puertas estaban cerradas. Pero podía oír los constantes gemidos de las almas perdidas. Me hacía preguntarme cuánto tiempo llevaban aquí y si alguna vez saldrían.

Nunca había visto bien el primer piso del Consejo Gris. Solo me bajaron a mi celda de espera. El espacio estaba demasiado oscuro para distinguir otras puertas o posibles rutas de escape.

Me puse en pie, con la espalda baja y las rodillas doloridas por haber estado tanto tiempo en la misma posición. El frío del suelo no ayudaba. Un corto paseo hasta el baño me vendría bien para que la sangre fluyera por mis extremidades.

La puerta finalmente se abrió, dándome una buena visión de mi carcelero.

—Tú no eres Ben.

No. Nunca había visto a este hombre. A diferencia de Ben, que vestía una pesada túnica marrón que parecía haber pertenecido a algún monje de los años setenta, con suciedad en el dobladillo y agujeros —ya te haces una idea—, este tipo era más refinado.

Era un poco más bajo que Ben y, mientras que este era tosco en su aspecto, aquel hombre rezumaba sofisticación e intelecto. Se comportaba como un cruce entre un profesor universitario y un político. Su caro traje gris claro de tres piezas le quedaba perfecto. Sin duda, estaba hecho a su medida. Lo único extraño en él era su largo pelo plateado recogido en una coleta baja.

—¿Eres un Targaryen? —Me reí y me arrepentí al sentir una pequeña descarga en la vejiga. Ups.

El hombre de pelo plateado entró en mi celda, dándome una buena vista de sus ojos. Eran grises. Las energías frías se extendían con el aroma del azufre. El falso Targaryen era un Brujo Oscuro.

Sonrió, pero no vi calidez en su sonrisa.

—Mi nombre es Darius.

2

Darius. Así que este eres tú.

Quería conocer a la persona que daba las órdenes a Adele. Solo que no esperaba tener el placer tan pronto. Aun así, lo tomaría como una victoria.

—Así que tú eres el Darío del que me habló Adele —Le miré a la cara. Tenía la misma sonrisa segura de un político corrupto que miente entre dientes y cree que sus electores no se dan cuenta—. No puedo decir que lamente su pérdida. Se merecía lo que le pasó y peor después de lo que hizo.

Darius se encogió de hombros como si ella no hubiera significado nada para él.

—Adele tenía sus problemas.

—Problemas mentales.

Darius se rio.

—Me alegro de conocerte por fin. Lástima que sea en estas desafortunadas circunstancias.

—No puedo decir lo mismo de ti —Nunca había conocido a un miembro del Consejo Gris. Esperaba ver a una persona curtida, vieja y arrugada con una túnica gris. No a un tipo de pelo plateado que no parecía mucho mayor que yo. Tal vez cincuenta. Tal vez incluso cuarenta y cinco. Era difícil de decir. Su piel era... delicada, como si nunca hubiera salido al sol. No el mismo tipo de piel lisa que lucían los vampiros. Era diferente. Falso.

Darius juntó las manos.

—Comprensible. Yo también estaría bastante molesto si estuviera en tu lugar —Su voz era igual a su apariencia: culta, suave, parecida a la de un político. Lo odiaba.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Voy a salir alguna vez de aquí? Tengo una vida y un trabajo —Lo del trabajo no lo tenía tan claro. Los huéspedes del hotel lo habían visto todo. Si Basil creía que mi arresto avergonzaría al hotel y evitaría que los huéspedes reservaran, estaba segura de que me despediría.

Darius me observó.

—Tendrás que pasar por el proceso que hacen todos los paranormales cuando vienen aquí. Tendrás tu día en el tribunal para defender tu caso —Dejó escapar un largo y exagerado suspiro como si lo que estuviera a punto de decir fuera definitivo—. Pero en tu caso...

me temo que no pinta nada bien.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que *serás* declarada culpable del asesinato de Adele. Te enviarán a la Ciudadela Grimway, la prisión de brujos de Nueva York, donde pasarás el resto de tu vida. A menos, por supuesto, que hagas lo que la mayoría de los enviados hace cuando llega allí y te quites la vida. La salida más cobarde.

Sacudí la cabeza, sintiendo que la ira volvía con fuerza.

—Yo no asesiné a esa bruja enclenque. Aunque a veces desearía haberlo hecho. Demonios, muchas veces. Me alegro de que no esté por aquí para hacerle daño a nadie más.

Darius enarcó una ceja.

—Tú no eres más que una bruja a sueldo, mientras que Adele era un miembro respetado de la Corte de Brujos Blancos. ¿Ves a dónde quiero llegar con eso?

—Cierto. Porque no soy nadie, ¿se me tacha automáticamente de culpable?

Darius sonrió.

—Precisamente.

La desesperación me golpeó, y la aparté, no queriendo demostrarle nada a este asqueroso.

—¿Qué tal un abogado o algo así? —No conocía el sistema judicial paranormal, pero sabía que teníamos abogados. Igual que en los tribunales humanos—. ¿No tengo oportunidad de defenderme? ¿Y dónde están mis amigos? Sé que intentaron verme. Tú les impediste venir. ¿No es así?

—Sí —Darius me dedicó una sonrisa perezosa—. No se permiten visitas. No para los asesinos.

Tragué con fuerza, con la garganta contraída.

—¿Cuándo es la cita en el juzgado?

Darius miró su reloj. Era un Rolex o uno de esos realmente caros.

—Dentro de unos minutos.

—¿Qué? —Santo cielo—. Pero no estoy preparada. Esto no está bien. Sabes que esto no está bien —Obviamente, a este tipo no le importaba. Entonces, ¿por qué estaba aquí? ¿Estaba aquí para regodearse?

—Hay un testigo que lo vio todo. No se ve bien para ti.

—Lo he oído. Un testigo *pagado* —Habrían dicho que una gigante mató a Adele si hubiera un testigo real. Yo no lo hice. Su cuello destrozado era la prueba. Claramente, esto era un sabotaje, una forma de deshacerse de mí.

Darius entró en mi celda y empezó a pasear. Cada vez que se acercaba, me apartaba rápidamente. No quería que ese canalla me rozara.

El Brujo Oscuro se detuvo y extendió las manos.

—Puedo hacer que todo esto desaparezca.

Lo miré fijamente, sin fiarme de las palabras que salían de su boca. Era todo sonrisas, pero de algún modo, su voz sonaba falsa.

—No voy a acostarme contigo —le dije y di un paso atrás. Estaba desesperada, sí, pero no *tanto*. Además, su pelo plateado me estaba asustando un poco.

Darius sonrió.

—Eres encantadora, como una flor rara. Pero no eres mi tipo.

—¿Cuál? ¿Las que tienen carne en los huesos? —Gracias a los dioses.

Los ojos del Brujo Oscuro se entrecerraron, y vi el primer destello de molestia.

—No estoy aquí para acostarme contigo. Si quisiera eso, te habría llevado directamente a mi mansión. Entonces te habría forzado. Una y otra vez. Tanto como quisiera. Tomo lo que quiero. No te quiero de esa manera.

La bilis me subió al fondo de la garganta.

—¿Entonces qué? ¿Cómo puedes hacer que esto desaparezca? —Nunca confiaría en nada que saliera de la boca de este brujo. Pero eso no significaba que no quisiera oír lo que tenía que decir.

Darius se pasó un largo mechón de su cabello plateado por el hombro.

—Busco algo de gran valor.

—¿Qué es? —Tenía la extraña sensación de que me quería para un trabajo. Algo que no quería que el resto de los miembros del Consejo Gris supieran.

—Una joya.

—Una joya. ¿Como un diamante?

La sonrisa astuta en la cara de Darius solo me hizo enojar más.

—Se llama la Joya del Sol —Sus inquietantes ojos grises se posaron en mí—. Y necesito que la encuentres y me la traigas.

Lo pensé un momento, recordando las palabras de Adele. Dijo que Darius no me quería muerta, y ahora todo tenía sentido. Necesitaba que buscara la joya por él.

—¿Y por qué no puedes encontrar esta joya por tu cuenta? Pareces alguien con medios. Estoy segura de que puedes encontrar lo que quieras. ¿Por qué yo?

Darius me observó, y no pude saber qué expresiones cruzaron sus facciones.

—Llevo un tiempo siguiendo tus progresos. Eres ingeniosa. Inteligente. Y siempre haces el trabajo. Eres lo que necesito.

No le creí ni por un segundo. No pude evitar notar cómo evitaba la pregunta.

—Así que es peligroso. ¿Estoy en lo cierto? ¿Por eso me envías? —No era la primera vez que me enfrentaba al peligro—. Voy a necesitar más para continuar. Como, ¿qué tipo de joya es esta? ¿Qué aspecto tiene? —El tipo era una escoria. Cualquier supuesta joya era algo que usaría para su propio beneficio. Y no era por el bien de la humanidad o de nuestra gente—. ¿Qué hace?

Darius sonrió, y vi un destello de sus dientes perfectamente rectos.

—Tiene un gran poder. ¿Qué más?

Por supuesto que sí. Lo último que quería era darle a este tipo un dispositivo de gran poder. Pero no tenía otra opción.

—¿Y si me niego?

La sonrisa de Darius se desvaneció.

—Entonces serás condenada a pasar el resto de tu vida en prisión.

—Incluso si soy inocente. Qué buen sistema —Me pasé las manos por la frente. Estaba atrapada. Él lo sabía. Yo lo sabía. Y tenía la sensación de que todo esto era obra suya. Lo había hecho a propósito. Orquestó esta farsa de acusación de asesinato para obligarme a cumplir sus órdenes porque sabía que, de lo contrario, nunca habría aceptado.

Una mezcla de determinación e irritación brilló en su rostro.

—¿Qué decidiste? —El tono de su voz sugería que sabía que me tenía atrapada y que yo aceptaría. Qué cabrón.

—Bien —suspiré—. Lo haré. ¿Tienes alguna pista de dónde está? —Si esta joya estaba en algún lugar de Europa, podría ser divertido hacer turismo y visitar otro país. Más bien unas vacaciones. Me apetecía un descanso.

Se quedó en silencio un buen rato, observándome. Luego sacó un sobre del interior de su chaqueta.

—Esto es lo que he encontrado a lo largo de los años.

Cogí el sobre y saqué lo que parecían fotocopias de expedientes.

—He encontrado tres posibles ubicaciones para la joya —dijo Darius, con las manos entrelazadas frente a él una vez más—. Todas en la ciudad de Nueva York. Una posible ubicación es el convento de las Hermanas de la Compasión. La Iglesia de la Trinidad en Manhattan es otra. Y la última está en el pabellón psiquiátrico de Kitchen's Hell. Toda la información está en ese archivo que tienes en la mano.

Me decepcionó un poco no tener que coger un avión, pero significaba que estaría con mis amigos mientras trabajaba. Y con Valen.

—¿Cómo la encontraré? ¿Qué aspecto tiene?

Darius enarcó una ceja.

—Con tus habilidades únicas de la luz estelar, no deberías tener problemas. La Joya del Sol se te mostrará a ti y solo a ti.

Fruncí el ceño. No sabía a qué se refería.

—¿Cuánto me vas a pagar? —Sabía que estaba exagerando, pero quería que me pagara si se trataba de un trabajo. Y si buscaba mi ayuda, estaba desesperado. Todo el mundo sabía que los desesperados pagaban.

—¿Devolverte tu vida no es suficiente?

—Necesito comer y pagar el alquiler.

No me gustó la forma en que los ojos de Darius se abrieron de par en par con asombro y admiración. En lugar de responder a mi pregunta, se acercó a la puerta y recogió algo del suelo. Mi bolso. Supongo que no me iban a pagar.

Darius me entregó la bolsa. Miré dentro. Mi teléfono estaba allí. Pero la batería estaba muerta. No me sorprendió. Llevaba aquí al menos tres días sin cargador.

—¿Cómo me pondré en contacto contigo cuando encuentre tu joya? —Sabía que este tipo no quería que el Consejo Gris supiera lo que estaba haciendo. Quería que esto quedara entre nosotros. También era un cabrón tacaño.

Darius se quedó mirando el expediente que yo sostenía.

—Lo sabré cuando hayas asegurado la joya. Iré a buscarte.

Interesante.

—¿Hay algún plazo que deba conocer? No parece un trabajo fácil. Llevará algún tiempo.

Sacudió la cabeza.

—Unos días deberían bastar. Y, Leana, te estaré vigilando. Ni se te ocurra quedártela para ti.

—Ni se me ocurriría.

—Porque sin mí, no tendrás vida. Encuentra la joya y podrás volver a tu existencia mundana.

Odié cómo había dicho eso. Pero prefería volver a mi vida mundana que pasar otro minuto con este asqueroso.

—Una cosa más —Darius me miró fijamente—. Tus amigos no pueden estar involucrados.

—¿Por qué diablos no? —Sería mucho más rápido si estuvieran conmigo.

—Es sencillo —Sus ojos grises recorrieron mi cara, bajaron lentamente por mi cuerpo y volvieron a subir—. Necesito una Bruja de Luz Estelar. Tú eres la única que puede encontrar la joya. Solo estarían interfiriendo.

Lo dudaba seriamente.

—Bueno, tú eres el jefe. ¿Verdad? —Solo con decir eso se me revolvió el estómago. Si hubiera tenido comida de verdad allí, podría haber vomitado.

Una pequeña sonrisa tortuosa apareció en su rostro.

—Te veré muy pronto, Leana Fairchild.

—Esperemos que no.

—Te conseguiré un taxi —Con una última sonrisa, Darius salió de mi celda, dejando la puerta abierta. Me quedé allí de pie durante un minuto. Sabiendo que, de cualquier manera, estaba atrapada. Me había engañado para que trabajara para él, gratis, debo añadir. Sabía que esta joya era una mala noticia. Quería que la recuperara para él. ¿Por qué? ¿Por qué él no podía encontrarla? ¿Estaba demasiado ocupado? Mucho de esto no tenía sentido. El tipo probablemente tenía un montón de brujos y magos en su nómina. ¿Por qué yo?

Y entonces me subí la mochila al hombro y salí de la celda que había sido mi hogar temporal durante tres días.

3

Sentía las piernas como tablas de madera mientras avanzaba por el pasillo de la decimotercera planta. De camino a casa, le pregunté al taxista la hora mientras me llevaba al hotel.

—Siete y diez de la noche —había dicho mientras tomaba el siguiente cruce a la derecha.

Cuando Darius se marchó, subí las escaleras, llegué a una pesada puerta de metal negro y la empujé para abrirla, pero me di cuenta de que no estaba en la planta principal del edificio del Consejo Gris. Solo estaba Ben, mi carcelero. Me condujo al exterior y me esperaba el taxi cuando salí del edificio.

Olía a sudor y a la suciedad que había acumulado en mis jeans por sentarme y dormir en el frío suelo de piedra. Primero necesitaba una ducha y luego algo de comer.

Algunos inquilinos me miraron mientras pasaba por delante de sus apartamentos, pero estaba demasiado cansada para decirles nada, así que evité el contacto visual y seguí caminando.

Por fin, cuando llegué a mi apartamento, oí voces familiares. Elsa, Julian y Jade estaban reunidos alrededor de la mesa del comedor con papeles esparcidos por todas partes. Llegué al salón antes de que me vieran.

—¡Leana! —Elsa fue la primera en verme. Dio una palmada y corrió hacia mí, con los ojos muy abiertos.

Luego Julian y Jade se dieron la vuelta y corrieron a saludarme.

Cuando vi que Elsa iba a abrazarme, levanté la mano en señal de advertencia.

—No lo hagas. Huelo como si llevara un mes viviendo en la calle.

Grandes lágrimas rodaron por su cara y se las secó.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que estás aquí? ¿Han retirado los cargos contra ti?

—Intentamos verte —La cara de Jade se sonrojó y me di cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas.

—No nos dejaron entrar —Julian frunció el ceño y apretó los dientes, con los músculos de la mandíbula muy marcados—. Incluso contratamos a tres abogados, y tampoco les dejaron verte —Se pasó los dedos por el pelo castaño claro, corto por los lados y largo por arriba.

Sentí que el corazón me pesaba y me resultó casi imposible evitar que me temblara la voz.

—Maldita sea. Lo siento mucho. Debe de haber costado una fortuna. Se los devolveré. Se los juro —No sabía cómo lo haría, viendo que definitivamente había perdido mi trabajo. O casi.

Elsa me hizo un gesto con la mano.

—Eso no importa. Ven y siéntate. Te ves agotada. Y delgada.

—¿Te hicieron pasar hambre? ¡Oh Dios mío, lo hicieron! —El pelo rubio de Jade tenía unos reflejos azules que se reflejaban en la luz. Su camiseta *Best of Journey* tenía una gran mancha de vino en la parte delantera.

Me encogí de hombros.

—Me dieron agua y un guiso asqueroso, que básicamente eran cosas dudosas flotando en agua tibia. No me lo comí.

—Ven —Elsa me cogió de la mano y me sentó en la mesa del comedor—. Te prepararé algo antes de que te derrumbes.

Me quedé mirando todos los papeles y lo que parecía el plano de un edificio.

—¿Qué es todo esto?

Eso arrancó una pequeña sonrisa socarrona de Julian.

—Íbamos a sacarte de la cárcel.

—¿Qué? —se me calentó el pecho al pensarlo—. Están locos. Pero me gusta —El hecho de que fueran a arriesgar sus propios traseros por mí decía mucho. Me ardían los ojos y fue un milagro que no empezara a sollozar allí mismo. Supongo que estar en esa celda durante tres días me afectó más de lo que quería admitir.

—Jimmy también iba a ayudar —dijo Jade, con una sonrisa orgullosa en la cara. Parecía que las cosas iban bien en ese aspecto. Me alegré por ella.

—Íbamos a hacer un agujero con una de mis pociones —Julian señaló un punto en lo que imaginé que eran los planos del edificio del Consejo Gris que no significaba nada para mí—. Era el más cercano a la entrada del sótano. El mejor lugar para atacar sin herir a ningún paranormal en las celdas.

Probablemente habría funcionado, ¿pero entonces qué? ¿Me la pasaría huyendo? No. Me alegro de que no tuvieran que hacerlo.

Julian agarró la silla que había a mi lado, tiró de ella y se dejó caer.

—¿Te han dejado salir? —Por la pregunta que aún persistía en su voz, supe que quería saber qué había pasado.

—En cierto modo —dije mientras Jade golpeaba la cadera contra la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Conocí a Darius. El tipo para el que trabajaba Adele.

—¿Darius? —Elsa se giró con una sartén en una mano y un cartón de huevos en la otra. Vi su cara hacer una expresión de disgusto—. Él te hizo esto. ¿Verdad? Ese cabrón —Agitó la sartén como si quisiera

dársela en la cabeza. Yo también.

Asentí, sintiéndome cansada y con ganas de darme una buena ducha.

—Lo hizo —les hice un breve relato de lo que me había ocurrido durante mi estancia en la celda y de lo que Darius me había propuesto.

—Así que, por supuesto, dije que sí.

—Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo —Julian se reclinó en su silla y un destello de ira cruzó sus facciones—. ¿Así que hizo todo esto: te hizo pasar hambre, te mantuvo alejada de tus amigos en una celda apestosa, solo para que aceptaras encontrar esta joya?

—Eso es lo que pienso. Es un poco retorcido —Y no nos olvidemos de lo espeluznante.

La cara de Jade se torció.

—¿Y de verdad vas a seguir adelante con eso? O sea, mira lo que te hizo.

—Sé lo que piensas —dije, viendo a Elsa cascar dos huevos y dejarlos caer en la sartén ahora caliente—. ¿Por qué iba a darle a este tipo algo que muy probablemente hará daño o matará a gente?

Jade se encogió de hombros.

—Sí. Eso mismo.

—No tenía elección, Jade —llamó Elsa desde los fogones—. Era eso, o la procesarían y acabaría en la cárcel. Para siempre.

Sentí un escalofrío al pensar que estaría en una celda idéntica el resto de mi vida de bruja. Me gustaba mi soledad, pero en algún momento necesitaría compañía. Y la pandilla se había convertido en algo más que unos amigos para mí. Eran mi familia. Los necesitaba en mi vida. Y a Valen. No olvidemos al gigante súper sexy.

—*Eso* lo sé —dijo Jade—. Pero no sé. Simplemente no parece correcto ayudar a este tal Darius. No cuando sabemos que es el responsable de convertir humanos en paranormales.

—Lo entiendo —Jade dio en el clavo. No quería ayudarlo. Pero no me había dado opción. Quería salir de esa celda más que nada. Él lo sabía, por eso me tuvo allí sin ni siquiera una maldita manta, durante tres días. Era suficiente para imaginarme una vida así durante mucho tiempo, una vida que no quería.

Además, fuera de esa celda, podía continuar mi investigación sobre Darius. Ahora que sabía más sobre él, cómo era y qué quería, estaba más cerca. Si conseguía las pruebas que necesitaba, podría llevárselas al Consejo Gris y, sin querer, sería suficiente para que retiraran los cargos que tenían contra mí. Deshacerme de Darius mientras trabajaba para Darius. Parecía una locura. Pero ese era *el* plan. Bueno, era el *único* plan que tenía por el momento.

Saqué el sobre de mi bolso y lo puse sobre la mesa.

—Si la encuentro, tampoco se la voy a entregar. Quiero saber más sobre él. Lo que hace.

—¿Y si hace lo que creemos que hace? —presionó Jade—. ¿Mata a más gente inocente?

—Entonces encontraré la forma de esconderla hasta que tenga un caso sólido —le dije—. Espero que el Consejo Gris no esté todo corrompido. Esperemos que algunos miembros todavía tengan conciencia y Darius no sea de su agrado. Eso es por lo que estoy apostando. Así que, si consigo las pruebas que necesito, se las presentaré. Pero tendré que encontrar a un miembro de confianza para hacerlo —Y no conocía ni a un alma en ese consejo.

—Podemos ayudarte con eso —dijo Julian—. Podemos ponerlos a prueba. Ver quiénes son los mentirosos de ese consejo.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—Alimentarlos con mentiras. A ver quién muerde el anzuelo.

Sonreí.

—Me gusta cómo trabaja tu mente.

Julian sonrió, se estiró y se recostó.

—A mí también.

Me reí mientras miraba a mis amigos, sintiendo que faltaba algo.

—¿Dónde está Catelyn? —Se me revolvieron las tripas al pensar que tal vez había pasado algo. Como si se le hubiera acabado el tiempo.

Elsa se acercó con un plato de huevos y verduras humeantes.

—Está estudiando. Le he dado algunos libros para que los lea. Ya sabes, para que conozca nuestro mundo y quiénes somos. Es una estudiante sobresaliente.

Sus palabras me relajaron. Miré mi plato.

—Vaya, comida de verdad.

Elsa sonrió y señaló mi plato.

—Y además sabe de verdad. Come. O te daré de comer con cuchara.

—Sí, señora —Llené el tenedor con una deliciosa tortilla de verduras y me la metí en la boca. No tenía sentido intentar ser correcta. Me moría de hambre. Era curioso que algo tan sencillo como una tortilla supiera tan bien cuando llevabas tres días sin comer nada de verdad. Era como probar la comida por primera vez en mi vida. Mis papilas gustativas hormigueaban de sabores. Estaban bailando en mi boca.

Gemí.

—Guau. Esto está *taaaan* bueno —Una vez que lo probé, no pude parar. Nadie dijo una palabra mientras terminaba mi plato. Me quedé mirándolo, decepcionada por haber tardado dos minutos en

terminarlo.

Elsa me dio un vaso grande de agua. Luego me cogió el plato.

—Te prepararé más —Se alejó dando vueltas, aparentemente contenta de que me prepararía una segunda ración. En este punto, pensé que probablemente pediría una tercera o incluso una cuarta ración.

Tragué un poco de agua y también gemí.

—Quién iba a decir que el agua limpia sabría tan bien.

Jade se rio.

—Pobre de ti. Parece que la has pasado fatal.

—Podría haber sido peor —Pensé en lo que Darius había dicho sobre forzarme. Una y otra vez. Se me retorcieron las tripas. *Eso* habría sido mucho peor.

Mi silencio después de eso pareció preocupar a Jade.

—Bueno, ya estás en casa. Valen va a estar encantado.

—Ha estado como loco de la preocupación —dijo Elsa mientras batía unos huevos con verduras en un cuenco de cerámica—. Pensé que le iba a dar un infarto. Creo que no ha dormido desde que te llevaron.

Valen. La mirada de dolor en su cara rasgó los bordes alrededor de mi corazón.

—¿Quién me puede prestar el teléfono? El mío está muerto —Saqué mi móvil y me quedé mirando la pantalla negra.

—Toma el mío —Julian me pasó su teléfono. Cogió el mío y se dirigió a la encimera de la cocina, donde estaba mi cargador, para enchufarlo. Ni siquiera tuve que preguntarle o decirle dónde estaba. Así de unidos estábamos todos. Volvió a sentarse—. Iba a romper el edificio del Consejo Gris con sus propias manos. Me lo dijo. Si no tenía las pociones para hacer un agujero lo suficientemente grande. Una parte de mí quería decirle que me había quedado sin pociones solo para verlo en acción.

—Me alegra que ninguno de ustedes haya tenido que hacer eso. Créanme. No querrán ver el lado malo de ese tal Darius —Marqué el número de Valen que había memorizado, pero al cuarto tono saltó el buzón de voz. Colgué y le envié un mensaje.

Yo: *Soy Leana. He salido. Estoy en mi casa con la pandilla. Mi teléfono no funciona, así que estoy usando el de Julian. Estoy bien.*

Quería escribir más, pero sería más fácil cara a cara. Así que le devolví el teléfono a Julian.

—Gracias.

—De nada —Julian cogió el sobre, volcó el contenido y lo extendió sobre la mesa—. ¿Dónde vamos a buscar primero?

Sonreí. Me encantó que dijera «vamos» como si esta fuera a ser *nuestra* tarea y no solo mía.

—¿Quizá en la iglesia? Tengo que revisar esto otra vez. Esta noche no. Tengo el cerebro hecho papilla. Pero después de dormir unas horas, los estudiaré. Luego te cuento —Darius me había advertido que hiciera esto sola. Lástima que no era muy buena siguiendo instrucciones.

—¿Confías en él? —Jade me observó, con los rasgos tensos.

—Claro que no. Pero, ¿qué otra opción tenía? —Yo también accedí porque quería saber sobre esa joya.

—Jade tiene razón —Elsa regresó y llenó mi plato con otra tortilla de verduras más sustanciosa—. ¿Y si haces todo el trabajo, le consigues la joya y luego te vuelve a meter en la cárcel?

Asentí.

—Podría hacerlo. Eso es lo que está pensando, estoy segura. Pero que lo piense. No voy a dejar que me haga eso —Otra vez.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Jade, con ojos curiosos.

—Que necesito más tiempo —suspiré y me comí la segunda tortilla —. Necesito más tiempo para pensar en mi próximo movimiento —dije, con la boca llena—. Resulta que Darius acaba de darme ese tiempo.

—Tengo que decírselo a Jimmy —Jade sacó el móvil del bolsillo trasero y empezó a mover los dedos sobre la pantalla.

—¿Basil sigue por aquí? Debería hablar con él. Que sepa que he vuelto y que espero seguir teniendo trabajo —Sabía que tenía que hablar con él. La cara de preocupación que puso cuando Clive y sus matones me esposaron fue como si yo hubiera montado una escena a propósito solo para hacer quedar mal al hotel. Siempre se trataba de él, de Basil. Aun así, necesitaba mi trabajo.

—No te preocupes por Basil —dijo Elsa, como si yo estuviera exagerando—. Puede esperar. Puedes hablar con él cuando hayas descansado. Tú relájate y come. Tienes que reponer fuerzas. Después de esto, puedes darte una buena y larga ducha e irte directamente a la cama —lo dijo como si fuera una orden—. Me quedaré aquí y me aseguraré de que nadie te moleste. ¿Quieres más?

Miré mi plato vacío, ni siquiera recordaba haberme comido toda la tortilla.

—No. Estoy bien, gracias. Totalmente llena.

—Bueno entonces, vamos a limpiarte porque apestas —Elsa se dio unos golpecitos en la nariz y se dirigió a mi cuarto de baño.

—Nos vemos cuando te despiertes —dijo Jade—. Vamos, Julian. Dejémosla dormir un poco.

Les hice la señal de despedida con la mano y seguí a Elsa hasta mi cuarto de baño.

La bruja mayor me echó una larga mirada, el tipo de mirada que alguien te echa cuando sabe que no lo has contado todo.

—Una buena ducha te quitará todos los dolores y... todo lo demás —Sabía a qué se refería. Los horrores. Lo que podría haber sido. Que tal vez había dormido sobre materia fecal de hacía una década.

—Una ducha suena increíble —dije, sin darme cuenta en ese momento de lo increíble que sería.

Elsa asintió.

—Te prepararé un buen té de hierbas para ayudarte a dormir —se me quedó mirando un momento y luego me puso las manos en los hombros—. Me alegro de que hayas vuelto —Sus palabras estaban entrecortadas. Sus ojos azules brillaban y se llenaron de lágrimas.

Me tembló el labio inferior, pero dije «yo también». Se me hizo un nudo en la garganta. Creo que no habría podido pronunciar ni una palabra más.

Le di las gracias cuando se marchó y cerró la puerta tras de sí.

Me sequé la única lágrima que se me había escapado del ojo derecho, me miré en el espejo e hice una mueca de dolor. Maldita sea. Tenía la cara hundida alrededor de los pómulos. Tenía ojeras como si llevara días sin dormir, lo cual fue así. Me veía enferma. Mi pelo estaba alborotado, como si no me lo hubiera cepillado nunca, y mi delineador y rímel de tres días estaban manchados bajo mis ojos por mi piel grasosa. Tenía un aspecto horrible. Supongo que tres días de ayuno le hacen eso a la cara de una persona. Me alegré de que Valen no me hubiera visto así.

Lentamente, me quité la ropa: jeans, camiseta, sujetador y ropa interior. Los recogí y los metí en el pequeño cubo de basura que tenía en el cuarto de baño. No iba a volver a ponérmelos. Solo me recordaría mi estancia en aquella celda. No necesitaba recordatorios. Un buen detergente eliminaría el olor, pero no los recuerdos.

Me metí en la ducha caliente y se me escapó un enorme suspiro cuando el agua cayó sobre mi cara. En cuanto el agua me salpicó la cara y el cuerpo, ya no pude contenerme. Como si el agua fuera lo último que me deshizo.

Al principio, fue un pequeño llanto, como cuando ves una película triste, la parte en la que arrancan al niño de los brazos de la madre... o cuando muere el perro. ¿Por qué siempre matan al perro?

Entonces, bueno, las emociones me golpearon como un maremoto de dolor.

Solté un grito ahogado, me tiré al suelo y apoyé la cabeza entre las rodillas mientras me invadían las olas de emociones crudas. El agua me salpicaba la cabeza hasta la boca mientras seguía sollozando, cada una de ellas me sacudía entre ataques de lágrimas y ahogos. No me había dado cuenta hasta ahora. Ni siquiera me había dado cuenta de que había estado aguantando tanto: la idea de perder lo que tenía, a mis amigos, a mi nueva familia, a Valen. La idea de no volver a ver a

Valen era casi insoportable.

Pero no era solo él. Era la vida que yo me había hecho.

No había querido admitir mi miedo y que a veces está bien llorar. A veces está bien no ser fuerte todo el tiempo.

Sabía que Elsa podía oírme llorar a mares, pero sospechaba que eso era lo que ella quería que hiciera, lo que había planeado. Que me desahogara por completo.

Y así lo hice.

4

Me desperté sobresaltada. Al principio, pensé que estaba de vuelta en mi celda, con las frías paredes de piedra como constantes compañeras.

Pero a medida que mis ojos se adaptaban y el sueño me abandonaba, reconocí las paredes que rodeaban mi dormitorio. Estaba de nuevo en mi apartamento y en mi propia cama.

Pero algo me había despertado: el olor.

El olor de la cocina, en concreto de la mantequilla, flotaba en mi habitación desde el espacio entre el suelo y la puerta. También percibí un olor dulce persistente, como a tostadas francesas o panqueques. Las tostadas sonaban divinas. Se me hizo la boca agua.

Sonreí. Elsa me estaba preparando el desayuno. Cogí el móvil. La pantalla indicaba las 11:14. Definitivamente, no era el desayuno. Lo último que recordaba era haber puesto la cabeza en mi almohada anoche y haberme dado cuenta de que era la cama más cómoda en la que había dormido. Después de eso, no recuerdo más nada.

Sin dejar de sonreír, levanté las piernas de la cama, me vestí con unos jeans limpios y una camiseta, y me escabullí al cuarto de baño. Después de lavarme los dientes y hacer mis necesidades, salí al pasillo y entré en la cocina.

Solo que Elsa no estaba junto a los fogones.

—¿Valen?

El gigante se dio la vuelta. La luz del sol que entraba por la ventana le daba en la cara en todos los ángulos correctos, como si estuviera resplandeciente. Siempre pensé que era guapo, pero de alguna manera, verlo ahora después de haber estado separados y pensar que tal vez nunca lo volvería a ver lo hacía aún más hermoso. Llevaba una camiseta negra que apenas disimulaba sus gruesos músculos y unos jeans negros.

Sonrió y mi corazón dio tres saltos mortales.

—Te has levantado. ¿Te he despertado?

Acorté la distancia que nos separaba.

—El olor de lo que sea que estés cocinando lo hizo. ¿Qué es eso? Huele fantástico.

—Tostadas francesas.

Gemí.

—Me *encantan* las tostadas francesas —Miré un plato al lado de la estufa con un montón de tostadas francesas ya preparadas.

Valen me pilló mirando.

—Iba a hacerlas y así podrías calentarlas más tarde cuando te despertaras —Sus ojos recorrieron lentamente mi cuerpo sin revelar un solo pensamiento. Pero entonces, su mirada se entrecerró y su boca se tensó como si quisiera decir algo más.

—Ya me he levantado y me muero de hambre.

—Bien —Valen sostenía una espátula en la mano, pero aún no había apartado la mirada de mí—. ¿Cómo te sientes?

Me encantaba que se preocupara tanto por mí. Volvía a sonreír, pero en parte parecía forzado, como si aún estuviera molesto por mi arresto. Él aún no podía olvidarlo.

—Mejor de lo que me sentía hace cuatro días —Lo cual era la pura verdad.

Valen miró al suelo un momento, con la mandíbula apretada. Era imposible leer todas las emociones que recorrían su rostro, tantas. Pero la ganadora fue la ira. Sí. Seguía lívido.

El gigante dio la vuelta a la tostada en la sartén. Me di cuenta de que no quería sacar el tema, por mi bien. Yo tampoco quería mencionarlo. No era una buena historia.

Vi cómo cogía un plato, lo llenaba con dos tostadas francesas y lo ponía en la isla de la cocina.

—Cómetelas mientras estén calientes. Voy a por el sirope.

—Y la mantequilla —cogí un taburete y me senté, aspirando aquel dulce olor a canela—. Me siento mimada. Primero Elsa, anoche, y ahora tú. Podría acostumbrarme a esta vida.

Valen colocó la mantequilla a mi lado y me dio un tenedor y un cuchillo.

—Te haré el desayuno todos los días de tu vida si quieres.

Sentí que me ardía la cara ante su comentario. *¿Era una especie de proposición?* No supe qué responder, así que me quedé mirándole como una idiota. Desayunar con Valen, todos los días de mi vida, sonaba como un sueño. No sonaba real.

Luego, el gigante avanzó y colocó una taza de café humeante en la mesa para mí, sin establecer contacto visual conmigo. No estaba segura de si era su forma de torturarme, de ver cómo iba a reaccionar a aquel comentario.

Pero entonces su mirada se cruzó con la mía. Cuando sonrió, lo sentí dentro de mi estómago, y allí se quedó. Pero ahí estaba de nuevo, esa sonrisa que no llegaba a sus ojos. Era como si se sintiera aliviado de que yo hubiera vuelto, pero luchaba contra su ira. Y estaba ganando.

Comí mi tostada francesa, sintiendo la necesidad de decir algo.

—Estoy bien. No tienes por qué enfadarte. Ya pasó. He vuelto. Las cosas volverán a ser como antes —Esperaba que así fuera. Pero tenía

que ocuparme de algunas cosas antes de poder creerlo de verdad.

La sonrisa de Valen desapareció y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Elsa dijo que te dejaron ir con la condición de que encontraras la Joya del Sol.

Me tragué el trozo de tostada y tuve que intentar no poner los ojos en blanco.

—¿Sabes algo de eso?

Valen señaló la mesa del comedor, aún cubierta de papeles y planos.

—Pasé la mañana revisando los archivos que te dio Darius —Ante mi interrogante, añadió—: Anoche vine en cuanto recibí tu mensaje, pero estabas dormida. Quería despertarte, pero Elsa me habría matado.

Me reí y le señalé con el tenedor.

—Lo habría hecho.

—Hablamos un rato. Me contó lo que te había pasado —Las facciones del gigante se tensaron y descruzó los brazos mientras se agarraba al borde del mostrador. Agachó la cabeza, mirando al suelo —. Debería haber ido a buscarte. No debería haberte dejado pasar ni un solo minuto en ese lugar.

—No pasa nada. Ya estoy fuera. No fue tan malo —Sí, lo fue.

Los ojos oscuros de Valen se encontraron con los míos, y algo peligroso brilló en ellos.

—Solo después de que te sobornaran. El tipo orquestó todo esto para poder obligarte a hacer este trabajo para él.

—Lo sé.

Valen me miró y luego desvió la mirada, aparentemente incómodo con lo que quería preguntarme a continuación.

—¿Ellos... ellos...?

—¿Abusaron de mí? —Sabía que eso era lo que quería saber. Viéndolo ahora, como una bestia al borde de una matanza, no estaba segura de que pudiera soportarlo si lo hubieran hecho—. No. Nadie me tocó de esa manera —Gracias a la diosa por eso.

El gigante estaba asintiendo, pero mi respuesta no hizo mucho con el temible ceño fruncido de su rostro.

—Debería haberlos detenido —Valen negaba con la cabeza—. En el vestíbulo. No debí dejar que te llevaran. Pero pensé que si hacía algo... habría sido peor para ti. Nunca imaginé que no dejarían que nadie te viera.

Mis entrañas se apretaron ante la emoción en su voz.

—Lo que me pasó no es culpa tuya. Nada de eso lo es.

Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, estaban llenos de dolor.

—Debería haber hecho más.

—¿Y luego qué? ¿Acabar en una celda junto a la mía? Bueno,

supongo que entonces no estaría tan mal —Sonreí y pude ver un atisbo de sonrisa en aquellos ojos demasiado hermosos—. Escucha. Estoy de acuerdo en que Darius coordinó mi arresto para obligarme a hacer este trabajo para él. Y dudo que nada de lo que tú o cualquiera hubiera podido hacer lo hubiera detenido.

—Por la joya —Valen se quedó callado un momento. Y luego se dio la vuelta como si acabara de recordar la estufa y la tostada francesa que estaba a punto de quemarse.

Lo miré mientras apagaba las perillas.

—¿Sabes algo de esta joya? ¿Has oído hablar de ella alguna vez?

Valen se limpió las manos en un paño de cocina.

—No. Por lo que me dijo Elsa, ¿podría contener magia?

Empujé mi plato ahora vacío hacia delante para poder apoyar los codos en la isla.

—Obviamente, Darius la quiere por esa razón. No creo que ponerle las manos encima sea algo bueno.

—¿No vas a buscarla? —Valen sonaba genuinamente sorprendido.

—Oh, lo haré. Solo que no estoy segura de entregársela cuando la encuentre —Sabía que Darius tenía espías por todas partes. Se daría cuenta si fingía que buscaría la joya, pero en realidad no lo haría, solo para salir de la celda. No era tan fácil de engañar. Y me estaría vigilando.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del gigante, del tipo que me enamoró la primera vez que lo vi. Sus hombros parecieron relajarse un poco. Ya no parecía querer hacer agujeros en las paredes.

—Sigues marcada como criminal —Valen me observó. Su sonrisa fue sustituida por un fruncimiento de cejas.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un amigo en el Consejo Gris aquí en Nueva York. Le pedí que investigara tu expediente. No hay indicios de que Darius te concediera la libertad por compasión o algún tipo de libertad condicional. O incluso un sobreseimiento.

Un desliz de ira y miedo se instaló en mis entrañas.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda.

—Significa que pueden arrestarte de nuevo cuando quieran.

—Excelente —La tostada francesa ya no se sentía tan increíble en mi estómago. La idea de que Darius y sus compinches pudieran llevarme de nuevo solo porque no le gustaba cómo me reía o sonreía hizo que me subiera la tensión. Bien podría volver a meterme en esa celda, y yo no podría hacer nada al respecto. Pero no lo haría. No hasta que encontrara la joya. Aún tenía tiempo.

—Estoy haciendo que algunos de mis contactos investiguen a ese supuesto testigo ocular —dijo Valen.

Le miré sorprendida.

—¿En serio?

—Sé que es mentira. Todo. Y para limpiar tu nombre, tenemos que demostrarlo. Demostrar que este testigo está mintiendo.

—¿Pero eso no meterá a Catelyn en problemas? Lo último que quiero es que acabe en una de las prisiones paranormales —Tomé un sorbo de café, dejando que el calor llenara la frialdad que de pronto sentía en mi interior.

—No después de lo que le hizo Adele —dijo el gigante—. Ella quiere declarar.

Separé los labios y parpadeé.

—¿Cómo dices?

—El Consejo Gris no puede acusarla de nada. Es una humana que fue transformada en gigante contra su voluntad mediante un procedimiento ilegal. Está dispuesta a confesar lo que le hizo a Adele.

—Pero el Consejo Gris está corrupto. Darius no puede ser el único.

—Tal vez —dijo el gigante—. Pero podemos hacerlo público. Que todas las comunidades sepan lo que ha pasado. Jimmy ya está creando un sitio web.

Sentí una increíble gratitud porque Catelyn quisiera ayudarme, pero eso no significaba que me pareciera bien.

—¿Cómo lo sabes? ¿Catelyn habló contigo?

Valen se apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Sí. Hemos pasado mucho tiempo juntos. He estado ayudándola a controlar mejor a su gigante interior, lo que me ha ayudado a no matar a nadie mientras esperaba noticias tuyas.

Suspiré y me froté los ojos.

—Esto es un desastre, pero voy a arreglarlo. Si tu gente pueden encontrar a este testigo, y si puedo averiguar qué es esta joya, y por qué Darius se empeña tanto en tenerla, creo que podremos deshacernos de él. Para siempre —Sabía que nunca estaría a salvo mientras Darius fuera miembro del Consejo Gris.

Nos miramos fijamente durante un largo rato hasta que Valen rompió el silencio.

—No puedo perderte, Leana —dijo, con voz sincera y llena de emociones—. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Le sonreí.

—Ni se te ocurra olvidarlo —Bromeé, pero sus palabras se aferraron a mí, haciendo que mi corazón diera un montón de volteretas hacia atrás.

Lo siguiente que recuerdo es que Valen estaba a mi lado, con sus grandes manos acariciando suavemente mi mejilla mientras me miraba fijamente a los ojos.

—No lo haré —susurró, provocándome pequeños escalofríos en la piel.

Se inclinó hacia delante y presionó sus labios contra los míos, y lo primero que pensé fue que esperaba no tener trozos de tostada francesa entre los dientes. Su lengua se deslizó por mis labios y los abrí, dándole la bienvenida.

Gemí en su boca mientras nuestras lenguas se entrelazaban. Profundizó el beso, y pude sentir todas las palabras que antes no podía comunicar, dentro del beso. Luego pasó a mi cuerpo. Arrastró sus manos hasta mis caderas y luego a lo largo de mis muslos. Después, movió las manos y me agarró las rodillas, abriéndome las piernas. Se empujó contra mí y una oleada de calor recorrió mi cuerpo.

Deslicé las manos por su espalda, dejando que la piel caliente empapara mis dedos. Susurré contra su boca:

—Te he extrañado mucho.

Valen soltó un gruñido y me besó con fuerza, el tipo de beso que solo dan los chicos malos seguros de sí mismos y que te hacía poner los ojos en blanco y suplicar que no parara nunca.

—Te deseo —dijo sin dejar de besarme—. Ahora mismo —Su boca era feroz y sedienta. Me quitó la camiseta en un interludio de gemidos y besos.

Nunca me habían deseado de una forma tan feroz y apasionada, como si fuera irresistible. Y le estaba causando sensaciones muy locas a mis partes bajas, por no hablar de lo que hacía con mi ego.

Estaba sentada en el taburete con Valen entre mis piernas, solo en sujetador y jeans. Si alguien de la pandilla entraba ahora, sería vergonzoso.

Pero todos esos pensamientos se evaporaron de mi mente cuando me agarró de las caderas y me levantó. Rodeé su cintura con las piernas mientras me llevaba a mi dormitorio, con los labios aún unidos.

—Cierra la puerta —respiré alrededor de su boca.

El gigante hizo lo que le pedí, y cerró la puerta con seguro mientras yo seguía colgada de sus caderas. Después me tumbó suavemente en la cama, tanteando torpemente los botones superiores de mis jeans antes de conseguir desabrochármelos. Sentí un tirón y me quitó los jeans antes de tirarlos al suelo.

Sonreí.

—Esto es lo que yo llamo experiencia —Metí la mano por detrás y me desabroché el sujetador, liberando mis bubis. Antes de que pudiera detenerlo, Valen deslizó sus dedos sobre mis bragas y me las quitó también.

Bueno, ahora estoy completamente desnuda, y el gigante está completamente vestido.

Los ojos de Valen me recorrieron muy lentamente como si estuviera memorizando cada centímetro de mí — con todos mis

defectos e imperfecciones— pero de alguna manera el deseo ardía en sus ojos.

—Eres preciosa —El gigante se arrancó la camisa y los jeans, y lo siguiente que supe es que estaba allí de pie, desnudo en todo su esplendor.

Y déjame decirte, fue glorioso.

No era como si no lo hubiera visto desnudo muchas veces. Era solo que por primera vez lo vi desnudo con una erección solo para mí.

¿Su virilidad? Bueno, *era* un gigante, y nunca había visto nada igual.

Mis ojos estudiaron su hombría, y tuve un miedo momentáneo tipo *esa cosa no cabrá en mí.*

Me di la vuelta, tratando de ocultar mi sonrisa tonta, y busqué un preservativo en el cajón de mi mesilla de noche. Los compré la semana pasada, pensando que podría pasar algún tiempo a solas con Valen.

Valen cogió el preservativo y, cuando se lo puso, no dudó. Me dio un beso largo y profundo mientras descendía sobre mí.

—Leana —gruñó mi nombre mientras dejaba caer su boca sobre mi cuello, besándome y lamiéndome. Sus besos eran como una especie de tortura, aumentando la presión y mareándome.

Gemí y me arqueé contra él. Los nervios que solía sentir por mi falta de habilidades en la cama habían desaparecido porque sabía que Valen se encargaría de eso. Sabía que atendería mis necesidades.

Su mano áspera se deslizó por mi cintura hasta mi muslo, y jadeé cuando sus dedos mágicos encontraron mi punto dulce. Martin nunca pudo encontrar ese punto, aunque viniera con instrucciones.

Valen gruñó en mi boca mientras sus dedos mágicos hacían lo suyo, llevándome al límite. Mi cuerpo se estremeció mientras gemía, posiblemente gritaba. En un momento dado, estaba segura de que veía doble. No tenía ni idea de que el sexo pudiera sentirse tan bien, tan increíble y tan adictivo.

Vaya, lo que me había estado perdiendo.

Mientras sus manos y su boca expertas hacían lo suyo, clavé los dedos en su espalda. Le rodeé la cintura con las piernas y tiré de él contra mí, sin querer soltarlo nunca.

Nos movíamos juntos en una maraña de gemidos, besos y emociones. En mi interior se encendieron pozos de deseo al ver a aquel hermoso hombre encima de mí y su propia pasión y necesidad de mí.

Y mientras Valen se empujaba dentro de mí, le dejé que me tomara toda.

5

Me quedé en el ascensor, sonriendo como una tonta. Era difícil no hacerlo, sobre todo después de haber tenido sexo alucinante con el gigante hacía unas horas.

¿He mencionado que fue alucinante? ¿Con orgasmos estremecedores? Sí, *orgasmos*. Más de uno. ¡Woo-hoo!

Era casi imposible concentrarse después de eso. Pero no dejaba de pensar de que si acababa de nuevo en la cárcel, nunca volvería a experimentar aquello, y eso me hizo recobrar la cordura.

Si no encontraba la joya para salvar mi culo de la cárcel, lo haría por los orgasmos de Valen.

Sacudí la cabeza, intentando despejar las secuelas de aquellas intensas sensaciones carnales.

—¿A dónde vas? —había preguntado Valen hacía unos minutos. Estaba tumbado en mi cama, boca arriba, con el brazo doblado bajo la cabeza. Parecía comestible—. No he terminado contigo. Vuelve aquí —gruñó deliciosamente, haciendo que mi corazón galopara.

—Espera, sucio gigante. Tengo que hablar con Basil —le dije y cogí mi bata—. Tiene que saber que he vuelto. Ver lo que me he perdido desde que... me fui —Recordaba demasiado bien la cara del gerente del hotel, cómo le preocupaba más lo que mi detención estaba haciendo a la reputación del hotel que yo. Necesitaba hablar con él antes de que hiciera algo estúpido—. No podré relajarme hasta que hable con él —Sabía que si volvía a la cama con Valen, no volvería a salir hasta mañana o la semana que viene. Sus caricias y besos eran embriagadores.

—Date prisa —el gigante me miraba con un profundo deseo en los ojos, que me decía que no había terminado conmigo. Ni mucho menos. Era una mujer afortunada.

Tras una ducha rápida y otra ronda de besos profundos con Valen, me separé de él con renuencia y me dirigí a los ascensores.

Tras un breve trayecto, las puertas del ascensor se abrieron y me dirigí a la recepción. Al ver que Errol fruncía el ceño al verme, se me encogió el corazón. Me sentía como en casa.

Me apoyé en el mostrador, sonriendo.

—Hola, Errol. ¿Me has echado de menos?

Los labios del conserje se torcieron en un gruñido.

—Creía que habías muerto.

—Todavía no.

—Entonces aún hay esperanza —Errol pasó sus largos y enjutos dedos por su tableta.

Estaba muy contenta de haber vuelto. Su actitud negativa ni siquiera me molestaba. Al contrario, solo me hizo sonreír más.

—¿Algún mensaje para mí? —Dudaba que Bellamy me enviara otro mensaje, pero nunca se sabía. Me sentía excepcionalmente bien en ese momento. Tal vez mi suerte había cambiado.

—No. Nadie se preocupa por ti. No eres tan importante —dijo Errol. Levantó los ojos y me observó un momento—. ¿Por qué estás tan asquerosamente feliz? No es propio de ti. Eres más del tipo enfadada y ceñuda.

¿Enfadada y ceñuda? ¿De verdad era así antes?

—Bueno, si quieres saberlo. Acabo de tener un sexo increíble.

—¡No! —Errol dejó caer su tableta y se tapó los oídos, su pálido rostro adquiría un tono rojo oscuro—. Lárgate. No te escucharé a ti ni a tus puterías.

Me reí. Vaya que estaba de mal humor. Me encantaba. Me incliné hacia delante hasta que la parte superior de mi cuerpo casi cruzó el mostrador.

—Es solo sexo, Errol. No es algo malo. Es algo muy, muy bueno.

El conserje se apartó de mí, como si yo estuviera contagiada de ébola, y se colocó en el lado opuesto del mostrador, poniendo tanta distancia entre nosotros como pudo.

—¿Está Basil en su despacho? —pregunté mientras me inclinaba hacia atrás y me enderezaba—. ¿Errol? ¿Hola?

Pero el metamorfo lagarto siguió ignorándome, con las manos en las orejas, mientras me daba la espalda.

Puse los ojos en blanco, me aparté del mostrador y me dirigí hacia el despacho de Basil. Una sonrisa se dibujó en mis labios al pensar que casi habíamos tenido sexo en el escritorio del gerente del hotel justo antes de que Clive y sus compinches me llevaran.

Pensar en Clive y en aquella celda manchó mi buen humor. De ninguna manera iba a volver allí. Si eso significaba que tenía que encontrar esta joya y dársela a Darius, lo haría. Tal vez la robaría de nuevo. Sí. Buen plan.

Miré hacia la puerta del despacho de Basil, llamé dos veces y entré.

—Oh. Lo siento. Estás ocupado.

Mis ojos se posaron en el hombre sentado frente a Basil. Se giró en su asiento para que pudiera verlo bien. Su cuero cabelludo brillaba a través de su escaso pelo rubio, en mi opinión demasiado corto. Parpadeaba lentamente y me fijé en un ojo verde y otro azul. Una larga cicatriz le recorría desde la ceja derecha hasta la mandíbula. No era joven, posiblemente rondaba los cincuenta. No vi calidez en sus ojos, más bien una mirada fría y calculadora, como si me estuviera

evaluando. Por la cicatriz que tenía en la cara, parecía alguien con cierta experiencia en la vida, experiencia en batallas, si tuviera que adivinar.

Un fuerte pulso de magia fría me golpeó, seguido de un aroma a azufre y vinagre, el poder de un Brujo Oscuro. El extraño era un Brujo Oscuro. ¿Era uno de los hombres de Darius?

—¿Leana? —La cara de Basil se desencajó y sus labios se movieron nerviosos, como si no supiera qué decirme.

Qué raro. Le dediqué una rápida sonrisa.

—Volveré más tarde —Ya me iba.

—¿Qué haces aquí? —tartamudeó Basil—. ¿Te han soltado?

Me detuve y di un paso dentro del despacho. Se me encendió la cara. No iba a hablar de lo que me había pasado delante de un desconocido. Ya me habían humillado bastante.

—Sí. Anoche. Escucha, hablaremos más tarde. No es gran cosa.

—¿Por qué te soltaron? ¿Han retirado los cargos? —Basil me miraba con los ojos muy abiertos, moviendo ligeramente la cabeza como si estuviera en negación. Estaba raro. Era casi como si no esperara volver a verme nunca más.

—Sí, han retirado los cargos —Mentí. Valen casi me había confirmado que los cargos seguían ahí, y si Darius quería, podía volver a meterme en la cárcel cuando quisiera. Básicamente estaba atada a él hasta que le diera la joya que buscaba, así que ahora estaba atrapada. Pero no iba a decírselo a Basil ni al desconocido. Había vuelto. Eso era todo lo que necesitaba saber por el momento.

—Eh, bueno, esto es incómodo —dijo Basil, mirando de mí al extraño. El desconocido tenía una pequeña sonrisa en los labios, como si estuviera disfrutando de lo que fuera aquello. No estaba segura de que me agradara.

Fruncí el ceño y volví a mirar a Basil. Tenía los dedos crispados sobre el escritorio, como si no supiera qué hacer con ellos, y la cara más roja que de costumbre.

—¿Cómo así? —Ahora sí que me estaba preocupando—. ¿Qué pasa, Basil?

Basil se encogió de hombros y soltó una risa nerviosa.

—No creía que fueras a volver. Pensé que te habías ido para siempre. Te enviaron a esa prisión de brujos en el estado de Nueva York. Ya sabes, esa de la que nadie sale si no es en una bolsa o en una urna.

—Yo no estuve allí —Se me hizo un nudo en el estómago. Un resbalón de inquietud se abrió paso alrededor de mis hombros.

—Nunca dejan salir a nadie —continuó Basil como si yo no hubiera hablado. Miró al desconocido y le dirigió una mirada como si aquello fuera de dominio público y esperando a que estuviera de

acuerdo—. Sobre todo con un cargo de asesinato. He oído que tienen un testigo que dice que tú mataste a Adele.

Aquí vamos.

—No hay tal testigo —dije, aunque no estaba segura. Todo lo que sabía con certeza era que su supuesto testigo estaba mintiendo—. Yo no maté a Adele —No. Catelyn la había matado, y eso no era algo que estuviera dispuesta a compartir.

Basil entrecerró los ojos como si no me creyera.

—Nunca pensamos que volveríamos a verte. Te acusaron de asesinar a un miembro de la Corte de Brujos Blancos —Se subió las gafas con un dedo tembloroso—. Así que hice lo que tenía que hacer por el bien del hotel. Tienes que comprenderlo. Nunca pensamos que volveríamos a verte.

—Eso ya lo has dicho —Mi mirada pasó de Basil al desconocido, que observaba la escena con leve interés. Sí. No me agradaba este tipo —. ¿Quién es él? —No me importó que mi voz sonara áspera o grosera. Algo pasaba, y ese algo tenía que ver con ese desconocido.

Basil negó con la cabeza.

—Solo hice lo que era mejor para el hotel. Cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo. No tenía otra opción.

—¿Quién es él, Basil? —Ahora estaba enfadada. Podía ver que Basil estaba buscando respuestas para apaciguar su conciencia. Parecía culpable. ¿Pero culpable de qué? ¿Y por qué tenía la sensación de que tenía algo que ver conmigo?

El director del hotel tragó saliva con fuerza, como si tuviera la garganta seca y le doliera hacerlo.

—Él es Oric.

El desconocido se levantó por fin y se volvió hacia mí. Era unos centímetros más alto que yo, pero no mucho. Llevaba ropa oscura bajo una larga chaqueta de cuero negro que parecía tan vieja como él. También llevaba guantes, cosa que me pareció extraña. Aún no hacía suficiente frío para llevar guantes. Seguía teniendo esa mirada divertida, como si esto le divirtiera. Como si *yo* fuera el entretenimiento.

—Oric. Esta es Leana Fairchild. De quien te hablé.

¿Por qué Basil estaba hablándole de mí a este extraño? Esperé a que este Oric se ofreciera a darme la mano. No lo hizo. Ni yo tampoco.

—¿Vas a decirme qué está pasando, Basil? —Mis nervios estaban a flor de piel. Sentí un pico de adrenalina que me inundaba. Algo no estaba bien aquí.

Basil se aclaró la garganta.

—Oric es el nuevo Merlín del hotel.

¿Qué demonios?

Sentí que la sangre se me iba de la cara. Parpadeé mientras

intentaba asimilar las palabras que acababan de salir de su boca.

—Lo siento, Leana —dijo Basil, aunque no sonaba apenado en absoluto, más bien culpable de que le hubieran pillado en algo que quería hacer—. Pero pensé que te habías ido para siempre. Solo me ocupo de las necesidades del hotel. Y después de lo que ocurrió en el pasado, no puedo dejar de ser demasiado cuidadoso. El hotel siempre necesitará un Merlín. Así que, puedes entender por qué hice lo que hice. No es nada personal. Son solo negocios.

Las paredes del despacho parecían cerrarse de repente y no encontraba aire para respirar. Me sentí como si estuviera de vuelta en aquella celda oscura y sucia, sin nada más que las frías paredes para hacerme compañía. Sola y olvidada.

—¿Me has sustituido? —Era lo último que esperaba oír. Sí, podría haber imaginado que Basil me echaba, pero siempre pensé que me guardaría el puesto. Que me devolvería mi trabajo con un poco de humillación y tal vez, incluso un recorte salarial. Nunca imaginé que me sustituiría.

Basil se encogió de hombros y soltó una risita nerviosa.

—Necesitaba otro Merlín. Oric viene muy recomendado.

—Puedes estar segura de que el hotel estará bien cuidado —dijo Oric, con voz grave y rasposa como su exterior.

El corazón me latía con fuerza contra las costillas mientras intentaba comprenderlo todo. No tenía otro trabajo remunerado. Necesitaba dinero. Dinero para comer. Dinero para pagar el alquiler.

—Pero tenía un contrato —No conocía bien todas nuestras leyes, pero lo único que sabía y sobre lo que me había informado eran mis contratos y mis derechos como Merlín. Sabía a ciencia cierta que el hotel no podía contratar a otro Merlín hasta que mi contrato finalizara.

—Queda nulo en caso de encarcelamiento —dijo Basil—. Todo es legal. Lo he consultado con los abogados. Ya no eres empleada del hotel.

—Tengo algunos amigos que podrían estar interesados en contratarte —dijo Oric, aunque su voz no sonaba sincera. Más bien parecía que lo estaba soltando para que yo no me asustara. No sabía qué tenía el brujo, pero me resultaba repugnante. No me caía bien. Pero lo más probable es que fuera una reacción a que ocupara mi lugar como Merlín. Sí, eso era. Podría haber sido el tipo más simpático del mundo, y yo seguiría odiándolo a muerte.

Basil señaló a Oric, con los ojos muy abiertos.

—¿Ves? Eso es bueno. Tienes otro trabajo esperándote. ¿No es genial?

—Tengo un trabajo aquí —dije, sin querer dejarlo pasar. No ayudaba que me sintiera humillada por todo este asunto. La injusticia

de todo esto me revolvía el estómago. Esto era obra de Darius. El cabrón de pelo plateado me había metido en la cárcel con cargos falsos y ahora había perdido mi trabajo por ello, un trabajo seguro del que estaba muy orgullosa y que me encantaba.

Estaba enfadada y un poco dolida por la rapidez con la que Basil había encontrado a otro Merlín para sustituirme. Bellamy había dicho una vez que había muchos Merlíns. Nunca imaginé que me cambiarían tan rápido.

Recordé lo nerviosa que había estado la primera vez que vine al hotel, pensando que era demasiado bueno para ser verdad que me contratara el Hotel Twilight. Después de lo que había sobrevivido, me sentía como una tonta.

—Siento que estés enfadada, Leana —dijo Basil, sin parecer apenado en absoluto, sino más bien avergonzado por la situación—. Solo pienso en el hotel. Debes comprenderlo. En mi lugar, habrías hecho lo mismo. Tengo una obligación con los huéspedes y con los inquilinos.

Apreté los dientes.

—Después de todo lo que he hecho por el hotel, pensé que podrías haber esperado un poco más antes de sustituirme. ¿Cuánto tiempo *esperaste* antes de sustituirme?

Basil extendió las manos.

—No creo que eso importe. No entremos en eso ahora.

—A mí sí me importa. ¿Cuánto tiempo esperaste?

El director del hotel se removió en su asiento, con los ojos fijos en un punto de su escritorio.

—No lo sé. ¿Al día siguiente, quizás? No estoy muy seguro de la fecha.

—Maldita sea, Basil. Ni siquiera pudiste esperar unos días — Bueno, eso me dolió más de lo que hubiera pensado. Pensé que la gerencia se preocupaba un poco más por mí. Pero parecía que yo era solo un número.

Intenté verlo a través de los ojos de Basil. Como director del hotel, tenía la obligación de velar por la seguridad de los huéspedes y los inquilinos. Entendí por qué tenía que buscar otro Merlín. Pero no por qué tenía que hacerlo tan pronto. Me merecía al menos un mes. Parece que no.

Basil volvió a aclararse la garganta y, cuando le dirigí la mirada, parecía aún más incómodo. Golpeó su escritorio con los dedos y dijo:

—Voy a necesitar la llave de tu apartamento.

Vale, ahora estaba molesta.

—¿Perdón? —Sentía que me ardía la cara. Había pasado por tres días de infierno, ¿y ahora esto? No. No iba a renunciar a mi casa.

—El apartamento le pertenece al Merlín del hotel. Bueno, como ya

no lo eres, el espacio es para el nuevo Merlín. Oric. La llave, por favor.

—¿Regalaste mi apartamento? —Estaba mareada. El pavor me atacó, real y duro y ondulante. No solo había perdido mi trabajo, sino que acababa de perder mi casa. También perdería a mis amigos. Mi independencia. Era el primer lugar en el que me había sentido como en casa desde que dejé a Martin. No, desde que dejé la casa de mi abuela quince años atrás. Podía sentir las punzadas de las lágrimas detrás de mis ojos. No iba a echarme a llorar. Por la rigidez de los hombros de Basil, se lo esperaba. Que llorara. Eso era lo que esos hombres esperaban que hiciera. No lo haría. Yo era más fuerte que eso.

Pero si pudiera salvar mi apartamento, consideraría seriamente ponerme a llorar. Soltaría algunos lamentos, solo para verlos retorcerse.

Me puse rígida, sintiendo un ataque de pánico en camino. Me sentía atrapada. Una parte de mí quería salir corriendo de esta oficina y volver a los brazos de Valen.

Valen. Si lo supiera, probablemente obligaría a Basil a devolverme mi trabajo. Pero tal vez era demasiado tarde para eso también.

—Los dueños creen que un Merlín debe vivir en el hotel —dijo Basil—. Después de nuestra historia con los... *demonios* —añadió en un susurro, como si decir esa palabra los hiciera aparecer de algún modo —, se sentirían mucho mejor si un Merlín se alojara aquí a tiempo completo. Así que necesito tus llaves.

Me quedé mirándole la mano. Una parte de mí quería acercarse y golpearla. El calor me subió a la cara. Me quedaría sin sitio si le daba mi llave. Estaría en la calle.

—No pasa nada. Ella puede quedarse con su apartamento. Yo vivo aquí en la ciudad —Oric me miró y sonrió, pero era una de esas sonrisas falsas que había visto tantas veces en Adele.

Si quería que le diera las gracias, no lo iba a conseguir.

Dejé escapar una respiración entrecortada, sintiendo que mi cuerpo no era mío. Sentía que esto era un mal sueño y que me iba a despertar ya. Pero no tuve tanta suerte.

—¿Estás seguro? —Basil estaba mirando a Oric—. Estarías en tu derecho de tomarlo. Es el último apartamento en el piso trece. Grandes ventanas. Mucha luz solar.

La ira se encendió en mí. Estaba muy enfadada con Basil. Era todo lo que podía hacer para no correr hacia allí y estrangular al pequeño brujo. ¿No veía lo que esto me estaba haciendo? ¿Lo que este lugar significaba para mí? Al parecer, no.

—Que se lo quede —dijo Oric con ese mismo tono divertido y entretenido, como si yo fuera una mujer emotiva. Podía sentir sus ojos clavados en mí, pero no quise mirarle. Mis ojos estaban puestos en

Basil, sintiendo que mi respeto por el director del hotel se evaporaba tan rápido como me había sustituido.

—Bueno, si cambias de opinión —dijo Basil. Me miró y dijo—: ¿Te importaría cerrar la puerta al salir? —Me sonrió como si no acabara de apuñalarme repetidamente en el corazón, como si acabara de hacerme un favor.

No recordaba haber salido del despacho de Basil ni cómo había acabado caminando por la calle 42. Tenía las piernas entumecidas. Yo estaba entumecida. Era como si tuviera una experiencia extracorpórea y flotara en el abismo.

Me quedé con mi apartamento. Pero sentí que no podía aferrarme a él por mucho tiempo. Es como dijo Basil. Ese apartamento era para el Merlín del hotel.

Que ya no era yo.

Pero iba a recuperar mi trabajo. ¿Cómo? No tenía ni idea.

6

—No puedo creer que te despidiera —Con la boca abierta, la barbilla de Jade prácticamente le tocaba el pecho. Su expresión de asombro combinada con su pelo rubio y encrespado parecía como si acabara de electrocutarse.

—No la despidió. La echó —corrigió Elsa, sentada en mi sofá—. No es lo mismo. Sigue siendo increíblemente estúpido. Voy a matar a Basil. Debería convertirlo en una rata. Se lo tenbdría bien merecido.

Julian abrió mi nevera, cogió una cerveza, le quitó la tapa y entró en el salón.

—No puedo creer que hiciera eso —dio un largo sorbo a su cerveza —. No teníamos ni idea, Leana. Ni idea de que haría algo así.

—Si lo hubiéramos sabido, lo habríamos evitado —coincidió Jade. Tenía los brazos cruzados sobre su camiseta de Bananarama.

Había vuelto al hotel una hora después de que Basil me diera la noticia, medio esperando que no se me revelara, como aquella vez que Raymond me había hechizado, pero así fue. Logré encontrar el camino de vuelta a mi apartamento, mientras aún *fuera* mi apartamento. Valen se había ido. Menos mal. No estaba preparada para ver su reacción. Conociéndolo, estaría furioso. Ya se sentía culpable porque estuve encerrada en esa celda durante tres días. No quería ni pensar en lo que le haría a Basil cuando se enterara de que me habían despedido o, mejor dicho, sustituido.

Elsa tiró del medallón que llevaba al cuello.

—Estábamos tan preocupados por encontrar la manera de sacarte de aquel lugar espantoso que nunca imaginamos que Basil buscaría a otro Merlín. Creí que estaba defendiendo tu caso ante el Consejo Gris. Todos lo creímos.

—Eso es lo que nos dijo —dijo Jade, con los ojos entrecerrados—. Nos dijo que no nos preocupáramos y que iba a hacer unas llamadas. Y que todo iría bien —Sus labios se afinaron—. Nos mintió. Nos mintió bien. Apuesto a que lo hizo para que no interfiriéramos. Porque sabía que lo habríamos hecho, si lo hubiéramos sabido.

—Esa pequeña mierda. Está en mi lista, justo al lado de Bellamy —dijo Julian, y yo no tenía ni idea de a qué clase de lista se refería—. Acaba de ocupar el puesto número uno.

Pero eso me recordó que aún tenía que encontrar a ese científico brujo. Sin embargo, parecía que mis planes cambiaban y se reorganizaban constantemente. Quizá tuviera que aplazar la búsqueda

de Bellamy por ahora mientras buscaba esa joya para Darius.

Me froté la nuca para liberar la tensión.

—Creo que Basil solo sigue órdenes de los dueños. Creo que le dijeron que buscara a otro Merlín —No sabía por qué lo estaba defendiendo. No estaba totalmente segura. Tenía la sensación de que Basil estaba haciendo esto más por el bien del hotel, de su propia reputación y la del hotel, quitando del camino a la Merlín con una acusación de asesinato pendiendo sobre ella y sustituyéndola por un Merlín «más limpio». Sí. Basil me quería lejos del hotel.

Elsa dejó escapar un suspiro y cruzó las manos sobre el regazo.

—Ni siquiera esperó. Fue a buscar a otro Merlín en cuanto te llevaron. No me lo puedo creer.

—Definitivamente, es ahora mi número uno en mi lista —gruñó Julian, dando otro trago a su cerveza, con los dedos golpeando la botella.

No se equivocaba en eso. Estaba bastante segura de que eso era lo que había hecho Basil. De otro modo, era imposible que hubiera encontrado a otro Merlín tan rápido.

—Debería haber sabido que haría algo así —Una mezcla de emociones se reflejó en el rostro de Elsa—. Nunca piensa en nadie más que en sí mismo y en su trabajo. El hotel es su vida. No tolerará nada que se interponga o manche la reputación del hotel. O la suya. ¿Por qué no me di cuenta antes?

Solté un suspiro.

—No es culpa tuya. Es solo... un gran malentendido —Traté de hacerme creer eso, solo para sentirme un poco mejor. No funcionó.

—Un gran lío —Julian se dejó caer en el sofá, junto a Jade.

—¿Por qué no te sientas, Leana? Me pones nerviosa —dijo Elsa, agitando los brazos. Parecía a punto de sufrir un infarto.

Negué con la cabeza.

—No puedo. No sé. No puedo sentarme. Estoy demasiado nerviosa. Demasiado enfadada —Demasiado devastada. Tenía la sensación de que si intentaba sentarme, volvería a levantarme de un salto.

Elsa se quedó mirando al suelo y luego me miró desde su silla.

—Hablaré con mi amiga Madeline. Es una abogada paranormal. Sí, eso haré. Estoy segura de que ella sabrá cómo recuperar tu trabajo. Ya no estás en la cárcel, así que no pueden sustituirte por ese Uric.

—Oric —corregí.

—Eso es lo que dijo Basil —continuó la bruja mayor, dándose golpecitos con el dedo en el muslo mientras yo veía cómo su mente trabajaba detrás de sus ojos—. La única razón por la que se dejó sin efecto tu contrato fue tu encarcelamiento. Así que eso ya no valdrá —Elsa tenía una mirada decidida, haciendo que las arrugas alrededor de sus ojos y boca fueran más pronunciadas—. Te devolveremos tu

trabajo. No te preocupes. La semana que viene a esta misma hora será como si nada hubiera pasado. Tú espera.

Forcé una sonrisa.

—Eso sería increíble —Sería un maldito milagro. No era tan ingenua como para pensar que recuperar mi trabajo sería tan sencillo. No cuando Oric ya estaba aquí. Tenía la sensación de que no se desprendería de su nuevo trabajo tan fácilmente. Lucharía por él. Al igual que yo iba a hacerlo.

—¿Cómo es, este tal Oric? —Elsa esperó a que respondiera, pero antes de que pudiera abrir la boca, añadió—: ¿Crees que puede arreglárselas solo? ¿Hacer el trabajo?

—Creo que sí. No es un novato, por desgracia —pensé en la cicatriz que tenía en la cara. Era demasiado irregular para ser de una hoja afilada como un puñal. Parecía más el resultado de haber sido acuchillado por una garra. El brujo se sostenía con la confianza que solo puede tener alguien con mucha experiencia y conocimientos en su oficio—. Parece bastante capaz. Vino *muy* recomendado, según Basil.

—Argh —Jade parecía a punto de vomitar. Se jaló su camiseta de Bananarama, deformando las caras de los cantantes—. Realmente odio a Basil en este momento. Ya está. No va a tener su regalo de Navidad este año.

Sentí un calor en mi pecho ante su comentario. Al menos mis amigos estaban de mi lado y veían lo absurdo del asunto. Le doy gracias a la diosa por tener amigos como ellos.

—¿Y estás segura de que es un Brujo Oscuro? —preguntó Elsa, con la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera calculando algo en su cabeza.

Asentí con la cabeza.

—Totalmente —Oscuro o Blanco, daba igual. Y sentí curiosidad por saber por qué ese detalle parecía interesarle a Elsa.

—Voy a preguntarle a Jimmy por ese brujo Oric —dijo Jade tras un momento de silencio—. Jimmy lo sabrá. Confía en mí. Conseguiré todos los trapos sucios sobre él. Y luego haremos que lo despidan —Se dio un puñetazo en la palma de la mano.

Yo me reí.

—Eso suena demasiado bien para ser verdad —Sin embargo, tenía un extraño presentimiento sobre Oric. Llámalo intuición femenina o instinto de bruja, pero me caía mal. Habría seguido sintiendo lo mismo si él no hubiera ocupado mi lugar.

Me alegró ver que la relación entre Jade y Jimmy parecía ir bien. Me entristecía haberme perdido los primeros días, la etapa de la «luna de miel» por culpa de mi encarcelamiento. Me habría encantado ver la chispa en sus ojos. Y todo por culpa de Darius.

—Lo tengo —Julian se enderezó—. Sé cómo hacer que lo despidan.

Los ojos de Jade se redondearon con deleite e interés.

—¿Cómo? Dímelo.

El brujo esbozó una sonrisa socarrona.

—Voy a hacerle la vida imposible.

Le miré con curiosidad.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Fácil —Julian me miró, su sonrisa se extendió por toda su cara, haciéndole parecer años más joven y aniñado—. A Basil solo le importa su reputación y la del hotel. Así que lo único que tenemos que hacer es que parezca que Oric no es capaz de arreglárselas —Su sonrisa creció—. Voy a sabotear el hotel.

Mis labios se separaron, pero no pude evitar sonreír.

—¿Lo harías?

—Por supuesto, cariño. Por ti, haría cualquier cosa —dijo Julian, haciendo que mis tripas se llenaran de calor.

Jade se golpeó el muslo.

—Quiero participar. Tengo ideas. Y Jimmy también ayudará. Conoce el hotel mejor que todos nosotros juntos.

—Se me ocurren unos cuantos hechizos que seguramente dejarán a los huéspedes del hotel un poco despeinados —dijo Elsa, con una sonrisa astuta en la cara—. Tengo unos cuantos hechizos de fantasmas, y sé de una bruja que puede venderme un hechizo de demonio-holograma que se mueve y parece tan real como tú y yo. Eso se encargará de algunos huéspedes.

—Hará que los huéspedes tiemblen —dijo Julian, sus hombros enderezándose orgullosamente con su esquema—. Se cagarán de miedo. No querrán volver.

—Oric no sabrá qué está pasando —Jade se frotó las manos, con una sonrisa en la cara—. Parecerá incompetente. Inútil. Basil no tendrá más remedio que despedirlo y volver a contratarte.

Me reí, sintiendo que me quitaba un gran peso de encima, como si acabara de desprenderme de una pesada manta metálica. El mero hecho de ver cómo las caras de mis amigos pasaban de una preocupación palpable a una alegría colectiva y retorcida me hizo preguntarme si esto podría ocurrir de verdad. Si alguien podía ahuyentar a los huéspedes y convertir la vida de Oric en un infierno, era mi pandilla del decimotercer piso.

—¿Eso no forzaría el cierre del hotel? —pregunté, cuestionándome ahora si no era una idea tan genial como había pensado al principio.

—No te preocupes —respondió Julian—. Nada tan drástico. No mataremos a nadie, si es eso lo que te preocupa.

—Ahora sí estoy preocupada —dije riendo.

—Solo tenemos que asustar a los invitados. No les haremos mucho

daño. Palabra de brujos —Julian levantó dos dedos y se los puso en el corazón.

Me reí con ganas.

—¿Eso existe?

—No. Pero pensé que te gustaría —dijo Julian.

—Es perfecto —Jade meció su cuerpo en el sofá—. Funcionará. Lo presiento.

Asentí.

—Parece que podría funcionar. Si aterrorizas a Oric lo suficiente, puede que se vaya solo —¿No sería eso algo?

—Al menos te quedas con el apartamento —dijo Julian—. Una cosa menos de la que preocuparse. No creo que quiera a otro tipo en mi territorio. No. Definitivamente no.

—¿En tu *territorio*? —Me quedé mirando al apuesto brujo, mordiéndome la lengua para no reírme. Parecía serio.

Julian dio otro sorbo a su cerveza.

—Sí. Las hembras de esta planta son mi territorio.

Sacudí la cabeza y puse los ojos en blanco.

—Bueno, te equivocas en una cosa. No creo que pueda quedarme con el piso.

Elsa se inclinó hacia delante en su silla, su expresión estaba teñida de repentina preocupación.

—¿Qué quieres decir? Creía que habías dicho que ese tipo no quería el apartamento.

Suspiré.

—Es solo una sensación. Pero estoy bastante segura de que Basil no me dejará quedarme. Los propietarios quieren un Merlín aquí a tiempo completo. Es cuestión de tiempo que me echen a la calle. Además, creo que este Oric solo pretendía ser amable. Dale unas semanas. Probablemente se quede con el apartamento —Lo que significaba que tendría que buscar otro lugar para vivir. Debería empezar ahora antes de acabar en la calle. Dudaba que eso sucediera. Estaba segura de que Jade o incluso Jimmy me dejarían quedarme en su casa. Y también estaba Valen. Él nunca me dejaría estar en la calle.

Jade negó con la cabeza, con el ceño fruncido.

—No se lo permitiremos. No tiene por qué venir aquí y robar este apartamento. Es *tu* hogar. *Nuestro* hogar.

—¿Lo sabe Valen? —preguntó Julian. Se inclinó hacia delante y puso su botella de cerveza vacía sobre la mesita.

—Todavía no —Me froté las sienes, sintiendo un dolor de cabeza en camino—. Le llamaré cuando haya tenido tiempo de pensarlo.

Julian silbó y se recostó en el sofá.

—Se va a molestar. Ya lo sabes. Estará molestísimo. Habrá sangre.

—Lo sé. Estaban pasando tantas cosas a la vez. Era un milagro que

todavía estuviera de pie. Pero esa era la adrenalina. Eventualmente, iba a caer. No sería bonito.

Si no lo hacía, probablemente caería en una horrible escena de autocompasión de «¿por qué a mí?» y «¿por qué siempre me pasa esto a mí?». Necesitaba mantenerme ocupada. No era el momento de derrumbarme. Tenía cosas que hacer.

Necesitaba limpiar mi nombre sin implicar a Catelyn. La única forma en que veía que eso sucediera era revelando la traición de Darius. Revelar sus planes, que era responsable de todas esas muertes humanas, y que Adele trabajaba bajo sus órdenes.

Cuando lo destituyeran, los cargos no se mantendrían. O al menos, esperaba que no. Pero tenía que mantener mi culo fuera de la cárcel. Y la única forma de hacerlo era buscando la joya y asegurándome de que Darius supiera que sí la estaba buscando. O que me viera buscándola porque sabía que tendría a alguien siguiéndome. Estaba segura.

—Estamos contigo, Leana —dijo Jade, que parecía haber visto la angustia en mi cara—. Tú solo piensa en esa joya. Déjanos a Oric a nosotros. Confía en mí. Vas a recuperar tu trabajo.

—Y un aumento de sueldo, para cuando acabemos —añadió Julian. Me guiñó un ojo—. Cuenta con nosotros, Leana —se levantó—. Necesito otra cerveza. Nada como la cerveza para que fluya la creatividad.

Me invadieron las emociones. Entusiasmo. Miedo. Alborozo. Furia. Con la ayuda de mis amigos, podría funcionar. Esta era mi oportunidad.

Solo faltaba una cosa. Valen. Saqué mi teléfono. Tenía que hablar con Valen. Moví los dedos sobre la pantalla mientras le enviaba un mensaje.

Yo: *¿Estás ocupado? Necesito hablar contigo de algo.*

Esperé unos segundos antes de ver cómo los puntos en la pantalla de mi teléfono se movían de un lado a otro.

Valen: *De camino al aeropuerto para recoger a Frederick y Hanna. Volveré dentro de unas horas. ¿Estás bien?*

Mierda. Me había olvidado de eso. Sabía que había hecho planes con los otros gigantes. Pero como llevaba tres días en la cárcel, lo había olvidado por completo.

Yo: *Estoy bien. Hablaremos cuando vuelvas.*

Valen: *Bueno.*

—¿Valen viene en camino? —Elsa me observó, con ojos curiosos.

Negué con la cabeza y volví a meter el teléfono en el bolsillo.

—En realidad va en camino a recoger a los gigantes hermanos en el aeropuerto. Creo que se quedarán con él una temporada —Si me hubieran echado, nunca podría haberme quedado en casa de Valen, no

mientras sus invitados estuvieran allí. Otra gran razón por la que el plan de mis amigos era esencial.

—Oh, cierto, es verdad. Eso es hoy —dijo Jade—. Esto es algo muy importante para él. Debe estar *taaaan* nervioso de conocer por fin a otros como él.

—Sí. Seguro que sí. Me alegro mucho por él. Mejor que no lo sepa hasta que vuelva. No quiero que nada arruine esa reunión —Valen llevaba seis años buscando con la esperanza de encontrar otros gigantes como él. De ninguna manera iba a arruinar eso. Además, parecía que teníamos las cosas bien planificadas entre los cuatro. Por el momento.

—¿Me prestas esto? —Julian sostenía uno de mis blocs de notas en una mano mientras sostenía una botella de cerveza fresca en la otra.

—Claro —le dije.

—Es hora de hacer una lluvia de ideas, señoritas —Julian tomó asiento junto a Jade—. ¿Crees que Jimmy podría conseguirnos planos del hotel?

Jade se inclinó hacia delante, sonriendo.

—Ya lo creo.

Elsa se levantó.

—Muévete. Quiero verlo. Vas a necesitar mi opinión.

Julian y Jade se apartaron para dejar espacio a Elsa en el sofá.

Me quedé allí sonriendo mientras los tres brujos empezaban a formular sus planes para añadir maleficios, maldiciones, hechizos, pociones y venenos por todo el hotel, todos hechizos pequeñitos, por supuesto, nada que pudiera dañar a ninguno de los huéspedes. O eso esperaba.

—Leana, siéntate —Elsa palmeó un lugar muy estrecho junto a ella —. Cuatro mentes son mejores que tres.

—Creo que voy a dar un paseo, si no les importa —Todos me miraron con la misma preocupación que cuando les conté que me habían despedido—. Solo necesito despejarme. Ustedes sigan trabajando. Estoy deseando que me lo cuenten todo cuando vuelva.

Elsa me hizo un gesto con el dedo.

—No te quedes fuera mucho tiempo. Estoy preocupada por ti.

—No te preocupes. Estoy bien. Nos vemos.

No era mentira. Realmente necesitaba aclarar mi mente, pero para hacerlo necesitaba estar sola. Necesitaba tiempo para descomprimirme. Para pensar en mi próximo movimiento.

Porque mi vida se había vuelto mucho más complicada.

7

No supe cuánto tiempo había caminado por la ciudad hasta que posé mi culo en una silla de un cibercafé de Internet, cuyo nombre había olvidado apenas entré. Mientras me tomaba un café y comía unos biscotes, decidí buscar en Google la llamada Joya del Sol. Cuando todo lo que apareció fueron términos de anime y algún muñeco asqueroso de tamaño humano, me conecté al servidor central de los Merlín. Al principio, el corazón me dio un vuelco. Al haber olvidado por un momento que me habían metido en una celda del Consejo Gris, podrían haberme revocado los privilegios de Merlín. Pero después de introducir mi nombre de usuario y contraseña, ya estaba dentro del sistema.

Debí permanecer conectada durante al menos una hora y no encontré absolutamente nada sobre esa joya. Así que probé otras combinaciones: joya del sol, diamante del sol, gema del sol, incluso con una *jolla* del sol mal escrita. Nada.

Si esta Joya del Sol existiera, debería haber aparecido en la base de datos. Pero no apareció. Darius no me dio muchas pistas, lo cual era sospechoso. Y sin una idea clara de qué era esa joya y qué aspecto tenía, empezaba a preguntarme si siquiera existía y si Darius me había enviado a hacer una búsqueda inútil para su jodido propósito.

Pero había visto esa mirada en sus ojos, la que Adele tenía cuando hablaba de poder: una combinación de deseo maníaco con cierta adicción a la idea de más poder. La joya era real. Si no aparecía en las bases de datos, quizá fuera porque era rara, y solo unos pocos habían oído hablar de su poder. Algo nuevo.

Básicamente, no tenía nada en lo que basarme, salvo lo que Darius me había contado en mi celda, que no era mucho. Extrañamente, sentía curiosidad por esta joya. Y la falta de información me hizo querer encontrarla aún más.

Darius había dicho que mi magia estelar me ayudaría a encontrar la joya. Mi poder se manifestaba sobre todo de noche, lo que explicaba por qué estaba en la puerta principal de la iglesia de la Trinidad, en Broadway, a las once de la noche.

Le había mandado un mensaje a Elsa, Jade y Julian para que no se movieran esta noche y les había dicho dónde estaba, por si me pasaba algo, como aquella vez que fui sola al almacén en busca de Bellamy, que resultó ser una trampa. Había decidido, entonces, que al menos una persona supiera dónde estaba cuando saliera a trabajar.

Una parte de mí también quería ir solo para probar el campo, en cierto modo. Les llamaría si me encontraba con algún problema. Todavía no sabía *cómo* encontrar la joya. Darius había dicho que con mis habilidades de luz estelar, podría encontrarla. Iba a probar su teoría.

El viento fresco se levantó, haciendo crujir las hojas de un enorme roble que se alzaba a la derecha de la iglesia. Era finales de septiembre, y pronto todas las hojas cambiarían de color y caerían, dejando la ciudad desnuda con espacio para la nieve.

La iglesia era enorme. Tenía ese estilo de renacimiento gótico que me gustaba, con un exterior de arenisca oscura flanqueado por arcos góticos apuntados, el mismo motivo que enmarcaba las vidrieras. Se erguía en medio de la manzana, como un gran barco, con sus torres elevándose por encima de los árboles.

Una rápida búsqueda en Google me dijo que la iglesia se construyó en 1698 y se destruyó en el Gran Incendio de Nueva York de 1776. Luego se volvió a construir en 1790.

En la placa de la entrada, sobre un pilar de piedra, se leía IGLESIA DE LA TRINIDAD. Una gruesa valla de hierro de dos metros recorría la manzana y rodeaba toda la iglesia, como si quisieran impedir que los humanos entraran.

Exhalé.

—¿Por dónde demonios empiezo?

Subí los escalones de piedra hasta el gran arco de entrada. Las puertas dobles estaban cerradas. Totalmente cerradas, sin duda. El horario de visitas había terminado hacía tiempo.

Miré por encima del hombro. Unos cuantos humanos caminaban por Broadway. Algunos autos y taxis pasaban a toda prisa. Permanecí de pie sin moverme durante un minuto para ver si alguien miraba a la extraña mujer parada en los escalones de la iglesia.

Al cabo de unos minutos, estaba claro que nadie había mirado en mi dirección.

Tomando eso como una buena señal, recurrí a mi pozo de magia para obtener el poder de las estrellas y las constelaciones. El aire zumbaba y palpitaba con energía bruta mientras tiraba de los componentes mágicos de las estrellas. La energía crepitó contra mi piel y, a después, una bola de luz blanca y brillante se cernió sobre mi palma. No me preocupaba utilizar mi magia delante de los humanos. No podían ver mi luz estelar. Mi magia era invisible para ellos.

Con mi luz estelar en la mano, la presioné sobre la cerradura de la puerta.

El globo estalló en miles de diminutas esferas de luz. Mis luces estelares se extendieron por toda la cerradura. No tuve que pronunciar ni una sola palabra. Mis luces estelares y yo estábamos conectadas.

Solo tenía que pensarlo, y ellas sabían qué hacer.

Oí un clic seguido del sonido de un metal arrastrado.

Con una última mirada por encima del hombro, y sin ver a nadie, agarré la puerta y tiré de ella. Se soltó con un ligero chirrido. La abrí un poco, lo suficiente para deslizarme por ella.

Esperaba que sonaran las alarmas, pero, para mi sorpresa, no oí ninguna.

Cerré la puerta con un ruido sordo y dejé ir mi luz estelar. Me encontraba en una entrada corta y tenuemente iluminada con luz amarilla en los apliques que se alineaban en las paredes, iluminándolo todo con sus espeluznantes matices. Todo estaba en silencio. El aire apestaba a incienso, velas, madera y alfombras mohosas.

Nada más al entrar en la iglesia, su belleza me traspasó. El altar me dejó sin aliento. Recorrí la iglesia con la mirada. Quería captarlo todo: desde los finos detalles de la cruz y la cuidadosa elección del color en los mosaicos de las ventanas hasta el techo abovedado, las vidrieras, las puertas de bronce esculpido y el retablo de mármol.

Pasé junto a la entrada, con paneles de madera y alfombras antiguas, y entré en la zona central de la iglesia. Filas de bancos flanqueaban un largo tramo que terminaba en un gran altar, todo bajo la atenta mirada del techo arqueado y las vidrieras.

Me di cuenta de que una joya preciosa de cualquier tamaño podría estar cuidadosamente escondida aquí dentro, y nadie lo sabría.

No entendía por qué Darius no buscaba la joya él mismo. No es que no pudiera entrar en una iglesia como el resto de los brujos. Básicamente había arruinado mi vida por esta joya, o por lo que recientemente había convertido en una vida.

—De acuerdo —respiré—. Si estás aquí, Joya del Sol, te encontraré.

Él había dicho que mi magia de luz estelar la encontraría. Así que lo intenté.

Volví a invocar mi magia estelar, sintiendo el zumbido del poder de las estrellas esperando a ser liberado. Cuando otra bola de luz blanca se cernió sobre mi mano, soplé en la palma.

El globo se elevó en el aire y estalló en miles de estrellas de luz en miniatura. Se elevaron hacia delante, como partículas de polvo incandescente. Las estrellas de luz envolvieron la iglesia, las paredes, los techos, las columnas y los bancos hasta que cada centímetro quedó iluminado con una deslumbrante luz blanca. Una vez que supe que había cubierto cada centímetro, envié mis sentidos a mis luces estelares para ver si me devolvían la sensación de algún tipo de energía. Algo que me indicara la dirección de esta joya.

Pero tras unos segundos, supe que no había nada. Si la joya reaccionaba a mi magia, a mis luces estelares, entonces yo...

nosotras... habríamos sentido algo.

—No está aquí —dije, soltando mi magia—. Bien. Bueno, dos sitios más a los que tengo que ir.

Me llegó el sonido de un zapato raspando el suelo.

Me puse rígida. Todo el vello de mi cuerpo se erizó al mismo tiempo. Me di la vuelta, pensando que era un cura o quienquiera que estuviera aquí después de la hora de visita. No esperaba que fuera alguien que necesitara una buena paliza.

—¿Bellamy?

8

El científico brujo se agazapó detrás de uno de los bancos del fondo, el más cercano a la salida. Se levantó lentamente y alzó una mano.

—Hola, Leana.

—¿Hola? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Le miré con el ceño fruncido. Su aspecto era idéntico al de la última vez que lo había visto: un hombre bajo, corpulento, cuarentón, con el pelo rubio rojizo, pantalones demasiado largos y una camisa blanca medio metida por el cinturón, con la culpa escrita en su rostro sudoroso.

No esperaba ver al científico brujo en la ciudad. Si era tan listo como decía ser, debería haber abandonado el país hacía días. Era la última persona que esperaba ver ahora en esta iglesia, a altas horas de la noche.

Bellamy tragó saliva y todo su cuerpo se crispó nerviosamente.

—Bueno... Quería hablar...

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —Y entonces me di cuenta—. ¿Me has estado siguiendo? Lo has hecho. ¿Verdad? Pequeño asqueroso.

—Ummm —El científico brujo miró por encima del hombro como si esperara que alguien entrara en la iglesia.

Mi temperamento se disparó mientras todas las emociones se abatían sobre mí como un tsunami.

—¿Sabes por lo que he estado pasando? ¿Sabes lo que nos ha hecho tu pequeño truco de desaparición? ¿A Valen? ¿Sabes que casi muere? —Bueno, ahora estaba gritando. Si había apartamentos en la planta baja de la iglesia, alguien iba a llamar a la policía.

—No tuve elección. Lo siento —tartamudeó Bellamy—. El proceso de la transferencia todavía necesita trabajo. No es una ciencia exacta... todavía. Solo hacía aquello por lo que me pagaban. Por mi trabajo. Igual que tú.

—Ni se te ocurra compararme contigo, *nunca* —espeté, con mi magia estelar vibrando a través de mí, aunque ni siquiera recordaba haberla invocado—. Yo salvo a la gente. No las someto a experimentos que las matan.

Bellamy se encogió de hombros.

—Lo confesé todo. ¿No es cierto? Te di la ubicación del almacén.

—Estúpido hijo de puta —Me enfurecí. Verlo sacudirse al otro lado de la iglesia me hizo sentir un poco mejor—. Me traicionaste cuando intentaba ayudarte. Y casi nos matas a mi amigo y a mí. ¿Y todo por

qué? ¿Por tu oportunidad de tener dinero y gloria? ¡Por ser publicado en una estúpida revista científica!

—Intenté ayudarte. *Yo* te salvé —dijo el científico brujo, mirándome como si esa pequeña parte fuera a salvarle de que *le* pateara el culo.

Solté una risa falsa.

—No me salvaste. Me abandonaste. Me dejaste como el cobarde que eres.

Bellamy me levantó un dedo y lo sacudió.

—No. Eso no fue lo que pasó. Solo te di suficiente del relajante muscular mágico para que *pareciera* que estarías paralizada durante horas. Pero no fue así. Te liberaste. Eso fue gracias a mí.

—¿Cómo lo sabes? Desapareciste. No te quedaste para la mejor parte.

Bellamy soltó una risa nerviosa.

—No sé luchar. No soy un brujo de batalla. Soy un brujo científico. Ahí es donde reside mi magia. En la ciencia.

Apoyé las manos en las caderas, sopesando si debía darle una pequeña paliza. Se lo merecía.

—¿Estabas allí cuando Adele murió? ¿Lo viste? ¿O ya te habías ido?

Bellamy negó con la cabeza. Apoyó las manos en el banco que tenía delante, agarrándolo con fuerza como si fuera lo único que le impedía caerse.

—No lo vi. Oí hablar de ello —Me miró, con una expresión de curiosidad en el rostro—. ¿Dicen que tú la mataste?

—No fui yo. Ojalá hubiera sido yo, pero no fue así. Yo no maté a Adele —De ninguna manera le diría a este asqueroso sobre Catelyn. Tenía la sensación de que si él sabía que la transferencia de gigantes funcionaba, y ella seguía viva con todas las propiedades mágicas que tenía Valen, lo más probable era que volviera a usar eso.

—No te culparía si lo hicieras —dijo Bellamy, y supe que estaba tratando de ganar algunos puntos conmigo—. No era muy querida entre nosotros. Todos le teníamos bastante miedo. Ya sabes, Rick Tanaka, uno de los primeros científicos brujos del proyecto. Discutió mucho con ella, y luego... luego nunca volvió.

—No me importas ni tú ni tus locos amigos científicos —apreté la mandíbula—. Me encerraron. ¿Lo sabías? Me metieron en una celda cochambrosa durante días, sin cama, retrete ni comida —No se le podía llamar a ese guiso, comida.

—Se supone que el ayuno es bueno para ti. Creo que más gente debería probarlo.

Dejé escapar un suspiro, conteniendo mi ira.

—Así es como se ve tu futuro. Pero estoy segura de que donde te

pondrán será mucho, mucho peor.

Los ojos de Bellamy se abrieron de par en par, y vi un destello de miedo cruzar su rostro, no por mí, claro, sino por él. Sin duda temía que eso pudiera pasarle a él.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso —Negó con la cabeza, sus rasgos fijos en lo que yo solo podía adivinar que parecía inocencia forzada—. No es culpa mía. No puedes culparme por eso —Se secó la frente con la mano—. Pero te dejaron salir. ¿Por qué?

No. No iba a tocar ese tema con él. Bellamy era tan de fiar como un condón de estopilla.

Avancé unos pasos y vi que se estremecía. Me detuve y crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué estás aquí? ¿Y por qué demonios me estás siguiendo? —Podía simplemente agarrarlo y llevármelo de vuelta al hotel o, mejor aún, arrastrarlo hasta el Consejo Gris. Pero necesitaba a Bellamy. Seguía siendo mi único testigo de este lío gigantesco. Era mi mejor opción para encerrar a Darius.

Bellamy se secó la frente con el dorso de la manga. Asqueroso.

—Me equivoqué. Pensé que podría manejarlo yo solo, pero… —Volvió a mirar por encima del hombro—. Estar a la fuga no es como lo pintan. Es mucho más duro de lo que pensaba.

—¿No es tan glamuroso como esperabas?

Su expresión era la de alguien casi enfermo de miedo.

—No estoy programado para huir. Se supone que debo estar en un laboratorio, trabajando. Eso es lo que se supone que debo hacer.

De ninguna manera Bellamy debería estar cerca de un laboratorio nunca más.

—¿Te quedaste sin dinero tan pronto?

—Me están siguiendo.

Entrecerré los ojos.

—¿Te están *siguiendo*? —Eso explicaría por qué parecía a punto de saltar fuera de su piel. Quienquiera que fuera, lo tenían muy asustado.

—Al principio, pensé que eras tú —dijo—. Pero luego oí que estabas en la cárcel, así que supe que no podías ser tú. Y entonces anoche…

Vale, ahora tenía curiosidad.

—¿Qué pasó anoche?

El científico brujo se inclinó hacia delante hasta que su estómago tocó el respaldo del banco al que estaba agarrado.

—Los vi. Vi quién me seguía.

Me encogí de hombros.

—¿Quiénes son? ¿Los oficiales del Consejo Gris? —Quizá querían encontrar a Bellamy y meterlo en la cárcel, donde debía estar. Tal vez debería apartarme de su camino y dejarles que lo hicieran. Sería una

cosa menos en la que pensar. Ya tenía suficientes problemas.

Los ojos de Bellamy se abrieron de par en par y sacudió la cabeza, con cara de susto, como si ya estuviera encerrado en una de esas celdas de prisión que tanto temía.

—El Consejo Gris no. O al menos, no lo creo. No eran oficiales. Creo que son los mismos que me contrataron a mí.

Podía ver que el brujo temblaba visiblemente de miedo, y no podía importarme menos.

—¿Los mediadores? ¿Los que te pagaron para matar a todos esos humanos?

Bellamy hizo una mueca de dolor ante mi comentario.

—Eso es lo que creo. Me quieren muerto. Pensé que querrían mantenerme cerca. Ya sabes. Para hacer más experimentos. Para llevar nuestros descubrimientos y el proyecto Orígenes de la Transferencia Humana aún más lejos. Para lograr algo más grande.

—¿Quieres decir que matar a cientos, quizás miles de humanos inocentes no era suficiente para satisfacer tus retorcidos conceptos? — La idea de que Bellamy sometiera a más humanos a sus bárbaras pruebas casi me hizo llamar a mi luz estelar y azotar al científico brujo. Pero estábamos en una iglesia. Yo respetaba a la iglesia. No a él.

¿Podría Darius estar tras Bellamy? Adele había estado trabajando para él. Tal vez el brujo de cabello plateado quería limpiar cualquier rastro que lo relacionara con el proyecto OTH ahora que había sido expuesto. Bellamy era sin duda uno de esos vínculos.

Pero, por otra parte, también podía tratarse de mercenarios pagados por el Consejo Gris que no tenían nada que ver con el proyecto OTH, sino que solo querían matar a Bellamy por lo que había hecho.

—Me equivoqué —Volvió a decir, aunque de algún modo no le creí. Su voz no contenía rastros de arrepentimiento, solo de miedo. Miedo por su propio culo—. Ahora lo sé. He tenido mucho tiempo para pensar en mis actos. Nunca debí aceptar trabajar en el proyecto OTH.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no te creo?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Es la verdad. Siento lo que ha pasado. Tienes que creerme.

—Tal vez solo lamentas que todo terminara, y ahora alguien te quiere muerto.

El científico brujo cerró la boca. Sus ojos giraron alrededor de la iglesia como si estuviera tratando de pensar en una mentira para alimentarme.

Se me estaba acabando la paciencia.

—Estoy trabajando aquí. Y me estás molestando. ¿Qué demonios quieres, Bellamy?

Sus ojos se encontraron con los míos a través de las filas de bancos.

—Necesito protección.

Por supuesto que la necesitaba.

—Olvídalo.

—¡Por favor! —Bellamy salió de detrás del banco y se puso de rodillas, con las manos juntas como si estuviera rezando. No estaba seguro de si eso era un sacrilegio o algo así, viniendo de un científico brujo paranormal que había sacrificado humanos por una oportunidad de ascender en la escala científica.

—¡Por favor! —gritó—. Tienes que protegerme. Me matarán si no lo haces. Te lo suplico. Haré todo lo que quieras. ¡Por favor!

Su teatralidad no me conmovió. Todo era falso. Excepto por la parte en la que temía por su vida. Esa parte era real.

—Hmmm. Supongo que intentaste huir, o que pensaste que podrías ser más listo que ellos, pero te equivocaste. ¿Estoy en lo cierto? ¿Y ahora no tienes más remedio que volver arrastrándote a mí? Me siento tan afortunada —Más bien quería vomitar.

—Sí. Es verdad. Todo es verdad —Levantó la cabeza y la esperanza llenó sus ojos—. ¿Me ayudarás?

Fruncí los labios.

—Aún no estoy segura. Necesito tiempo para pensarlo —Bellamy era probablemente uno de los únicos científicos brujos implicados en el proyecto OTH que seguía vivo. Él era la última prueba de aquellos horrores. Ellos, quienesquiera que fuesen *ellos*, podrían quererlo muerto, pero yo lo necesitaba vivo.

—¡Por favor! —Bellamy se puso torpemente en pie, corrió hacia mí hasta quedar frente a frente y se arrojó a mis pies—. Haré lo que sea. Lo juro. Incluso me quedaré contigo en el hotel. No volveré a escaparme. Te lo juro —me cogió las botas y yo me aparté de él. No quería que tocara mis botas.

Aunque probablemente merecía retorcerse un poco más, no podía soportarlo más.

—De acuerdo.

Bellamy me miró.

—¿Sí? ¿Me protegerás?

—He dicho de acuerdo, así que sí. Ahora levántate antes de que cambie de opinión.

Con un gran esfuerzo, el científico brujo rodó hacia un lado y consiguió ponerse en pie. Tuve que apartar la mirada para que no viera mi sonrisa.

—Excelente. Simplemente excelente —Bellamy se cepilló la camisa y los pantalones. Una visible tensión abandonó su postura—. Sabía

que tomarías la decisión inteligente. Siempre me doy cuenta.

Puse los ojos en blanco.

—Vamos, Bellamy —caminé por el pasillo y volví a la entrada de la iglesia.

—¿Por qué estás aquí de todos modos? ¿En esta iglesia? —preguntó Bellamy cuando llegué a las puertas—. ¿Eres una persona religiosa? Nunca habría pensado que tú, una bruja, fueras seguidora de religiones humanas.

—Estoy trabajando. Voy donde me lleva mi trabajo. Mis creencias no importan —Cuando agarré el pomo de la puerta, me volví y dije—: Espera. Déjame ver si está despejado de humanos antes de salir —No es que estuviera segura de que Bellamy lo hubiera hecho antes de entrar, pero el muy cabrón me había estado siguiendo y yo nunca lo había sabido. Quizá tuviera algún talento oculto.

Esperé a que pasara un hombre humano, agarré a Bellamy por la camisa y lo saqué de allí. Cerré la puerta y me apresuré a bajar los escalones.

—Tengo hambre. Hace días que no como decentemente —se quejó Bellamy—. ¿Crees que ese restaurante junto al hotel está abierto?

Empecé a caminar por Broadway.

—Se supone que ayunar es bueno para ti, ¿recuerdas? —Recitando lo que me había dicho—. No. Es tarde. Te buscaré algo de comer en el hotel.

Bellamy torció la cara como si la idea de la comida del hotel le repugnara.

—He visto lo que tenías en la nevera. Nada. Que tú... —se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, mirando algo que había al otro lado de la calle.

Seguí su mirada. No fue difícil ver lo que lo tenía helado como una paleta de bruja.

Un hombre estaba de pie en el borde de la acera frente a nosotros. Llevaba una capa oscura sobre ropas oscuras. La capucha le rodeaba los hombros. Permanecía de pie con una postura no violenta hasta que decidiera atacar, y entonces morirías. Era un hombre apuesto, de pómulos finos y marcados, y su comportamiento era más el de un hombre de negocios que el de un matón callejero. Parecía tener unos sesenta años. No le reconocí. Sus ojos me miraban. Y ahora mismo, estaban fijos en nosotros.

Su mirada era intensa, casi como si tuviera... ¿podría decir… curiosidad? Separé los labios, se me erizó el vello del cuello y sentí un escalofrío.

—¿Es este el tipo del que hablabas? —Si quería a Bellamy, tendría que pasar por mí primero. No iba a perderlo de nuevo. Una vez fue suficiente, gracias. No sabía si era brujo, hombre lobo o vampiro.

Estaba demasiado lejos para tener una buena lectura de su energía. Sin embargo, este tipo se sentía diferente en la forma en que nos observaba a ambos. No podría decir qué exactamente, pero era solo una sensación. No percibí ninguna vibración violenta en su postura ni en sus rasgos. Era más una curiosidad abierta, como si nos estuviera estudiando. Sus ojos parecían estar más centrados en mí que en Bellamy. Eso sí que era extraño.

Pero aun así invoqué la luz estelar, por si acaso. No es que luchar contra otro paranormal en medio de Broadway fuera una buena idea, pero lo haría de todos modos para salvar al científico brujo.

—Su mirada está empezando a asustarme. ¿Lo reconoces? ¿Bellamy?

Pero cuando me di la vuelta, Bellamy ya no estaba.

Maldije.

—¿Bellamy? —siseé. Maldije un poco más. Troté unos pasos hacia delante, buscando al científico brujo, pero lo único que vi fueron las caras de fastidio de algunos transeúntes humanos. Bellamy no estaba por ninguna parte.

Maldita sea. Lo había perdido dos veces.

Mi ira estalló, furiosa conmigo misma. Me enfurecí con el desconocido. Debería haber atado a Bellamy con una cuerda y habérmela puesto alrededor de la cintura.

Y entonces, cuando volví a ver hacia donde estaba el desconocido, porque quería unas palabras con el tipo que había espantado a mi único testigo, él también se había ido.

Bueno, maldición. Parecía que mi noche seguía mejorando.

9

Me apresuré a volver al hotel a pie. No estaba demasiado lejos, y no podía permitirme gastar más dinero en taxis ahora que me había quedado sin trabajo. Sobre todo porque este trabajo encubierto en el que estaba trabajando no pagaba. Bueno, solo me mantenía fuera de la cárcel, en cierto modo.

El ejercicio me vendría bien, sobre todo después de pasar tres días en una pequeña celda. También me daba tiempo para pensar en qué demonios acababa de pasar.

Demonios. Había vuelto a perder a Bellamy. Parecía que el científico brujo había desarrollado la habilidad del sigilo mientras huía. Intenté buscarlo durante otra media hora, volviendo sobre mis pasos, incluso de nuevo en la iglesia. Pero no estaba.

Seguía pensando en aquel desconocido y en la intensidad con la que me había mirado. Sí. Estaba *mirándome*. Cuanto más pensaba en ello y más repetía la escena en mi cabeza, más me daba cuenta de a quién había estado mirando. No a Bellamy. Claro, lo miró, pero el extraño se centró únicamente en mí. Pero, ¿por qué? ¿Quién era?

El primer pensamiento que me vino a la cabeza fue que tal vez era uno de los hombres de Darius que me seguía, asegurándose de que yo cumpliera sus instrucciones. Tendría sentido. Pero no la forma en que me miraba. Me miraba con curiosidad y algo más. Algo que no podía identificar.

Cuando llegué al Hotel Twilight, mis ojos se dirigieron al restaurante. Mi corazón daba todo tipo de saltos y giros olímpicos. Todas las luces estaban apagadas, incluso en el apartamento de arriba.

Se me oprimió el pecho al pensar en el gigante, junto con algunos sofocos de lo que podía hacer con esas manos mágicas y esa lengua mágica. Habíamos pasado una mañana increíble juntos, una que quería reproducir y pronto. Pero no se trataba solo de que el sexo hubiera sido alucinante —porque lo había sido—, sino que había sentido una conexión más profunda con Valen desde la noche en que Adele estuvo a punto de matarlo. Era como si hubiera dejado caer ese muro que había construido a mi alrededor a lo largo de los años, en gran parte gracias a Martin, que no dejaba que nadie se acercara a mi corazón.

De algún modo, Valen lo había ido astillando hasta que cayeron trozos de mi muro, y luego se derrumbó por completo.

El hombre, gigante, cumplía todos mis requisitos. Era fuerte,

independiente, seguro de sí mismo e inteligente, pero también tenía un lado sensible. Su feroz sentido de la protección me excitaba totalmente. No voy a mentir. Me di cuenta de que lo echaba de menos. Y me resultaba agradable sentir que extrañaba a alguien. Quería verlo, pero sabía que estaba ocupado con sus nuevos amigos gigantes. No quería interrumpirlo.

Saqué mi teléfono y revisé el mensaje de texto que me había enviado hacía veinte minutos.

Valen: *Te echo de menos*

Yo: *Demuéstralo*

Valen: *Solo espera. Te lo demostraré... más de una vez*

Yo: *¿Incluye azotes?*

Valen: *Azotes y besos*

Yo: *Yupi!*

Sonriendo como una idiota, volví a meterme el teléfono en el bolsillo. Exhalé, entré en el hotel y me detuve.

Cuando Julian había dicho que iba a «hacerse cargo» nunca había imaginado que sería tan pronto. Y tan desordenado.

Se oyeron gritos en cuanto entré en el vestíbulo. Al igual que durante la Semana del Casino, el vestíbulo estaba lleno de huéspedes. Aunque esta vez no sonreían felices y disfrutaban de las mesas de juego. No. Estaban furiosos.

Las manos se alzaban con gestos de rabia y las maldiciones volaban al compás de los ánimos. Estalló el caos. El vestíbulo se llenó de gritos y chillidos. Y vi por qué.

Una pareja, vampiros por lo que pude ver de su buen aspecto, aunque era difícil de decir porque estaban empapados en rojo... ¿tal vez era pintura? Difícil de saber. Esperaba que fuera pintura y no sangre. De pies a cabeza, tanto la hembra como el macho estaban empapados en líquido rojo. Y a juzgar por la distribución, recibieron todo el impacto de frente.

Otra mujer, descalza, con una bata blanca que la envolvía, estaba gritando, con la cara roja, aunque no tenía pintura encima o lo que fuera esa sustancia roja y pegajosa. No, estaba calva, completamente calva, sin cejas, por lo que pude ver. La parte superior de su cabeza calva brillaba con algo de humedad, y un débil vapor se elevaba lentamente, como si acabara de estar dentro de un jacuzzi o un caldero.

Miré a mi alrededor y vi a un joven adulto con la boca cosida. No, cosida no. No la tenía. Santo cielo. Ya no tenía boca. Estaba sin boca.

A lo largo de la pared del fondo, junto al mostrador, un grupo de huéspedes se sentó en el suelo. Polly estaba allí, ocupada enrollando gasas sobre la pierna de una mujer mayor. Los otros cuatro esperaban a Polly, con la sangre manando de sus numerosas heridas. Si no lo

supiera, parecería que algún demonio gremlin los había atacado.

A dondequiera que lanzara la mirada, los invitados estaban marcados con algo, excepto un puñado que observaba desde una distancia segura, como yo. Vi a Basil y Oric entre los invitados. La cara de Basil estaba torcida en lo que solo podía suponer que era mortificación absoluta. Oric tenía una expresión de fastidio, como si no pudiera esperar a escapar de toda aquella conmoción. Pensé que le sentaba bien.

Me escabullí alrededor de una pareja joven, me agaché detrás de un hombre muy alto con pantalones deportivos y me acerqué un poco más para tener una mejor percepción de lo que estaba sucediendo.

Jimmy estaba en las afueras, con una extraña mirada inocente. Ahora le conocía bien. Esa mirada también decía que era culpable. No es que él hubiera hecho esto, sino más bien que sabía que iba a suceder y dejó que sucediera.

El hombre más grande que nunca había visto, con una masa de pelo oscuro que le cubría casi toda la cara, estaba de pie junto a Jimmy. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y sus ojos claros miraban desde debajo de las gruesas cejas mientras rastreaban el vestíbulo: Bob, el jefe de seguridad y hombre-oso del hotel. Y al igual que Jimmy, Bob tampoco parecía sorprendido en absoluto. Sabía que Jimmy y Bob eran unidos. Parecía que Bob estaba de nuestro lado.

—¡Estoy calva! —gritó la mujer calva, señalando con un largo dedo a la cara de Basil, que parecía positivamente estupefacto y, me atrevería a decir, sin habla—. ¡Me he duchado y he salido calva! ¿Es esta la idea que tiene el hotel de una broma cruel? Tendrán noticias del tribunal de Hombres Lobo.

Oh, cielos. Eso no era lo que debían decirle al pobrecito de Basil. Entonces, ¿por qué yo estaba sonriendo?

—Lo siento mucho, Sra. Wiggins. No entiendo qué ha pasado —Basil miró a unos cuantos huéspedes y luego volvió a centrar su atención en ella—. No veo a nadie más calvo. Quizá haya sido un fallo momentáneo en el sistema de agua. Pero, por favor, no se preocupe. El hotel le devolverá el dinero.

Agitó las manos y se señaló la cabeza.

—No me importa tu estúpido reembolso. Quiero que me devuelvan el pelo —Se abrió la bata para que todos la vieran. Sí. Ella no tenía pelo alrededor de su lady V, no es que tener mucho pelo en esa zona fuera un problema, pero yo entendía que algunos de nosotros preferíamos un poco de vegetación en el sitio.

—¡Esta pintura no se quita! —siseó el vampiro que había sido empapado de rojo.

Basil lo miró y noté que se mantenía a una distancia razonable de él, como si temiera mancharse con la pintura roja.

—A usted también le devolverán el dinero. A todos les *devolverán el dinero* —añadió a los que le rodeaban.

Mis oídos silbaron cuando estallaron más gritos. Estaba claro que a los huéspedes no les importaban los reembolsos.

Me aparté de un salto cuando un hombre mayor pasó a mi lado arrastrando la maleta mientras salía a toda prisa del hotel. Detrás de él venía una hilera de huéspedes asustados que arrastraban su equipaje mientras corrían como locos hacia la salida.

Oí más gritos y capté la voz de Basil.

—¿Cómo has permitido que ocurra esto? —Basil señaló con el dedo a Oric—. ¡Has venido muy bien recomendado!

Sonreí, música para mis oídos.

Giré la cabeza antes de que Basil me descubriera sonriendo y, en consecuencia, arruinara el plan cuidadosamente pensado de Julian. Corrí hacia el mostrador.

—¿Mensajes para mí? —Me coloqué de espaldas a Basil y Oric y con mi sonrisa de cara al conserje.

Errol dejó escapar un largo suspiro.

—¿Por qué sigues aquí? ¿No te sustituyeron por ese ogro? Lárgate —Me hizo un gesto con las manos como si estuviera espantando a un perro—. ¿Por qué cuando llega el turno de noche vienes tú?

Me apoyé en el mostrador.

—¿Acabo de detectar algo de amor viniendo de ti?

—Parece que has vuelto a perder la camisa de fuerza —espetó el conserje.

—No, lo percibo. Te agrado más que Oric. Dios mío, Errol. ¿Sabes lo que eso significa?

—Si digo que sí, ¿te irás?

—En el fondo de ese corazón de lagarto, somos *mejores amigos*.

Errol abrió la boca.

—Preferiría saltar desde el tejado de este hotel y morir.

Le enseñé los dientes.

—Te contaré un secreto. A mí tampoco me agradas.

Errol soltó un aullido exasperado.

—¿Qué quieres?

—¿Mensajes? —repetí. Bellamy me había pedido protección y, tras algunos berridos, accedí. Vale, se asustó con el extraño, pero aún así sabía que yo era su apuesta más segura. Tal vez volvería a aparecer. O tal vez haría lo correcto y me enviaría un mensaje, diciéndome dónde estaba, para que yo pudiera ir a buscarlo.

—Sin mensajes —Errol se alejó antes de que pudiera preguntarle nada más.

Me di la vuelta y apoyé la espalda en el mostrador. Mis ojos se dirigieron a Basil. Tenía la cara pálida y sudaba, me recordaba a

Bellamy.

¿Y su ira? Pues iba dirigida nada menos que a mi nuevo Merlín favorito, Oric.

Me llamó la atención un movimiento y vi a Julian, Elsa, Jade y Catelyn dirigiéndose hacia la salida del hotel. Jade se detuvo y me saludó desde la entrada.

Mierda. No podía devolverles el saludo. Si Basil los veía, se daría cuenta de que fueron ellos.

Empecé a avanzar justo cuando Jimmy miraba hacia mí. Hice un gesto hacia la puerta principal del hotel. Miró hacia allí y le dijo algo a Bob.

El enorme oso se alejó de Jimmy y se colocó justo en el campo visual de Basil, ocultando a mis amigos del director del hotel con su enorme cuerpo.

Le di las gracias a Bob, que asintió con una sonrisa en los ojos.

—Leana —Basil me miraba fijamente y pude ver cómo fruncía el ceño—. ¿Por qué sonríes?

—Tengo que hacer pis —Fue lo primero que se me ocurrió. Me di la vuelta y corrí hacia los ascensores, sabiendo que Basil no me seguiría.

Maldita sea. Yo y mi estúpida cara. No tenía cara de póquer para salvar mi vida. Aun así, si esto funcionaba, y de alguna manera mis amigos conseguían que despidieran a Oric, todo merecería la pena.

Salí del ascensor al llegar al piso trece y caminé por el pasillo. Casi a medianoche, uno pensaría que la mayoría de los inquilinos estarían durmiendo. Me equivoqué.

Todas las puertas de los apartamentos estaban abiertas, los inquilinos entraban y salían de las habitaciones como si todo el piso fuera una casa gigante y cada habitación fuera una extensión de la suya propia. Era una de mis cosas favoritas del hotel. Todo el mundo trataba su espacio como si fuera de todos.

Se me revolvía el estómago ante la idea de perder mi apartamento. Los propietarios del hotel querían que el Merlín viviera con los inquilinos. Tenían todo el derecho a pedirlo. Pero yo no estaba dispuesta a entregarlo. No cuando se sentía tan bien. No cuando me sentía como en casa.

Olga me fulminó con la mirada cuando pasé por delante de su apartamento. Un cigarrillo colgaba de su labio inferior.

—Dile a Elsa que se ha quedado sin azúcar —dijo la bruja Barb al salir del apartamento de Elsa con una bolsa de azúcar en las manos.

—Lo haré —le dije y me reí. Como he dicho, una gran familia.

Al llegar a mi casa, aminoré la marcha. La puerta estaba cerrada. La única vez que había cerrado la puerta era para mantener a Bellamy a salvo dentro.

Mi pulso aumentó.
—Gracias a la diosa. Pensó en venir aquí.
Abrí de un tirón la puerta y fui en busca del científico brujo.
—¿Bellamy? Soy yo. Ya he vuelto.
Cuando llegué al salón, Bellamy no me estaba esperando.
Era el desconocido de la calle.

10

Bien, ahora, *esto* era realmente inesperado. Inesperado, sí, pero siempre fui una bruja preparada.

Con los instintos a flor de piel, tiré de mi luz estelar en un arrebato de miedo y autoconservación, reuniendo un enorme y brillante globo de mi magia. No me importaba si trabajaba para Darius. Bueno, tal vez un poco. Igual iba a hacerlo volar en pedazos si intentaba algo.

—No necesitas hacer eso. No estoy aquí para hacerte daño —La voz del desconocido era extrañamente calmada, aunque no tan profunda como imaginé que sería, y fluía de una manera como la de alguien que ha estado practicando el idioma inglés durante siglos.

—Lo dice el tipo que se coló en mi apartamento —Sí, no me creía la mierda que me estaba vendiendo—. ¿Cómo entraste? —Me sorprendió que nadie le impidiera entrar en mi casa. Por otra parte, dudaba que los inquilinos se dieran cuenta de su presencia.

Ahora que estaba lo bastante cerca, me tomé un momento para observarle. Su pelo, que supuse que había sido oscuro en algún momento, era principalmente gris y le llegaba justo por debajo de la mandíbula. Llevaba una barba corta a juego con las canas y tenía los ojos verdes bajo unas espesas cejas negras.

No pude verle ningún arma, pero llevaba una pesada capa negra. Un montón de espacio para esconder armas.

—¿Quién demonios eres? —Le miré fijamente. No tenía ninguna sensación paranormal. No era vampiro, metamorfo, hada, nada. Ni siquiera brujo.

Su cara pasó por una miríada de emociones demasiado rápido como para señalar una. Cuando volvió a mirarme, estaba cuidadosamente en blanco.

—No estoy aquí para hacerte daño, Leana. Nunca te haría daño.

No me sorprendió que supiera mi nombre. Me había estado siguiendo. Probablemente sabía mucho más de mí de lo que yo quería.

—Dime quién eres y qué quieres, y entonces tomaré esa decisión —oí un pitido de mi teléfono y supe que era Valen, bueno, muy probablemente él. Me pregunté qué le haría a este tipo si viniera y nos encontrara así. Se enfadaría muchísimo. Eso es lo que haría. Y luego podría soltar algunos puñetazos.

—Mi nombre es Matiel.

—Nunca he oído hablar de ti —Me quedé de pie con la mano extendida, esperando a que hiciera un movimiento, pero él estaba allí

de pie con las manos en los bolsillos, con aspecto indiferente, poco agresivo. Su lenguaje corporal no decía que estuviera a punto de atacarme. Más bien se alegraba de verme. Pero, ¿por qué? No me tenía miedo, lo podía notar. Incluso con mi bola brillante de luz estelar apuntándole, no se inmutó ni mostró que le molestara.

Sus ojos recorrieron mi rostro lentamente, lo que me incomodó.

—Conocí a tu madre. Conocía a Catrina.

Sentí un desliz en mi magia. No me lo esperaba. Parpadeé varias veces, concentrándome en la luz estelar.

—Buen intento —Lo fue. Se lo concedía, pero yo no era una aficionada. Tendría que hacerlo mejor.

Sus ojos se iluminaron y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Te pareces a ella. Los mismos ojos, el mismo pelo, la misma contextura. Apuesto a que también te ríes como ella. Siempre me encantó su risa.

¿Qué demonios era esto?

—Ve al grano. ¿Qué quieres y por qué estás en mi apartamento? Mi paciencia se está agotando. He tenido una mala semana. Escúpelo ya —Tres días enteros en una celda le hacen eso a una persona.

Se le escapó un suspiro.

—Hace tanto tiempo que quería conocerte. No es así como imaginé que sería nuestro primer encuentro. Aunque ahora sé que es una tontería. Siempre pensé que estarías sonriendo. Feliz de verme. Pero sé que eso nunca sucederá. Ha pasado demasiado tiempo.

Entrecerré los ojos, no me gustaba cómo se las había arreglado para convertir esto en una especie de retorcida conversación íntima. ¿Qué clase de psicópata era?

—Lástima por ti. No estoy jugando con... lo que sea que estés tratando de hacer aquí.

Su sonrisa se desvaneció.

—Puedo entender tu desconfianza. No me conoces. Y eso es culpa mía. Tienes todo el derecho a considerarme una amenaza.

El pulso me latía al compás de la luz estelar.

—Tienes razón. ¿Te envió Darius? ¿Es eso? Quieres asegurarte de que no me estoy desviando del camino. No me desvío. Así que ve y dile eso. Estoy trabajando. No hace falta que te envíe —Si me había enviado a este, estaba dispuesta a apostar que Darius tenía más de sus espías por toda la ciudad, vigilándome. Ese bastardo de cabello plateado estaba arruinando mi estilo.

El desconocido llamado Matiel negó con la cabeza.

—Nadie me ha enviado. No conozco a nadie con ese nombre. He venido por ti, Leana.

Aunque fuera uno de los matones de Darius, no esperaba que lo admitiera. Pero que viniera a mi apartamento, bueno, eso era

sobrepasar todo tipo de límites.

—Lo que tú digas. No pareces un brujo ni ningún paranormal que yo conozca. ¿Qué eres? —No sabía lo que era, lo que me ponía nerviosa porque le daba ventaja. Podía ser un brujo o un mago usando un glamour para esconderse. También podría ser uno de los experimentos de Darius, lo que explicaría las energías no paranormales.

Matiel sacó las manos de los bolsillos.

—Cuidado —Amenacé, con mi luz estelar planeando sobre la palma de la mano, lista para lanzarla contra el tipo—. Un solo movimiento en falso…

—Solo quiero sacar las manos de los bolsillos —Matiel esperó—. ¿Puedo sacarlas?

Asentí, así que levantó lentamente las manos y las giró para mostrarme que no llevaba nada en ellas.

—No estoy aquí para hacerte daño. Tienes que creerme.

—No te creo. Eres un desconocido que lleva siguiéndome Dios sabe cuánto tiempo, ¿y apareces en mi apartamento y quieres que confíe en ti? No lo creo —cambié mi posición y ajusté mi postura—. Dime quién eres y qué quieres, o lárgate de mi apartamento. No volveré a preguntar.

El desconocido me observó, su expresión ligeramente preocupada mientras mis ojos se entrecerraban. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No soy nada de lo que tú llamas paranormal. Bueno, no en el sentido que tú crees. Puedes guardar tu luz estelar. No tiene ningún efecto sobre mí.

—Buena esa—Para demostrar mi punto de vista, tiré de mi luz estelar y una segunda esfera blanca y deslumbrante apareció en mi otra mano. No estaba bromeando. Si sabía quién era yo, y estaba segura de que lo sabía, también sabía que me tomaba las amenazas muy en serio. Que estuviera en mi apartamento sin invitación era una amenaza grave.

El desconocido enarcó una ceja al ver mis manos brillar con la magia estelar.

—No estoy aquí para hacerte daño.

—Ya lo has dicho. Y, de algún modo, no te creo.

El desconocido miró al suelo, aparentemente pensando en la mejor mentira o forma de responder a mi pregunta.

—No soy de este mundo.

Me puse rígida. Oh, mierda. Es un demonio.

—Eres un demonio —Tiré con fuerza de mi luz estelar, manteniéndola muy cerca—. ¿Cómo demonios has pasado las barreras? ¿Alguien te convocó aquí? —Esperaba que este no fuera uno de los planes de Julian que salieron terriblemente mal. Aun asi, no se

parecia a ningun demonio al que me hubiera enfrentado. Tampoco olía ni se sentía como un demonio. Eso me preocupaba. Quizá no tenía lo que hacía falta para derrotarlo, por eso estaba tan tranquilo. Sabía que no podía vencerlo.

Ok, tengo un poco de pánico.

Y entonces me di cuenta. Darius era un Brujo Oscuro. ¿Y qué tienen los Brujos Oscuros que no tengan otros brujos? La habilidad de tomar prestada la magia de los demonios, así como el conocimiento y la pericia para invocar demonios y controlarlos. Si era un demonio, estaba bastante segura de que Darius lo había enviado.

Los ojos de Matiel se abrieron de repente, y luego su expresión se volvió dura, oscura.

—No soy un demonio.

—¿Estás seguro de eso?

El rostro de Matiel cambió con irritación.

—Los demonios son notoriamente egocéntricos. Sus egos gigantescos fueron una de las razones por las que cayeron del Horizonte. Los demonios son malos por definición.

Me encogí de hombros.

—Esa descripción coincide con la de mucha gente que conozco —Y de sobra.

Una luz brilló en los ojos del desconocido. Guardó silencio un momento.

—No soy un demonio, Leana. Te lo juro.

—¿Entonces *qué* eres? —No es que le creyera. La luz estelar hormigueaba por mi cuerpo, sintiendo mi desconfianza hacia este extraño. Las dos estábamos cansadas de esto y queríamos que se fuera o le freiría el culo. Lo que yo quería era un rato sexy con mi gigante. Eso era lo que yo quería.

—Será más fácil si te lo enseño —Me miró y, de repente, sus ojos brillaron con una luz blanca interior. Se levantó un viento en el apartamento, que me levantó el pelo y la ropa, al tiempo que el aire zumbaba con una energía que me resultaba extrañamente familiar, casi como mi luz estelar o parecido. Y entonces su piel empezó a brillar, como si tuviera millones de pequeñas luces dentro de su cuerpo. Todo su cuerpo empezó a brillar con una luz interna y se expandió hasta deshilacharse por los bordes. Aun así, la luz crecía y crecía. Aparté los ojos ante la repentina mancha brillante que resultaba demasiado intensa para mirarla.

La energía palpitaba en la habitación, por encima de las paredes y en el aire, y me rozaba. La energía me resultaba desconocida y familiar al mismo tiempo. Era realmente confuso, pero sabía que no me resultaba amenazador.

Era como si estuviera viendo a Gandalf el Gris convertirse en

Gandalf el Blanco. No sabía cómo explicarlo. Era a la vez aterrador y extrañamente interesante. Creo que me oriné un poco.

Cuando la luz disminuyó, el cuerpo de Matiel parpadeó y luego su luz interior se desvaneció hasta que quedó igual que hace un momento, normal y sin iluminación.

—Soy un ángel.

—No me digas —Podía estar mintiendo, pero de algún modo, sabía que decía la verdad. Nunca había visto o conocido a un ángel, así que no sabía qué esperar. Pero había oído los rumores de su luz interior. También sabía que no todos los ángeles *eran* ángeles en el sentido de su moral, y que podían matarte con la misma facilidad que un demonio.

—Vale, Matiel, el ángel —dije, todavía aferrada a mi luz estelar. Seguía sin fiarme de él—. ¿Qué demonios quieres de mí?

Matiel parecía dolido y, por primera vez desde su llegada, cansado. ¿Los ángeles pueden estar cansados?

—Sé que probablemente esto no es lo que quieres oír. Y entenderé que estés enfadada. Pero necesitas saber. Saber quién eres y de dónde viene tu magia.

Resoplé.

—Viene de mi madre. Era bruja. Una Bruja Blanca, no una Bruja de Luz Estelar. Si es eso a lo que quieres llegar —¿A dónde diablos quería llegar?

Los ojos de Matiel se clavaron en los míos, y entonces dijo:

—Pero tu magia también viene de tu padre.

Oh, por supuesto que no.

—¿Qué estás insinuando? —Sabía lo que estaba insinuando. Si iba a decir esas palabras, quizá tuviera que dispararle mi luz estelar. ¿Le haría daño a un ángel? Difícil saberlo. Dijo que mi magia no le afectaría. Pero iba a intentarlo.

Matiel me miró fijamente.

—Yo soy tu padre.

Negué con la cabeza.

—Oh, no lo eres. Lárgate. Lárgate de una puta vez —Un extraño miedo empezó a subir por mi espalda ante sus palabras porque una parte de mí sabía que era verdad. Lo sentía. No podía explicarlo. Solo sentía la familiaridad que solo se siente cerca de la familia. ¿Pero cómo podía ser? Nunca lo había visto. Nunca había visto una foto. No sabía nada de él.

Sin embargo... se sentía como de la familia.

¿Y si *era* mi padre? Mi madre nunca habló de él. Siempre pensé que solo era un padre vago. Había pensado en quién era mi padre biológico, a lo largo de los años, más cuando era más joven. Ahora casi nunca. Podría ser él. Y también podría estar mintiendo.

—Soy tu padre, Leana. Es la verdad. En el fondo, sabes que es verdad. Puedo sentirlo en ti. Sabes que digo la verdad.

Negué con la cabeza, sin saber si los ángeles podían leer la mente.

—No sé. —Pero como que sí.

—¿Te has preguntado alguna vez de dónde has sacado tu magia estelar? Es magia celestial, energía cósmica. Magia estelar, dada por los ángeles. Esa es... tu luz de las estrellas.

¿Lo era? ¿De verdad? ¿Era la luz de las estrellas, en cierto modo, una magia de los ángeles?

Esto no podía estar pasando. Estaba sufriendo una crisis de los cuarenta. Pero lo que decía tenía sentido. Las estrellas. Mi luz estelar. Siempre me sentí cósmica. La energía a la que recurría nunca era de este planeta, sino de las estrellas. Sentí una conexión con él. ¿Era parte de mi conexión con la luz de las estrellas?

El corazón me latía con fuerza en el pecho y sentía que me subía la tensión.

—Si eso es cierto, ¿dónde has estado los últimos cuarenta y un años? A mi madre le habría venido bien un poco de ayuda.

—Respetando los deseos de tu madre —respondió y se enderezó—. Fuimos muy felices en una época, pero luego nos distanciamos. No fue culpa de nadie. Simplemente ocurrió. Cuando tu madre se quedó embarazada de ti, me lo dijo y me pidió que me mantuviera alejado. Sabía que serías diferente. Quería darte una vida normal. Quería criarte con su madre y alejarte de mi lado de la familia, por decirlo de alguna manera.

—¿En serio? ¿Por qué? —No podía creer que me estuviera creyendo todo esto.

Matiel exhaló.

—Para protegerte. Siempre fue para protegerte. Mantenerte a salvo. Si la legión de ángeles supiera que tengo descendencia, te perseguirían y te matarían.

Alcé las cejas.

—Si eso es cierto, ¿por qué decírmelo ahora? ¿La legión no intentará matarme ahora? —Genial. Ya tenía suficientes problemas en mi vida con el asunto de Darius. Lo último que necesitaba era a la legión de ángeles sobre mi trasero.

—No. Has demostrado que te guía la luz y no la oscuridad. Y no eres tan poderosa como para llamar su atención.

—Caray, gracias, *papá* —dije, pero el ángel sonrió. Maldita sea—. Vale, así que dices que eres mi padre. Tal vez te crea... tal vez no —solté mi luz estelar—. Dices que respetabas los deseos de mi madre de mantenerte alejado. Eso es honorable. Y si es verdad, gracias. Pero tengo que preguntar. ¿Por qué ahora? ¿Por qué apareciste aquí? Sabes que murió hace más de quince años.

La tristeza se reflejó en su rostro.

—Lo sé. Sé lo de su cáncer. Y antes de que preguntes... no, no podría haber hecho nada para salvarla. Estuve allí en sus últimos momentos, aunque no pudiste verme. Estuve en el funeral.

Me froté los ojos.

—Voy a necesitar un trago después de esto. Esto es... esto es mucho que asimilar. Sobre todo a estas horas de la noche —Imaginé las caras de mis amigos cuando les diera la noticia. Necesitaría sentarme después de eso.

Yo era parte bruja y parte ángel. Necesitaría dos botellas de vino. Una para cada parte.

—Lo entiendo —dijo Matiel, con una voz llena de compasión, y casi empecé a sentirme cómoda a su lado. Casi—. No puedo imaginar lo que debe ser para ti. Encontrarme así. Sin invitación, en mitad de la noche. Y siento haberte soltado todo esto en tan poco tiempo.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Ocurre algo? —Lo observé un momento, tratando de ver algún parecido familiar, pero no lo vi. Pero lo sentí. Imaginé que había tomado el aspecto de mi madre y el poder de mi padre. *El poder de mi padre*. Eso sonaba tan extraño para mí. Podía ser mi padre, pero seguía siendo un extraño.

Matiel miró detrás de mí.

—Ya puedes salir —dijo de repente.

—¿Con quién hablas? —Me giré al oír unos pasos.

Una niña de unos diez u once años salió de mi habitación. Llevaba el pelo castaño claro recogido en una coleta, una mochila sobre una cazadora de jean, unos jeans y unas zapatillas deportivas. Mantenía la cabeza gacha y movía los dedos sobre la pantalla de su tableta mientras pasaba junto a mí y se dirigía al salón, donde estaba Matiel. Se reunió con él, se giró hacia mí, me miró a los ojos y rápidamente volvió a mirar su tableta, continuando con el juego al que estuviera jugando. No parecía que quisiera estar aquí. No la culpaba.

—Bueno, ¿por qué tienes una niña contigo? ¿Y por qué la escondías en mi habitación? ¿Y por qué la trajiste aquí?

Matiel la cogió por los hombros y le dijo:

—Esta es Shay. Es tu hermana. Y necesita tu ayuda.

Bueno, mierda.

11

Mi piso se tambaleó en ese momento.

Sacudí la cabeza, esperando que eso me aclarara el oído porque esas palabras que salían volando de la boca de ese ángel no podían ser ciertas.

—Lo siento. ¿Mi qué?

—Tu hermana —repitió mi supuesto padre ángel—. De una madre diferente, por supuesto.

—Por supuesto —¿Hablaba en serio? Miré fijamente a la niña, pero no me miró a los ojos. Lo más probable era que estuviera aterrorizada o que solo quisiera largarse de aquí.

Matiel agachó la cabeza.

—Shay. Saluda a tu hermana.

La chica siguió tecleando en su tableta, pero emitió algún tipo de gruñido.

El ángel me miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Niños.

Me sentí como si acabara de chocar contra un muro a ochenta kilómetros por hora.

—Esto es una locura. Tú estás loco —No podía tener una hermana. Una hermana niña. Este ángel dijo que es mi padre, y ahora mismo me estaba inclinando hacia un gran sí. Realmente podía sentirlo ahora, la conexión de sangre o como quisieras llamarlo. Si era su hija, supuse que era mi hermana o hermanastra—. ¿Tienes por costumbre dejar embarazadas a mujeres mortales?

Los ojos de Matiel se entrecerraron.

—Hasta los ángeles se sienten solos.

—Me doy cuenta. No pudiste dejarlo metido en tus pantalones —Sí, eso fue un poco grosero, pero yo estaba enfadada. Enfadada porque ese ángel fuera mi padre y decidiera aparecer después de cuarenta y un años solo para decirme que tenía una hermana. Observé su reacción, esperando que se pusiera furioso, pero solo parecía triste y tal vez un poco derrotado. ¿A qué venía eso?

Intenté verle mejor la cara, pero no levantó la vista.

—¿Es una Bruja de luz estelar como yo? —En ese momento, la niña dejó de mover los dedos sobre su tableta, y me di cuenta de que estaba esperando la respuesta de nuestro padre ángel.

Matiel no respondió de inmediato, como si estuviera formulando lo que iba a decirme, siendo muy cauteloso y eligiendo sus palabras con

cuidado. Pero luego dijo:

—Sí, es una Bruja de Luz Estelar. Pero sus poderes son algo... *diferentes* a los tuyos. Iguales pero diferentes.

—Nada complicado —Al oír eso, la chica levantó la vista y se me cortó la respiración. Sus ojos, que eran verdes, estaban rojos e hinchados como si hubiera estado llorando... mucho. No sé lo que vio en mi cara, pero rápidamente apartó la mirada y volvió a ocuparse de su tableta.

—Necesito sentarme —Me impresionó no haberme caído todavía. Me dirigí al salón y me dejé caer en uno de los sillones. Siguiendo mi ejemplo, Matiel se sentó en el sofá, jalando a su hija con él.

Era difícil no quedarse mirando a la niña. Nunca había tenido hermanos, ni primos, ni nada parecido. Siempre habíamos sido mi madre, mi abuela y yo. Esa había sido mi familia. Y ahora tenía a la pandilla del piso trece como familia adoptiva.

Aparté la mirada de la niña y miré fijamente a Matiel. El ángel parecía más nervioso que nunca.

—¿Por qué has venido aquí realmente? Dijiste algo de que ella necesitaba mi ayuda. ¿Ayuda con qué?

Shay me dedicó una mirada antes de volver a su tableta.

Matiel asintió y se pasó las manos por los muslos, como si intentara liberar parte de su tensión.

—Te dije que está prohibido que los ángeles tengan relaciones con brujas o cualquier otro mortal.

—Sin embargo, sigues haciéndolo.

El ángel apretó los labios en una línea apretada, poco impresionado conmigo. Lástima. A mí tampoco me impresionaba.

—Y te hablé de los deseos de tu madre de mantenerse alejada porque sabía que más contacto conmigo sería sospechoso dentro de la legión de ángeles. Al igual que tú, si supieran de su existencia, la cazarían por lo que es. Hay quienes quieren hacerle daño a Shay.

Ahora sí estábamos llegando a algo. Hablé con Matiel, pero mis ojos estaban puestos en la chica.

—¿Quiénes? ¿La legión de ángeles? —Nunca me había imaginado a un grupo de ángeles cazando a una niña. Pero, de nuevo, no sabía cómo operaban los ángeles. La política celestial no era lo mío. Ni siquiera la política humana. La política paranormal era suficiente. Muchas gracias.

—Entre otros —Matiel me miró a los ojos y vi una especie de súplica en ellos—. Ella necesita tu protección.

—¿De la legión de ángeles?

—Por eso necesita quedarse contigo.

—¿Cómo dices? —Me sentí como si me hubieran dado una patada en el estómago—. ¿Quedarse conmigo? ¿Por cuánto tiempo? —Bueno,

esto no era lo ideal. Podía quedarse unos días, pero eso era todo. Si pensaba que yo sería su nueva niñera, tenía otra idea.

Matiel se había quedado tieso.

—Hasta que cumpla los dieciocho.

A la mierda.

—No puedes estar hablando en serio —Esto tenía que ser una broma—. No sé nada de niños.

—No soy una niña —espetó la chica. Me miró fijamente con veneno en los ojos.

Ah, diablos. Ya me gané la lotería.

—Ves, no soy buena con las *jovencitas* de su edad. Ya me odia —Eso explicaba por qué llevaba una mochila con ella. Planeaba dejarla aquí conmigo—. Me parece que estás tratando de escabullirte de tus responsabilidades. Eso es lo que parece —Conmigo, y ahora con ella.

—Leana, escúchame —dijo Matiel—. Eres su tutora. Eres su única familia viva.

—¿Y su madre? —A juzgar por sus ojos rojos, tenía la sensación de que ya sabía la respuesta.

Matiel miró al suelo.

—Ya no está con nosotros.

Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea.

—¿Y tú? Tú eres su padre. Ella debería estar con su padre. No con una hermana que nunca supo que existía. Soy una extraña para ella —Y ella para mí. Dios, esto era horrible. Lo sentía por ella. Cada vez que mis ojos se posaban en la niña, mi corazón se apretaba como si un puño lo estuviera aplastando. Sabía muy bien lo que era perder a una madre. Pero yo era adulta cuando ella murió. Shay es solo una niña. Una niña que acababa de perder a su madre, y su padre ahora estaba tratando de empeñarla con una extraña. Maldita sea. Ahora sí estaba enojada.

—Lo haría si pudiera —dijo Matiel—. Soy un ángel, Leana. No puedo quedarme mucho tiempo en este reino. Solo me quedan unas horas antes de regresar a Horizonte. Así que ya ves, no hay forma de que pueda cuidar de ella. Necesito tu ayuda. Ella necesita tu ayuda.

Miré fijamente a Shay, y la vi parpadear rápidamente. Maldita sea.

—Eres la única persona en este mundo que puede mantenerla a salvo —decía Matiel—. La única persona en la que confío.

Le miré.

—Ni siquiera me conoces.

—Eres mi hija. Y conocí a tu madre muy bien. Y eres igual que ella. Leal. Buena. Desinteresada y valiente.

Se me hizo un nudo en la garganta y me tocó parpadear rápidamente.

—No tiene a nadie más —dijo Matiel—. Eres la única persona que

tiene. ¿Nos ayudarás?

La culpa me golpeó. Obviamente, si conocía a mi madre tan bien como decía, y si de verdad era igual que ella, sabía lo que iba a decir en cuanto apareciera en mi apartamento con Shay.

—Sí —La palabra salió de mi boca antes incluso de que la hubiera formulado en mi cabeza—. Claro —Santo cielo.

Matiel soltó una larga exhalación y se puso en pie.

—Gracias, Leana. Volveré en cuanto pueda.

Shay se puso en pie de un salto.

—No te vayas. No me dejes.

Matiel agarró la cara de su hija y le besó la parte superior de la cabeza.

—Sabes que no puedo quedarme. Te prometo que volveré pronto.

—No —Shay le golpeó el pecho con el puño—. No puedes dejarme aquí. Llévame contigo.

Los ojos de Matiel se llenaron de lágrimas.

—Sabes que eso no es posible.

—¡No me dejes! No quiero estar aquí —Shay volvió a golpear a su padre. Y otra vez, hasta que sus puños se mezclaron con los sollozos.

Me ardían los ojos, y aparté la cabeza de ellos por un momento, queriendo darles algo de intimidad. La niña me daba pena.

—Aquí estarás a salvo. Te lo prometo. Tu hermana cuidará de ti. Volveré en cuanto pueda. Entonces podrás contármelo todo.

—¡Odio estar aquí! —se lamentó.

—Te quiero.

Con un repentino olor a cítricos, mi apartamento estalló de luz, igual que cuando Matiel me había revelado su forma de ángel. Parpadeé y me quedé mirando la luz brillante. Y entonces la luz desapareció.

Matiel también.

Solo quedábamos Shay y yo.

Maldición. ¿Qué demonios se suponía que tenía que hacer ahora?

Se me aceleró el pulso. Estaba nerviosa, pero eso no era nada comparado con lo que esta niña debía estar sintiendo ahora mismo.

Me aclaré la garganta.

—¿Tienes hambre? No soy una gran cocinera, pero puedo encontrar algo para que comas.

Shay se secó los ojos y volvió a sentarse en el sofá, con la tableta en la mano. No me miró.

—No tienes hambre. No pasa nada. Deja que te traiga un vaso de agua —Me levanté, mejor para mí. Tenía que hacer algo para eliminar esta incomodidad. Me dirigí a la cocina, llené un vaso de agua y volví al salón.

Puse el vaso sobre la mesita.

—Toma un poco de agua. Parece que te vendría bien —La pobre chica parecía deshidratada.

—Bueno —empecé y me senté a su lado en el sofá—. ¿Cuántos años tienes?

—Once y medio —respondió ella, sorprendiéndome. Vi un parecido con Matiel en sus ojos. Y tenía las mismas piernas largas y tontas que yo tenía a su edad.

—¿Vas a la escuela aquí en Nueva York? —Había varias escuelas paranormales por todo el país, aunque yo nunca había asistido a ninguna. Mi madre y mi abuela me habían educado en casa en todo lo relacionado con la magia y lo sobrenatural. Aunque siempre había sentido que me hubiera gustado participar en las escuelas paranormales para ver cómo era.

—Me educaban en casa —Se le cayó una lágrima enorme por la mejilla y se la secó rápidamente con la mano.

—¿Tu madre?

Shay asintió pero guardó silencio, moviendo los dedos por la pantalla. Los pitidos de su juego parecían fuertes en el silencio, ahora que estábamos las dos solas.

Era evidente que ella y su madre estaban muy unidas. Su madre también era su profesora, lo que significaba que Shay estaba acostumbrada a un horario y a una vida normal, y ahora le habían quitado todo lo que conocía y amaba. Y la habían dejado en mi puerta, por así decirlo.

—¿Estás cansada?

Shay asintió y otra gran lágrima rodó por su mejilla.

—Está bien. Te prepararé el sofá. No tengo otra cama. Uso el dormitorio de visitantes como despacho. Mañana buscaré una cama para ti y la instalaremos en la habitación de invitados. Esa será tu habitación.

Me levanté y fui en busca de mantas y almohadas. No tenía mucho, pero gracias a Dios, tenía algunas sábanas limpias de repuesto.

Volví al salón y Shay se levantó del sofá y se colocó junto al sillón.

—El baño está al final del pasillo —le dije mientras ponía una sábana sobre el sofá, intentando establecer contacto visual, pero ella no me miraba. Hacía solo unos minutos que la conocía y la chica me odiaba a muerte.

Puede que al principio fuera un poco insensible. Me sorprendió todo aquello. Los niños no olvidaban ni perdonaban fácilmente. No sabía cómo iba a funcionar esto ni cómo Matiel pensaba que dejarla conmigo era una buena idea.

Shay cogió su mochila, desapareció en el baño y cerró la puerta de un portazo.

—Bueno, al menos sus acciones hablan más que sus palabras.

Me temblaban los dedos mientras ponía un edredón sobre la cama improvisada. No me había dado cuenta de lo estresada y conmocionada que estaba yo también. Y sentía que se acercaba una migraña.

Volví a la cocina, cogí una caja de galletas de chocolate y coloqué una fila entera en un plato. Me llevé el plato, cogí una para mí y la puse junto al vaso de agua. Terminé mi galleta, esperando a que Shay saliera.

Cuando por fin lo hizo, me levanté y me acerqué a la pared.

—Bueno. Supongo que ya está. Yo también me voy a la cama. Hablaremos más por la mañana —Vi cómo Shay dejaba caer su bolso y se quitaba la chaqueta—. Buenas noches.

Esperé a ver si contestaba. No contestó.

Apagué las luces del salón, me acerqué a la puerta del apartamento, me aseguré de que estaba cerrada y luego fui a mi habitación y cerré la puerta.

Me senté en la cama y cogí rápidamente el teléfono. Las voces viajaban en este lugar, y lo último que quería era incomodar a Shay más de lo que ya estaba, así que en lugar de telefonear a Valen, decidí enviarle un mensaje de texto. No podía escribirlo todo. Sería demasiado largo. Así que le di la versión corta.

Yo: *Adivina qué. Ha aparecido mi padre. Es un ángel. También tengo una hermanastra. No puede cuidar de ella, así que me la dejó a mí. Tiene once años. Y me odia a muerte.*

Esperé con el corazón latiéndome fuerte en los oídos. Sabía que lo que acababa de escribir cambiaría radicalmente nuestra relación. Cuando nos conocimos, yo no tenía ningún pupilo. No era la tutora de nadie. Y ciertamente no tenía una hermana de once años. Era solo yo. Yo y mi equipaje, pero yo sola, no obstante. Ahora era responsable de una persona, una personita que lo había perdido todo. Era mucho para asimilar. Valen y yo estábamos empezando nuestra relación. Ni siquiera habíamos hablado de niños. Yo no podía tenerlos. Y cuando me di cuenta de que no podía, dejé de pensar en una vida con niños. No sabía cuál era su posición al respecto. Los dos teníamos cuarenta años. Era mucho en lo que pensar.

Si ya no quería estar conmigo, tendría que respetarlo. No lo forzaría. No le haría lo que mi padre ángel nos hizo a Shay y a mí. Pero realmente esperaba que se quedara. Dios, esperaba que se quedara.

Cuando vi los tres puntos en la pantalla, el corazón me dio un vuelco. Me quedé mirando los tres puntos durante lo que me parecieron horas. ¿Qué estaba escribiendo? ¿Por qué tardaba tanto?

Valen: *Guao. ¿Una hermana? Creo que te vendrá bien.*

Fruncí el ceño mirando la pantalla. ¿Qué demonios quería decir

eso?

Yo: *¿Tú crees?*

Valen: *Sí. Estoy deseando conocerla.*

Yo: *Esto es una locura.*

Valen: *Tráela al restaurante contigo mañana para almorzar. A la una. Quiero que conozcas a Hanna y Frederick antes de que se vayan mañana por la noche.*

Ah, cierto. Me había olvidado de los gigantes. Ese era un almuerzo que esperaba con ansias. Quería ver si eran como Valen o completamente diferentes.

Yo: *Está bien. Hasta mañana.*

Coloqué el teléfono en la mesilla de noche, enchufé el cable de carga, me desnudé y me metí en la cama.

Me quedé tumbada en la cama durante horas, pensando. ¿Cómo podían las cosas tener el descaro de parecer tan normales cuando toda mi vida acababa de implosionar? Entonces me di cuenta de que mi vida nunca volvería a ser la misma. Jamás.

Y no sabía cómo tomármelo.

12

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Apenas había dormido y seguía despertándome con el corazón intentando atravesarme las costillas porque una niña de once años estaba durmiendo en mi sofá y yo debía cuidar de ella.

Pero anoche había olvidado mencionarle algo vital a Matiel.

Darius.

Darius podía chasquear los dedos y llevarme a prisión. Podría encerrarme para siempre si quisiera. ¿Y entonces qué sería de Shay? ¿Ves? No estaba en condiciones de cuidar a nadie. Apenas podía controlar mi propia vida. ¿Cómo podría cuidar de ella?

Matiel dijo que volvería. Tendría que decírselo entonces. Él tenía que saber si yo desaparecía de repente. Entonces tendría que buscar a alguien más para cuidar de Shay.

Maldita sea. ¿Cuándo se había complicado tanto mi vida?

Me quité las sábanas de encima y me levanté de la cama. Mi teléfono marcaba las ocho de la mañana. No muy tarde, pero tampoco tan temprano. No conocía el horario de Shay. Otra cosa que añadir a mi lista de cosas que hacer. Tenía que saber qué hacía cada día e intentar cumplirlo. Podría hacerla sentir mejor si tuviera algo de normalidad en su vida. Lo dudaba.

Me apresuré a ir al baño. Después de hacer mis necesidades, me lavé los dientes y entré en el salón.

Shay estaba sentada en el sofá, jugando con su tableta. Las sábanas estaban bien dobladas y amontonadas en el sofá junto a las almohadas. Llevaba puesta la chaqueta de jean y la mochila, como si estuviera lista para marcharse o para que la dejaran en la puerta siguiente.

Lo que vi me destrozó el corazón. Me enfadé conmigo misma por ser egoísta cuando esta niña estaba pasando por algo mucho peor que yo. Era mi *hermana*. Mi única familia también. Me ardían los ojos y corrí a la cocina, sin fiarme de mi voz en ese momento.

Encendí la cafetera, tragué saliva y me aparté de la encimera.

—¿Te gustan los huevos? No se me da muy bien cocinar. También tengo cereales.

Shay se limitó a encogerse de hombros.

Suspiré. Esto iba a ser más complicado de lo que pensaba. Sin saber qué más hacer, decidí hacer huevos y prepararle también un tazón de cereales.

Busqué en el armario y cogí un bol, la caja de cereales que había comprado de rebaja y leche, antes de dejarlo todo sobre la mesa del comedor. Luego encendí el fuego, esperé un minuto más o menos, casqué dos huevos y los eché en una sartén.

Abrí la nevera y agradecí en silencio que mis amigos me hubieran comprado jugo de naranja y frutas. Cogí unas uvas y el jugo de naranja y los puse sobre la mesa de la cocina.

—Ven a comer —le dije a Shay. Esperaba que se pusiera malcriada, pero se levantó, sacó una silla y se sentó. Luego cogió la caja de cereales y empezó a llenarse el cuenco.

Bueno. No estaba tan mal. Puse un vaso limpio a su lado y lo llené de jugo de naranja.

—No sé si te gusta el jugo de naranja.

Shay asintió mientras se metía una cucharada de cereales en la boca. Tenía ojeras debajo de los ojos rojos e hinchados. El pelo se le salía de la coleta. Necesitaba un buen cepillado.

—Hola.

Elsa entró en el apartamento con una falda de jean larga y una sonrisa.

Ni siquiera había oído abrirse la puerta.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó la bruja mayor. Su cadera chocó contra la mía cuando se unió a mí junto a la mesa del comedor, con su rizado pelo rojo rebotándole sobre los hombros.

Shay dejó de comer. Sus ojos verdes se abrieron de par en par al mirar a Elsa. Parecía que estaba a punto de salir corriendo.

—Eh... —bueno, más vale decirlo sin rodeos—. Ella es Shay. Es mi hermana.

Elsa parpadeó. Creo que nunca la había visto quedarse muda.

—Shay, esta es mi amiga Elsa. Puedes confiar en ella —dije, sintiendo la tensión que se apoderaba de la joven. Parecía aterrorizada.

Elsa también pareció darse cuenta.

—Claro que puedes confiar en mí, cariño —dijo con voz suave y maternal. Maldita sea, ojalá yo pudiera hacer eso—. Soy una bruja de confianza. La bruja más fiable de la decimotercera planta —añadió con una sonrisa y se dio un golpecito en un lado de la nariz con el dedo. Nos miró a las dos—. Hermanas, ¿eh? No tienen los mismos ojos, pero sí la misma nariz y la misma mandíbula.

Shay y yo nos miramos.

—Ella también es bruja. Se nota —continuó Elsa—. Estoy recibiendo fuertes lecturas de ella. Bueno, ¿qué te parece? —Elsa dio una palmada—. Me parece fantástico. Maravilloso.

—¿Qué es maravilloso? —Jade entró paseando en el apartamento. Llevaba el pelo rubio recogido en coletas. Llevaba unos jeans de

cintura alta, lavados al ácido, y una blusa rosa holgada y sobredimensionada con hombreras que le hacían parecer que podría jugar de defensa en el fútbol americano, todo sujeto con un cinturón blanco ancho.

—Ella es Jade, mi otra amiga de confianza —le dije rápidamente a Shay, cuyos ojos se habían dilatado un poco al ver a Jade.

Jade sonrió y puso las manos en las caderas.

—Totalmente.

—Ella es Shay —dijo Elsa, radiante—. La hermana de Leana.

Jade se quedó boquiabierta.

—No puede ser. ¿Por qué no nos dijiste que tenías una hermana? Me *encantan* las hermanas —Jade sacó una silla y se sentó. Cogió el cuenco que le había dejado y empezó a echar cereales en él.

Me encogí de hombros.

—No lo sabía.

Jade y Elsa se me quedaron mirando.

—Una larga historia —dije al ver que Shay miraba fijamente su tazón. Sus mejillas se colorearon.

—¿Qué es eso, en nombre de la diosa? —Elsa corrió hacia la cocina y cogió la sartén.

Maldita sea. Me había olvidado de los huevos.

—¿Huevos?

Elsa me miró por encima del hombro.

—¿Quién quema huevos?

Me encogí de hombros.

—Pues yo —miré a Shay, que tenía una sonrisa de oreja a oreja. Pero luego parpadeé y desapareció.

Elsa murmuró algo en voz baja, tiró mis huevos quemados y volvió a poner la sartén en el fuego.

—Creo que vamos a hacer panqueques —miró a Shay—. ¿Te gustan los panqueques, cariño?

Shay levantó la vista y asintió. Noté que Jade la miraba con el ceño ligeramente fruncido, y luego sus ojos se volvieron tristes. No era difícil ver que la niña estaba sufriendo.

Maldita sea. Ojalá se me dieran mejor estas cosas, pero di gracias a la diosa por Elsa y Jade.

Pronto la cocina olía a una deliciosa y dulce mezcla para panqueques y mantequilla. Los panqueques sonaban divinos. Estaba hambrienta.

—Adivina con quién me acosté anoche —Julian entró en el apartamento como si fuera el regalo de la diosa a todas las mujeres.

—*Julian* —Lo fulminé con la mirada, con los ojos muy abiertos, señalando con un movimiento de la cabeza a la chica sentada a la mesa.

—Mierda. Hay una niña aquí —dijo—. Lo siento.

—Se llama Shay —dijo Jade—. Es la hermana de Leana.

—¿Hermana? —Julian miró a Shay, que se había puesto de un tono más oscuro de rojo, con la cabeza prácticamente metida en su tazón de cereales.

—Ella no sabía que tenía una hermana —le dijo Jade.

—¿Qué? —Julian se volvió para mirarme.

—Luego te cuento —dije rápidamente—. ¿Qué tal si te guardas esa charla sobre sexo por un tiempo?

Julian hizo un movimiento de atarse la boca con los dedos.

—Hecho.

Jade se inclinó hacia delante y le dijo a Shay:

—Puedes confiar en él también. Y está Jimmy, mi amigo. Puedes confiar en Jimmy. Es el mejor.

Sonreí por la forma en que lo dijo, toda cariñosa y ñoña. Me alegraba de verdad que las cosas fueran tan bien entre ellos.

—Muévete —ordenó Elsa mientras colocaba sobre la mesa un plato de panqueques calientes, chorreantes de auténtico sirope de arce, para Shay—. Aquí tienes, cariño —dijo, echándose hacia atrás—. Y hay muchos más.

—Bien. Porque me muero de hambre —Julian se sentó frente a Shay—. Hice bastante ejercicio anoche, si sabes a lo que me refiero.

Jade golpeó a Julian con su cuchara.

—Shhh.

—Ay —se rio—. Bueno, lo siento.

Pero a Shay le reapareció esa sonrisita, y estaba mucho menos colorada. Vi cómo apartaba su tazón de cereales y optaba por los panqueques dorados. Buena elección.

Cogí la silla vacía junto a Shay y me senté justo cuando Elsa reapareció con un plato y panqueques para mí.

—Gracias.

—De nada —Elsa sonrió, parecía contenta de estar haciendo algo en la cocina. Le gustaba alimentar a la gente y cuidar de ellos, al igual que Valen.

—¿Dónde está Catelyn? —Corté un trozo de panqueque con el tenedor y me lo metí en la boca.

—Sigue durmiendo —La bruja mayor hizo un gesto con la espátula —. Anoche tuvo una noche dura. Pobrecita. Era el cumpleaños de su sobrina.

—Cierto —Catelyn tenía que controlar sus nuevas habilidades de gigante. Tenía que ser capaz de controlarlas a su antojo antes de poder volver a ver a su familia. Estaba practicando a diario, y sabía que Valen la estaba ayudando. Pero llevaría tiempo.

—Se pondrá bien —Elsa volvió a los fogones y empezó a batir más

mezcla para panqueques en un cuenco de cerámica que yo no había visto nunca. Juraría que había traído su propia vajilla.

Nos quedamos en silencio, solo roto por el ruido de la cafetera y el de Elsa batiendo la mezcla para panqueques. Todos estábamos sumidos en nuestros pensamientos, pero sobre todo sabía que mis amigos querían hacerle preguntas a Shay. Pero sabían que debían darle un respiro.

—Así que —dije, rompiendo el silencio—, tu plan maestro para deshacerte de Oric parece haber salido bastante bien.

Julian me dedicó una sonrisa socarrona.

—Te dije que nos encargaríamos de ello.

Jade dejó escapar una risita.

—¿Viste mi hechizo de pintura permanente? Nunca se lo imaginaron.

Me eché a reír.

—Yo sí. ¿Y esa pobre calva? ¿Qué fue eso?

—Esa fue una de las mías —dijo Julian con orgullo—. Añadí algunas de mis pociones *depilatorias* a la válvula principal de agua de esa planta. No es la única que quedó calva, déjame decirte.

—Probablemente la única que no se avergonzó de ello —dijo Elsa.

—Estaba molesta —dije, recordando lo enfadada que estaba con Basil—. ¿Crees que va a funcionar?

—Ya está funcionando —dijo Jade—. Jimmy me dijo que la mitad de los huéspedes se fueron anoche... después de nuestro... ya sabes....

Shay escuchaba atentamente nuestra conversación, aparentemente feliz de no ser el centro de atención.

—Oric estuvo investigando el «fenómeno inusual» toda la noche pasada —Elsa resopló—. No tiene ni idea de lo que ha pasado.

—Eso le enseñará por robarle el trabajo a mi amiga —dijo Jade, y pude ver más interés en la expresión de Shay. Ahora estaba recibiendo mucha información.

Julian me señaló con el tenedor.

—Apenas estamos empezando.

Me reí.

—Solo pido que no nos descubran.

—No lo harán.

Sentí que se me liberaba algo de tensión. Tal vez esto iba a funcionar después de todo.

—Valen nos ha invitado a Shay y a mí a comer hoy en su restaurante —dije rompiendo el silencio. Shay enarcó las cejas, pero no me miró mientras seguía trabajando en sus panqueques. Me encontré con la cara sonriente de Jade y añadí—: Es mi... amigo —dije, sin saber cómo debía llamarlo. Nunca habíamos hecho oficial lo nuestro.

—También es un gigante —soltó Jade, haciendo que Elsa girara tan rápido que algunos trozos de la mezcla salpicaron el suelo. Julian se atragantó con su bocado de panqueque.

Miré a Shay y vi cómo levantaba la cabeza del plato. Me miró a mí, a Jade y luego de nuevo a mí, con el ceño fruncido por la sospecha. Me di cuenta de que no se lo creía. Hace solo unas semanas, yo habría tenido la misma reacción que ella con respecto a los gigantes. Porque todos sabíamos que los gigantes no eran reales... hasta ahora.

Tragué saliva y dije:

—Así es. Valen *es* un gigante. Yo tampoco lo creía. No hasta que lo vi cambiar con mis propios ojos —Tenía la sensación de que Shay estaba bien informada sobre nuestro mundo, quizá más que la típica niña de once años, ya que tenía un ángel como padre y una bruja como madre.

Shay me miró con el ceño fruncido y, por el modo en que me miraba a mí y a los demás, supe que pensaba que nos estábamos burlando de ella. Pero también pude ver una parte en la que sentía curiosidad.

—Antes pensaba que el tipo era un idiota, pero es un buen tipo —dijo Julian.

Le fruncí el ceño, pero no se dio cuenta porque siguió comiendo.

—De todas formas, pensé que deberías saberlo antes de conocerlo —le dije. Ella seguía mirándome con el ceño fruncido, con sus ojos verdes endurecidos.

—Aquí tienes —Elsa rodeó la mesa y añadió otro panqueque dorado al plato de Shay. Luego se acercó al de Julian y le puso otros dos.

—¿Jade? ¿Quieres un poco? Puedo hacer más —dijo Elsa mientras se acercaba a los fogones.

Jade negó con la cabeza.

—No. Estoy llena. Quiero vigilar lo que como —Todos sabemos lo que quería decir con eso. Quería estar guapa para Jimmy.

Hablando de Jimmy.

—Oye, ¿crees que Jimmy está ocupado hoy?

Jade negó con la cabeza.

—No lo creo. ¿Por qué?

—Necesito otra cama y tal vez una cómoda para la habitación de Shay —Pude ver a Shay cortando su panqueque caliente, por el rabillo del ojo—. Tal vez él sabría si el hotel todavía tiene la vieja que solía estar en mi habitación de visitas.

—Puedo preguntarle —dijo Jade.

—No, está bien. Yo lo haré —le dije. Shay era mi responsabilidad ahora. Yo debía encargarme de prepararle su nueva habitación.

—Deja que Jade lo haga —dijo Elsa—. Y yo también ayudaré —

Puso la sartén caliente en el fregadero y dejó correr el agua unos segundos antes de apagarla—. Deberías llevar a tu hermana de compras y comprarle ropa nueva —Me dirigió una mirada cómplice, la que me decía que debía volver a mirar bien a Shay.

Así que lo hice.

Cuando la miré, su ropa parecía haber visto días mejores. De hecho, si no la conociera mucho, pensaría que llevaba la misma ropa desde hacía tiempo. Como un niño de la calle o alguien que ha estado sin hogar durante unas semanas. Mierda. ¿Cuánto tiempo había estado sin su madre? ¿Por qué no me había fijado?

Lo único que llevaba con ella era aquella mochila, y dudaba que hubiera más de una muda de ropa allí, tal vez ni siquiera eso.

—¿Te gustaría, Shay? —observé su rostro. No sabía lo que estaba pensando. Se encogió de hombros sin mirarme. Lo tomé como un sí.

—Entonces está decidido —dijo Elsa—. Lleva a Shay de compras y nosotras nos ocuparemos de su habitación.

En ese momento, Shay vio a Elsa a través de sus pestañas, y juro que pude ver una pequeña sonrisa escondida en algún lugar de la cara de aquella niña triste.

Fue un comienzo.

13

Cuando Shay y yo volvimos al hotel de nuestras compras, era un poco más del mediodía. Yo no sabía mucho qué comprarle a una niña, así que la llevé a Macy's. Supuse que allí tenían de todo.

Shay no habló mucho en todo el tiempo. Me sacudió la cabeza, asintió con la cabeza y de vez en cuando decía, «Okey». Sabía que estaba incómoda. Yo también lo estaba. Y no la presioné. La dejaría acercarse cuando se sintiera preparada. Ya había sufrido bastante estos últimos días, si sus ojos rojos e hinchados y su ropa desaliñada eran un indicio.

Dejé que se llevara lo que quería al probador mientras yo esperaba. Tras dos horas de compras, compramos cuatro jeans nuevos, cinco camisetas de manga larga, ropa interior, calcetines, un par de zapatillas Converse, otra cazadora de jean y una colección de camisetas con algunos personajes manga que no conocía. Cuando le llevé unos sujetadores de entrenamiento al probador, negó con la cabeza, mortificada, como si acabara de firmar su sentencia de muerte. Vale, quizá era demasiado pronto. Culpa mía. Como ya he dicho, no sabía nada de niños.

No era mucho, y sabía que al final tendría que comprarle más ropa, pero intenté que no me diera un ataque de pánico cuando la señora de la caja registradora me pasó la cuenta. Maldita sea. En ese momento, supe que tenía que mantener un trabajo remunerado solo para costear las necesidades básicas de esta niña. Necesitaba recuperar mi trabajo en el hotel, más que nunca.

Con las bolsas en la mano, entramos en el apartamento al oír voces. Seguí las voces hasta la habitación de visitantes y me detuve. El escritorio que había estado utilizando había sido sustituido por una cama individual, adornada con un bonito edredón de rayas blancas y azules y cuatro mullidas almohadas. Una mesita de noche descansaba junto a la cama, y una preciosa cómoda de roble estaba apoyada contra la pared opuesta. Sobre la asquerosa alfombra verde del apartamento industrial había una alfombra oriental de felpa azul y roja. La alfombra seguía siendo asquerosa, pero no había nada que hacer al respecto.

Elsa nos sonrió mientras terminaba de mullir la última almohada.

—¿Qué te parece, Shay? ¿Te gusta?

Miré a Shay. Tenía la cara roja. Asintió con la cabeza.

—Jimmy puso tu escritorio en el salón, justo debajo de la ventana

—dijo Jade—. Es el único sitio donde cabía.

—Está bien. Gracias —Tendría que agradecérselo a Jimmy más tarde—. Gracias, amigos. De verdad. Esto es genial.

—De nada —Elsa le dedicó una enorme sonrisa a Shay, que la chica intentó devolver, pero parecía más bien una mueca aterrorizada.

Cuando las brujas se fueron, dejé a Shay sola en su habitación, dejando que se acomodara mientras yo me duchaba y luego bajaba al sótano a lavar su ropa. Después de que Shay se duchara y se vistiera con ropa nueva y limpia, salimos del hotel y fuimos al restaurante de al lado.

Una vez dentro, me di cuenta de que Shay había traído su tableta y su sucia mochila. No iba a decirle que no podía llevarlas. Mi bandolera era mi objeto de confort, así que la entendía. Quería tener algo familiar con ella.

—¿Qué es eso?

Me giré para ver a mi anfitriona favorita mirando a Shay como si fuera caca de perro que acababa de pisar con sus zapatos nuevos de Prada.

Shay bajó la cabeza y se miró los pies.

Me enfurecí. Realmente la odiaba.

—¿Dónde está Valen? —Eché un vistazo al restaurante, buscando a aquel apuesto gigante.

—Ni idea —respondió la anfitriona, cuyo nombre no me importaba recordar. Era tan mentirosa. La mujer seguía a Valen como una garrapata a un perro. Tenía la sensación de que estaba enamorada de él.

Lo vi muy atrás, en la misma mesa que había usado para nuestra cita.

—Ven, Shay.

La anfitriona murmuró algo mientras guiaba a Shay hacia la parte trasera izquierda del restaurante, cerca de las ventanas.

—¿Estás solo? ¿Dónde están los otros...? —dejé la pregunta en el aire, sin querer decir *gigante* en el restaurante por si estaban por aquí y no querían que nadie conociera su verdadera naturaleza.

Valen se puso en pie y me llegó una estela de colonia almizclada.

—Se fueron esta mañana temprano. Intenté que se quedaran más tiempo, pero querían irse. No pasa nada. Fue un placer conocerlos.

Nuestros ojos se entrelazaron mientras el calor recorría mi espalda y se instalaba en mi centro ante la intensidad de su mirada. No pude evitar pensar en sus manos ásperas sobre mi piel y en sus besos que me provocaban un frenesí salvaje. Quería más de eso. Mucho más.

Apartó su mirada de mí y se posó en Shay.

—Soy Valen —extendió la mano y me sorprendí cuando ella la estrechó—. Encantado de conocerte, Shay.

Shay esbozó una pequeña sonrisa, se apresuró a acercarse, sacó una silla junto a la ventana y se sentó, con la cabeza gacha mientras sus dedos pasaban por la tableta.

Miré a Valen, que estaba radiante. Pensé que le gustaba la idea de que yo tuviera una hermanita, y eso me hizo sentir todo tipo de cosas en la barriga. Pensé en besarlo. ¿Debería besarlo? ¿Cómo debíamos comportábamos en público?

Me decepcionó un poco cuando me acercó la silla junto a Shay sin besarme, pero aun así fue galante. Tal vez no quería avergonzar a Shay. Porque todos sabíamos que si ponía esa boca sobre la mía, no sería un simple besito.

Cuando Valen se sentó frente a mí, vino un camarero y nos dio tres menús antes de servirnos agua. Era el mismo camarero calvo que nos había servido durante nuestra cita nocturna.

—¿Quiere vino, jefe? —preguntó el camarero.

—Sí —miró a Shay—. ¿Qué te apetece beber?

Shay apartó cuidadosamente los ojos de su tableta.

—Jugo de naranja —respondió, y me sentí un poco más tranquila de que estuviera hablando.

El camarero inclinó la cabeza.

—Enseguida vuelvo.

Dejé escapar un suspiro. Una botella de vino sería bienvenida ahora mismo. Pero me limitaré a una copa. Tenía que trabajar más tarde. Todavía tenía que encontrar a Bellamy y dar con la segunda posible localización de la joya. Pero primero tenía que encontrarlo a él. Si estaba diciendo la verdad sobre que los tipos de Darius lo querían muerto, necesitaba encontrarlo antes que ellos.

—¿Eres realmente un gigante?

Valen y yo miramos fijamente a Shay.

Mierda. No le había preguntado si estaba bien revelar su secreto a mi recién descubierta hermana. Y no había esperado que Shay saliera y lo dijera así. No había esperado que fuera tan directa.

Esperé, con el pulso acelerado, mientras miraba fijamente a Valen para ver algún indicio de que estuviera molesto. Pero el gigante sonrió, una sonrisa genuina… cómo quisiera besar esos labios.

—Lo soy —se inclinó hacia delante—. ¿Eso te asusta?

—No.

—¿Has conocido alguna vez a un gigante?

—No.

—¿Quieres hacerme alguna pregunta?

Shay apretó los labios y se quedó mirando la tableta un segundo antes de levantar la vista.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo? —el escepticismo en su voz era palpable.

—No lo está —le dije, disfrutando de nuestra conversación—. Lo he visto cambiar. Muchas veces. Él *es* un gigante —Shay no parecía convencida.

Al darse cuenta, Valen se dobló la manga de la camisa hasta el codo.

—Deja que te lo enseñe.

Con un pequeño destello de luz, como si alguien hubiera encendido una lámpara en nuestra mesa, la mano y el brazo de Valen empezaron a ondularse y a crecer hasta triplicar su tamaño normal.

—Santo cielo —susurré, mirando por encima de mi hombro para ver si alguien más había visto el brazo de Valen crecer de tamaño, pero parecía que los clientes estaban demasiado ocupados disfrutando sus comidas. La comida era excelente aquí. Me quedé mirando a Valen —. No sabía que podías hacer eso —Debo admitir que fue bastante asombroso de ver. Parecía que el gigante aún tenía muchos trucos por descubrir.

Valen actuó como si nada hubiera pasado. Entonces, con otro pequeño destello de luz, su brazo volvió a su tamaño normal.

Shay se quedó con la boca abierta y con los ojos verdes brillantes, no de miedo, sino de interés.

—¿Cuánto creces? —preguntó, y yo contuve una carcajada.

Valen sonrió con orgullo mientras se bajaba la manga.

—Cinco metros. Que no es, según he oído, la mayor altura de nuestra raza. Mi amigo Frederick alcanza los siete metros. Me hizo sentir un poco pequeño cuando me lo dijo.

Vi cómo los ojos de Shay se abrían un poco, y me di cuenta de que estaba tratando de imaginar lo grande que eran realmente cinco metros.

—Vaya —Shay arrugó la frente de forma simpática—. ¿Y las chicas? ¿Cuánto crecen? ¿Hay chicas gigantes?

—Sí —respondió Valen, y me di cuenta de que estaba disfrutando mucho hablando con Shay. No había dejado de sonreír desde que llegamos—. Son más pequeñas. Miden tres o cuatro metros. No quedan muchos como nosotros.

—¿Por qué no?

Esto era más de lo que había hablado desde que la conocí.

—Bueno, la versión corta es que fuimos cazados en un momento en el tiempo. Debido a nuestro tamaño, algunas personas nos temían. Si adelantamos la historia hasta ahora, solo quedamos unos pocos.

—Eso es triste —dijo Shay. Se quedó callada un segundo y luego dijo—: Ojalá yo fuera una gigante.

Me reí, intentando imaginarme una versión más grande de esta niña tan pequeña.

—¿Por qué?

Shay se quedó mirando la mesa.

—Podría haber evitado que mataran a mi madre.

Sentí una punzada en el corazón mientras buscaba en el rostro de la niña. ¿Habían matado a su madre? Repasé lo que mi padre ángel me había dicho. Si estaban buscando a Shay, su madre podría haber muerto defendiendo a su hija. Y tal vez Shay se había escapado. Lo suficiente como para vivir en la calle durante una semana hasta que su padre la encontrara.

Me ardían los ojos y parpadeé con rapidez. Mierda. Esto era malo. ¿Había visto morir a su madre? Nunca lo superaría.

—Si fuera una gigante, nadie podría hacerme daño —continuó Shay.

Lo había dicho con tanta indiferencia como si supiera que su vida estaba en peligro y que quienquiera que la estuviera cazando no se detendría. También sentí una abrumadora sensación de protección por Shay. Apenas la conocía, pero la niña me caía bien a su manera de ser triste y tranquila. Y que me condenaran si dejaba que alguien le hiciera daño.

La expresión de Valen se volvió seria. Le había hablado un poco de mi padre y de por qué la había abandonado, pero aún había muchas cosas que él no sabía y que yo no sabía sobre Shay.

Me incliné hacia ella.

—¿Quién quiere hacerte daño, Shay? ¿Los ángeles? —La idea de que alguien, ángel o no, quisiera hacerle daño a esta niña me enfadó muchísimo. Ella era inocente. Si querían hacerle daño a alguien, deberían ir a por nuestro padre. Él sabía lo que hacía cuando se acostó con dos brujas mortales. Shay era solo una niña.

Shay seguía mirando su tableta, con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas, pero había vuelto a quedarse rígida y callada.

No sabía qué hacer. Me sentía como una idiota. ¿La abrazo? Tenía la impresión de que no le gustaría. Podíamos ser hermanas, pero seguíamos siendo extrañas. Seguí lanzándole miradas nerviosas a Valen, que parecía tan inquieto como yo. Sobre todo él, ya que ser un protector estaba escrito en su ADN.

En ese momento llegó el camarero. Le dio a Shay un vaso lleno de jugo de naranja e hizo que Valen probara el vino.

—Les daré un poco de tiempo para que echen un vistazo a nuestros menús de comida —dijo, dándose cuenta de nuestra repentina incomodidad, y volvió a desaparecer.

Tomé un sorbo de vino, pero Shay no había tocado su jugo de naranja.

—¿Quieres algo más?

Shay negó con la cabeza y permaneció callada.

Valen observó a Shay tentativamente.

—Sabes, tu hermana es una bruja muy ruda. Una vez la vi acabar con un ejército de demonios.

Al oír eso, mi hermana levantó la vista y me miró con curiosidad.

—Yo no diría un *ejército*, pero había unos cuantos —dije, intentando encogerme de hombros.

—Si eres como ella —dijo Valen—, también eres una bruja muy ruda. Lo que significa que eres fuerte y capaz. No necesitas ser una gigante para ser fuerte. Tienes otras formas de hacerlo. Todo lo que necesitas es fuerza interior, y puedo decir que la tienes.

Shay le dedicó una sonrisa que me calentó el corazón como una taza de chocolate caliente. Maldita sea. Tuve que parpadear rápido otra vez. Si me ponía a llorar ahora probablemente asustaría a Shay. Cuando decía cosas así, era muy difícil no enamorarse de él. Y yo me estaba enamorando rápidamente.

Miré a Shay.

—¿Tu madre te enseñó magia estelar? —No estaba segura de que sacar el tema de su madre fuera una buena idea, pero las palabras ya habían salido de mi boca.

Mi hermana negó con la cabeza. Esperé a ver si se volvía a callar porque había mencionado a su madre, pero me miraba expectante, como si esperara a que dijera algo.

—Yo tenía más o menos tu edad cuando mi madre y mi abuela me enseñaron —dije, viendo su interés en que dijera lo que ella quería oír —. Como tú, tenía la magia dentro de mí, pero no sabía controlarla. Una vez casi quemo la casa. En Nochebuena. No sabía lo que hacía — Shay se quedó mirándome—. Me enseñaron. Cómo invocarla, cómo hilarla, controlarla. Y cómo no usar demasiada. Demasiado puede matarte. De todos modos, si quieres, podemos empezar las clases. Probablemente sea una profesora terrible, para que lo sepas.

Shay se encogió de hombros, pero su expresión seguía siendo abierta y curiosa. Lo tomé como un sí. Dio un sorbo a su jugo de naranja, aparentemente de forma un poco menos sombría.

Tendría que aprender, y era bueno que estuviera abierta a ello. Como dijo Valen, hay otras formas de ser fuerte, no solo con los músculos. Estaba la magia. Y las Brujas de Luz Estelar teníamos el poder de las estrellas. ¡Genial!

Shay tendría que aprender a protegerse, igual que yo. Porque un día, yo podría no estar allí, y ella tendría que defenderse. Y si la estaban cazando, como dijo mi padre, tendría que empezar ahora. Un poco de luz estelar podría hacer mucho, incluso a su edad.

Y tenía curiosidad por saber qué estrellas le respondían. Debía ser muy poderosa si los ángeles la perseguían. Aparentemente, yo era un fiasco a los ojos de la legión de ángeles. Bien por mí. Pero ahora tenía que preocuparme por Shay.

—¿Quieren ver una película más tarde? —Valen puso su copa de vino sobre la mesa—. Yo invito.

Los ojos de Shay se abrieron de par en par mientras toda su atención se centraba en Valen. Luego se dio la vuelta y me miró fijamente, esperando mi respuesta, esperando mi *permiso*. Era extraño ser responsable de otra persona cuando había estado sola prácticamente toda mi vida adulta. Martin no contaba.

Debería buscar a Bellamy después de comer, pero una mirada a la cara de Shay y todos los pensamientos sobre aquel científico brujo y sudoroso se desvanecían. Era como mirar a un niño en una tienda de mascotas con ojos grandes y esperanzados de poder llevarse a casa ese cachorro golden retriever.

—Suena divertido —Hacía siglos que no iba al cine. Ni siquiera me importaría comerme esas palomitas aceitosas que me daban acidez cada vez que las comía, si eso significaba que Shay podía escapar de su vida durante unas horas. Mi sonrisa se ensanchó ante la sonrisa de Shay, una sonrisa grande esta vez. Podía ver sus dientes. Tenía unos dientes preciosos.

Se echó hacia atrás en la silla, sonriendo.

—Sigo queriendo ser una gigante.

Valen y yo nos echamos a reír.

14

Soplaba un viento frío mientras me dirigía al 326 de la calle 56 Oeste, hacia el lugar donde se encontraba Bellamy, o eso esperaba. Valen le había avisado a sus contactos y uno de ellos había visto al científico brujo o a alguien que se ajustaba a su descripción.

Tenía que comprobar esa pista. Si resultaba que estaba en lo cierto, tendría la oportunidad de traer a Bellamy conmigo. No quería perderlo. No cuando sabía que tenía a la banda de Darius tras él. Tenía que encontrarlo antes que ellos, porque si no lo hacía, Bellamy estaría muerto y yo me quedaría sin testigo.

Después de dos horas maravillosas en el cine, había llevado a Shay de vuelta al hotel para que pudiera relajarse y tener algo de tiempo para sí misma. Basil estaba en el vestíbulo con Oric, dándole otro ataque. Sonreí. Otra vez el plan de Julian en ciernes. Pero entonces Basil se fijó en mí y luego en Shay. Sus ojos se entrecerraron. La oculté lo mejor que pude con mi cuerpo y la conduje al ascensor.

No le había preguntado a Basil si podía tener a otra persona viviendo conmigo. Sabía que las familias vivían en el piso trece, pero mi acuerdo era estar aquí como Merlín —sola. Estaba bastante segura de que había papeles que llenar y procedimientos que seguir. Pero no quería darle excusas para echarme del piso. En cuanto limpiara mi nombre, hablaría con el gerente del hotel y, con suerte, aceptaría.

Llegamos y encontramos a Elsa, Jade y Julian en el apartamento. Elsa y Jade estaban ocupadas en la cocina con lo que yo sospechaba que era lasaña, mientras Julian estaba inclinado sobre lo que parecía ser un plano del hotel.

Valen me llamó unos minutos después para informarme de la ubicación de Bellamy.

—Está escondido en el 326 de la calle 56 Oeste —había dicho Valen—. En un motel. Habitación número catorce. Las cortinas están echadas, así que no pueden confirmar que siga allí.

—Lo comprobaré esta noche. Gracias. Luego hablamos —le dije y colgué—. 326 de la calle 56 Oeste, habitación número catorce —repetí y anoté rápidamente la dirección en un papel antes de que se me olvidara, y me lo metí en el bolsillo.

Así que, después de una buen plato de lasaña casera, les había preguntado a mis amigos si no les importaría quedarse a cuidar de Shay, jugando con su tableta, junto a Julian en el salón.

—Por supuesto, vete —dijo Elsa, acompañándome a la puerta—.

Estará bien con nosotros. No te preocupes.

—Ve a buscar a Bellamy —dijo Jade—. Trae su tonto culo de vuelta.

No habría dejado a Shay si no tuviera fe en mis amigos. Sabía que estaría a salvo. Sabía que la protegerían si pasaba algo o si aparecía un ángel. Se enfrentarían a tres brujos muy capaces si eran tan estúpidos como para aparecer.

Las calles estaban más tranquilas de lo habitual para un viernes por la noche, y mis botas chasqueaban contra la acera mientras caminaba por la calle 56 Oeste. Finalmente, vi la dirección 326.

Un edificio decrépito, con las paredes exteriores pintadas con graffiti, estaba convenientemente situado a solo una manzana de un local de striptease y unos cuantos pubs. Mi mirada se detuvo en el cartel rojo parpadeante que rezaba Hell's Kitchen Motel. Qué asco. Este sitio era una pocilga. Bellamy debía de estar muy desesperado si se alojaba en un lugar así. Recordando lo insolente que había sido justo dentro del Hotel Twilight, probablemente estaba enloqueciendo con todas las chinches y otras manchas en las que no quería pensar.

Me desplacé sigilosamente junto al edificio, que estaba convenientemente construido prácticamente en la acera. El número catorce, estarcido en negro, colgaba sobre la puerta. Una única ventana, con las cortinas corridas, bordeaba la puerta. Podía ver el parpadeo de la luz, como la iluminación de un televisor. Quienquiera que estuviese allí dentro estaba viendo la televisión.

Con cuidado, intenté abrir el picaporte. Estaba cerrado. Sabía que Bellamy estaba dentro, y si utilizaba mi luz estelar para derribar la puerta, asustaría al científico brujo lo suficiente como para que no quisiera venir conmigo. Podría forzarlo, pero eso solo empeoraría las cosas para mí. Necesitaba al idiota para mi caso contra Darius. Tenía que tener a Bellamy de mi lado. Así que, necesitaba hacer que esta fuera *su* decisión. Bueno, hacerle *creer* que lo era.

Con la respiración contenida, llamé dos veces.

—Bellamy —dije, mi voz baja pero lo suficientemente fuerte para que me escuchara—. Soy Leana.

La luz de la televisión se apagó.

Esperé un momento.

—Estoy sola. Déjame entrar.

Silencio. El único sonido provenía de la calle detrás de mí, de los autos que pasaban a toda prisa y de los bocinazos lejanos en las manzanas de más allá.

—Bellamy —siseé—. Me pediste ayuda. Pues aquí me tienes. Ahora, abre la maldita puerta. Bellamy, abre la puerta —repetí.

Oí un golpe fuerte, como si alguien hubiera saltado de una cama, seguido de la pisada de unos pies que se acercaban, y luego,

—¿Cómo sé que eres tú de verdad? —llegó la voz de Bellamy desde el otro lado de la puerta.

Puse los ojos en blanco.

—Puedes verme si miras por la ventana —Dios, este tipo era insufrible.

Las cortinas se corrieron una rendija y luego volvieron a cerrarse.

—¿Bellamy? —lo intenté de nuevo.

—Puede que no seas quien dices ser —llegó la voz apagada de Bellamy a través de la puerta—. Podrías estar usando un glamour para engañarme. ¿Cómo puedo saber realmente que eres tú?

Mi temperamento se apoderó de mí. No tenía tiempo ni paciencia para esta mierda.

—Bellamy, te juro que si no abres esta puerta, voy a derribarla.

Justo cuando estaba a punto de continuar con mis interminables golpes y gritos, oí el retorcido y lento rascar del cerrojo y la puerta se abrió de golpe.

Bellamy estaba de pie en el umbral, con el pelo revuelto y apuntando a la derecha. Tenía los ojos enrojecidos, parecía medio loco, medio agotado, y llevaba la misma camisa blanca manchada y unos pantalones que le quedaban demasiado largos.

—Solo la verdadera tú sería así de grosera —dijo mientras se hacía a un lado para dejarme entrar.

—Gracias —Tenía unas cuantas palabras reservadas para él, pero me mordí la lengua, entré y cerré la puerta tras de mí. De pie en la estrecha habitación, recorrí con la mirada la típica habitación de motel: una cama doble, un edredón a rayas marrones y grises, con almohadas y cortinas a juego. Al fondo había una sola puerta, que supuse que era el cuarto de baño. Una mesita estaba llena de cajas de comida para llevar. Olía a cigarrillos viejos, almizcle y Dios sabía qué más.

—Parece que has reducido el tamaño de tu antigua casa —dije mirando a mi alrededor con cuidado de no tocar nada. No quería llevarme ningún *microorganismo* a casa.

Bellamy se paró junto a la cama.

—¿Cómo me has encontrado? —Sus ojos se entrecerraron como si estuviera molesto, no sorprendido, de que lo hubiera encontrado.

—No fue difícil. Te habían visto. Vine a comprobar si realmente eras tú.

—No pensé que alguien buscaría encontrarme aquí, precisamente aquí —El brujo científico se sentó en el borde de la cama—. Este lugar es un experimento de laboratorio en sí mismo.

Me encogí, mirando la funda del edredón y viendo las manchas marrones visibles. Podía imaginarme todas las manchas *invisibles* que había.

—Tengo que darte la razón en eso —Apoyé las manos en las caderas para dar la impresión de importancia y evitar que tocaran algo accidentalmente—. ¿Por qué no viniste al hotel? Allí habrías estado a salvo.

Bellamy se estiró hacia atrás y se rascó la espalda.

—Lo pensé. Pero tuve la sensación de que el hotel estaba bajo amenaza. Podrían saber de nuestro... entendimiento. No podía arriesgarme a aparecer y que me mataran. Me persiguen, sabes. Soy el científico brujo más buscado de la ciudad.

Oh, vaya.

—El hotel es seguro. Créeme. Nadie ha estado buscándote allí tampoco. Además, tendrías un piso lleno de brujos y paranormales para protegerte.

Bellamy negaba con la cabeza, con los labios apretados mientras pensaba en ello.

—No. Creo que me quedaré aquí. Estaba bien hasta que apareciste tú.

Entrecerré los ojos, sin apreciar su tono.

—No puedes quedarte aquí.

Bellamy me miró.

—¿Por qué no? Tengo comida y entretenimiento. No. Creo que me quedaré aquí un tiempo. He decidido mudarme a Canadá. Allí no pueden encontrarme.

—Claro que pueden.

Bellamy hizo una mueca.

—Entonces me mudaré a Australia.

Exhalé.

—Allí también te encontrarán. ¿No lo entiendes? Darius tiene un alcance muy amplio. Un continente diferente no significa nada para él. Te encontrará, pase lo que pase.

—Eso no lo sabes con seguridad.

Juré que iba a arrastrar su trasero conmigo por la fuerza.

—Escucha, si fue fácil para mí encontrarte, eso significa que los que te buscan también van a encontrarte aquí. Significa que probablemente ya estén en camino. ¿Quieres que te diga lo que *creo* que te harán antes de matarte? Piensa en torturas. Piensa en una muerte lenta. Querrán que les reveles todo antes de matarte. Créeme.

El científico brujo se removió en la cama, con el rostro pálido.

—¿Crees que me torturarán? —su voz había subido una octava.

—Sí. Te harán daño durante mucho tiempo. No son buena gente, Bellamy. No quieres que te encuentren. No puedes protegerte. Eso es lo que me dijiste en la iglesia. Me necesitas. Así que estoy aquí para protegerte.

—¿Pero tengo que quedarme en el hotel?

—Sí —me lo pensé—. Pero si realmente odias la idea del Hotel Twilight, también podrías quedarte con mi amigo Valen. Ya sabes, ¿el gigante que casi matas? Es el dueño del restaurante After Dark. Tendré que preguntarle primero, pero no creo que haya problema.

Bellamy tenía los ojos redondos mientras se ponía en pie de un salto.

—No —sacudió la cabeza—. Por supuesto que no. Querrá matarme después de lo que hice. Me aplastará el cráneo con sus manos gigantes.

Aquí vamos otra vez.

—No lo hará. Sabe lo importante que eres. A diferencia de ti, él no daña ni mata a la gente. Las protege.

Un destello de ira se dibujó en el rostro del científico brujo.

—Eso se hizo por el bien de nuestro pueblo. En tiempos de guerra, debemos tomar decisiones difíciles.

—La única guerra estaba en la cabeza de Adele —le dije, con voz áspera, y tuve que esforzarme para que mi temperamento no se saliera de madre. Sentí un hormigueo por la luz estelar, la repentina presión energética en la habitación. Bellamy me hizo esto con su desconexión de sentimientos hacia los humanos que mató al someterlos al proyecto OTH. Aún no parecía asimilar que había segado vidas. No sabía si podría vivir con él para mantenerlo a salvo. Podría matarlo yo misma.

Debió sentir mi magia estelar porque se quedó inmóvil. Lo único que se movió fueron sus ojos, que seguían el rastro de mis manos, como si le preocupara que pudiera lanzarle unas cuantas luces estelares.

Volví a intentarlo.

—Si no quieres quedarte en el hotel, quedarte con Valen es otra opción. No te obligaré —No quería que saliera corriendo otra vez. Tenía que hacer que confiara en mí.

—¿Y confías en él?

—Con mi vida. Él te protegerá. Te lo prometo.

—De acuerdo.

—Bien —Miré alrededor de su habitación, observando una gran bolsa de mano—. Empaca tus cosas. Deberíamos irnos ya.

En cinco minutos, Bellamy había empacado todas sus cosas. No me ofrecí a ayudarle. Como ya he dicho, no quería tocar nada de lo que había aquí. Salimos de la habitación del motel.

Justo cuando cerré la puerta, una forma saltó y se agachó detrás de un auto aparcado.

Bellamy saltó detrás de mí, usando mi cuerpo como escudo. Sí, era un hombre tan valiente y fuerte.

—¿Quiénes son? ¡Están aquí! ¡Me han encontrado!

—¡Shhh! —Le puse una mano en el hombro y lo empujé hacia

atrás—. No son ellos —no. La forma era pequeña y algo familiar.

La sangre me latía con fuerza en los oídos mientras me acercaba al vehículo, Bellamy siguiéndome de cerca como una sombra, y me incliné sobre él.

Toda la sangre abandonó mi rostro.

—¿Shay? ¿Qué demonios haces aquí?

El corazón me estalló cuando Shay salió de su escondite. Llevaba la mochila encima de su nueva chaqueta de jean. Se encogió de hombros y dijo:

—Te he seguido.

—Ya lo veo —La miré fijamente, tomándome un momento para observarla. Sus ojos verdes estaban brillantes, ansiosos... ¿y felices de estar conmigo? ¿La había entendido bien?

—¿Quién es? —Bellamy se puso a mi lado—. ¿Una niña de la calle?

—Mi hermana.

—¿Tu hermana es una niña de la calle? —El científico brujo miró a Shay como si pudiera ser algo digno de su próximo experimento.

—Pero... —Sacudí la cabeza—. ¿Elsa y los demás te dejaron salir? —Lo dudaba seriamente. ¿Quizá se habían marchado para llevar a cabo alguno de sus «planes» para deshacerse de Oric y habían dejado sola a Shay? Me costaba creer que Elsa dejara a mi hermana sola en un lugar nuevo sin un adulto. Ella era una madre. A menos que hubiera pasado algo. Basil. ¿Basil había descubierto a Shay y nos había desahuciado?

—Me escapé cuando creían que estaba durmiendo —respondió como si no fuera para tanto.

Maldita sea. A Elsa le daría un infarto cuando se diera cuenta de que Shay había desaparecido. ¿Por qué tenía la sensación de que no era la primera vez que Shay se escapaba de algún sitio? La forma en que lo había dicho me decía que lo hacía a menudo.

—No es para tanto —dijo Shay, pensando que yo estaba más preocupada por la reacción de mis amigos a su desaparición que por su presencia aquí.

Esto no estaba nada bien.

—No deberías haberme seguido. Es peligroso. ¿En qué estabas pensando? —Inmediatamente me arrepentí del tono y la rabia de mi voz cuando Shay se apartó de mí. Mierda. No se me daba bien esto de ser madre, hermana mayor o lo que fuera. Lo iba a estropear todo.

Bellamy soltó un gemido.

—Esto no tiene remedio. Me van a matar.

—Shay —Me moví para estar frente a ella y bajé a la altura de sus ojos. Entonces, apartando la rabia y el miedo de mi voz, le dije—: ¿Por qué me has seguido?

Shay se encogió de hombros.

—Pensé que podría ayudarte a encontrarlo.

Bellamy se unió a nosotros.

—¿Se refiere a mí? ¿Tienes niños ayudándote? ¿Estás loca? Estoy muerto. Estoy tan muerto. Debería quedarme aquí. Sí. Eso es lo que haré. Voy a volver.

Chasqueé mis dedos hacia Bellamy, y se congeló. Probablemente pensó que lo había hechizado con mi magia estelar. Qué bien. Que piense eso.

—Quería ser útil —Los ojos de Shay brillaron y supe que estaba conteniendo las lágrimas.

Ah, diablos. No quería hacer llorar a mi hermana pequeña.

—Escucha. Siento haberme enfadado. Es que no esperaba verte aquí. Me sorprendiste. Eso es todo. Y es peligroso aquí afuera. Realmente peligroso. Si te hubiera pasado algo, nunca me lo podría perdonar. Le prometí a tu padre que te mantendría a salvo. Que andes sola por la ciudad no era lo que él pretendía.

—No ha pasado nada. Estoy bien —El rostro de Shay era suplicante, y tuve la sensación de que también había venido porque no quería sentirse abandonada.

Dejé escapar una larga exhalación.

—Ahora no ha pasado nada. Pero podría haber pasado.

—Puedo cuidarme sola —Puso cara de determinación, pero también vi un poco de ansiedad allí.

—Sé que puedes —No podía seguir enfadada con Shay. Tenía una cara tan triste y bonita, y yo sabía que todo su mundo se había hecho añicos tras la muerte de su madre. Quería volver a sentir que pertenecía a algún lugar. Lo entendí.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando dije:

—De acuerdo. Eres muy buena para sorprender a la gente. Lo reconozco —Por la forma en que Shay sonrió, me di cuenta de que no era lo correcto—. Volvamos al hotel. Pero primero, le enviaré un mensaje a Elsa y le diré dónde estás antes de que le dé un infarto — Miré a Shay y vi una pequeña sonrisa en su cara mientras sacaba mi teléfono y empezaba a escribirle a Elsa. Cuando terminé, volví a guardarme el teléfono en el bolsillo.

Me di cuenta de que ahora parecía más cómoda conmigo. Estaba más habladora y no escondía tanto la cara bajo el pelo. Y había decidido seguirme con la esperanza de ayudarme a encontrar a Bellamy. Eso tenía que significar que yo le agradaba algo. O tal vez solo estaba aburrida.

—Es demasiado tarde —dijo Bellamy de repente.

Le miré.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Me han encontrado —El brujo científico señaló con un dedo tembloroso algo que había calle abajo.

De repente, se me erizaron los pelos de la nuca al notar el miedo en su voz, y tuve la desagradable sensación de estar siendo observada. Cuando giré la cabeza, sentí frío, como si acabara de entrar en una nevera.

De la oscuridad surgió una risa grave. Se me puso la piel de gallina y tres figuras salieron de las sombras del edificio. Eran Brujos Oscuros, por el olor a azufre y vinagre que desprendían. Y estaban preparados para atacar.

Oh, qué bien.

15

Pensaba que esta noche iba a ser «pan comido» o más bien «pan *tragado*» y que estaría de vuelta en el hotel con una copa de vino, celebrando con mis amigos lo inteligente que había sido para encontrar a Bellamy, aunque contara con la ayuda de Valen. Hablaríamos de lo cerca que estaba de demostrar mi inocencia al Consejo Gris.

Estaba equivocada. Me había equivocado mucho últimamente.

—Ponte detrás de mí —arrastré a Shay detrás de mí al mismo tiempo que tiraba de mi luz estelar. Mi cuerpo zumbaba con el poder de las estrellas—. Mañana por la noche te enseñaré a usar tu magia —le dije, sin dejar de mirar a los tres brujos. Sabía que lo más probable era que Shay volviera a escaparse. Pero no se enfrentaría a unos brujos. Se enfrentaría a unos ángeles, y tenía que estar preparada.

Las capuchas negras ocultaban la mayoría de los rostros de los brujos, pero pude ver que dos tenían la piel clara y el otro era moreno. Vestidos todos de negro, parecían manchas de tinta contra el cielo cada vez más oscuro. No se movieron, sino que se quedaron allí de pie con expresión arrogante, con sus estúpidas túnicas negras.

—Ya está. Estoy muerto. Estoy muerto —chilló Bellamy, saltando de un pie a otro como si necesitara orinar. Qué idiota.

—Cállate, Bellamy —Un destello de fastidio surgió en mí, pero lo reprimí rápidamente.

—¿Por qué te hice caso? Yo soy el inteligente. No un *Merlín* — Bellamy miró por encima del hombro, con los ojos muy abiertos viendo el motel mientras giraba su cuerpo hacia esa dirección.

Mierda.

—Si entras ahí, básicamente estás pidiendo que te maten. Es una trampa mortal. No hay ningún sitio al que huir.

El científico brujo me miró, pensándolo bien.

—No quiero morir.

Miré fijamente a los brujos que teníamos enfrente.

—Nadie va a morir esta noche —bueno, al menos nosotros no—. Pero voy a necesitar tu ayuda —le dije.

Me miró como si acabara de arruinar uno de sus experimentos.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer? Ya te he dicho que no sé luchar — Ahora sí que parecía a punto de salir corriendo.

Iba a pedirle que cuidara de Shay, pero viéndolo ahora y sabiendo lo que ya sabía de él, la abandonaría para salvar su propio culo. No

podía permitirlo.

—Si no vas a luchar contra ellos, ponte detrás de mí —Tenía que protegerlo a él también, así como tenía que proteger a Shay. Maldición. Debería llamar a Valen, pero para cuando llegara, sería demasiado tarde.

Tendría que luchar contra ellos. Me había enfrentado a peores probabilidades antes y sobreviví. Pero no tenía que cuidar de dos personas al mismo tiempo.

Eché un vistazo por encima del hombro. Shay tenía la cara pálida y la mirada perdida. Estaba aterrorizada. Maldición. Maldición.

Hablando de dichos brujos, seguían allí de pie, aunque podía ver cómo movían los labios.

—¿Por qué no se mueven? —preguntó Bellamy, sacándome las palabras de la cabeza.

Una chispa de energía fría rodó hacia nosotros.

—Se están preparando para usar su magia.

Como si nada, uno de los Brujos Oscuros, el único con piel de ébano, cayó de rodillas y dibujó un círculo y otros símbolos que estaban demasiado lejos para que yo pudiera descifrar.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Bellamy, con miedo en su tono.

—¿Quieres saber que creo? —Observé cómo el mismo brujo se levantaba con los brazos en alto—. Está invocando a un demonio.

Oí la aguda inhalación de Shay, seguida del chillido de Bellamy, y tuve la loca idea de arrojarlos al motel, pero sabía que si lo hacía, me arriesgaría a perderlos a ambos.

En lugar de eso, recurrí a mi luz estelar y dejé que su energía me recorriera hasta que sentí que me consumía por completo. Giré los hombros y extendí las manos a los lados, cerca de la cintura. Mis dedos se crisparon, haciéndome parecer un vaquero listo para desenfundar. ¿O más bien una vaquera?

Llegaron hasta nosotros los ecos de voces roncas y el sonido lejano de una risa burlona flotó en el viento, junto con el aroma de carne podrida, patas y el peor aliento de perro jamás visto, con un toque subyacente de huevos podridos.

Sentí un repentino estallido de aire desplazado, y una criatura, como nunca había visto antes, estaba en medio del círculo dibujado con tiza. Tenía el cuerpo musculoso y sin pelo de un ser humano, pero con una cabeza parecida a la de un calamar, tentáculos con ventosas en los extremos y una boca llena de dientes parecidos a los de un tiburón. Tenía los hombros encorvados y poderosos, y unos brazos anormalmente largos rozaban el suelo con las manos llenas de garras.

—Qué mierda más fea —dije en voz alta.

Era un demonio menor. No tenían mucha más inteligencia que un perro normal, movidos por el hambre de sangre y de vida mortal. Aun

así, te mataba si no sabías lo que hacías.

Los pocos humanos que caminaban por las calles o que pasaban en sus autos por donde estábamos no veían al demonio. Solo notarían un descenso de la temperatura y quizá incluso una sensación de vacío y tristeza. Menos mal. Nadie quería ver a un demonio, y menos a uno menor como éeste.

—Leana.

Me giré al oír la voz de Shay. Creo que nunca la había oído pronunciar mi nombre. La profundidad de la emoción en su tono me hizo un nudo en las tripas.

—No te preocupes. Lo tengo controlado —le dije. El corazón se me encogió al ver la preocupación que brillaba en sus ojos—. He luchado contra demonios antes. Estaré bien. Puedo manejarlo.

Bellamy me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué vas a hacer?

Su señalamiento de que no iba a hacer nada no pasó desapercibido para mí.

—Luchar. Y luego salvarte el culo —Tomé aire, disfrutando de la emoción y la adrenalina que me recorría el cuerpo y me hacía temblar.

Justo cuando volví a centrar mi atención en el demonio, este se abalanzó sobre nosotros.

No tuvimos tiempo de ponernos a cubierto. No tuvimos tiempo de hacer nada más que luchar y rezar por nuestras almas para que mi magia estelar sobreviviera a este ataque de uno de los hijos del infierno. El cielo estaba nublado. Y todos sabíamos lo que le pasaba a mi magia cuando el cielo nocturno no estaba despejado.

—Quédense detrás del auto —empujé a Shay y Bellamy hacia atrás y planté mis pies—. Si pasara algo malo...

—¿Qué quieres decir con *malo*? —preguntó el brujo científico.

—Si las cosas no salen según lo planeado.

—Sigo sin entender.

—Si el demonio me mata, necesito que lleves a Shay de vuelta al Hotel Twilight. ¿Puedes hacerlo?

Bellamy miró a Shay como si le hubiera crecido un tercer ojo.

—¿Debo hacerlo?

—*Debes* hacerlo —Maldita sea, a veces odiaba a ese brujo. Una parte de mí quería dejar a Bellamy con el demonio y llevarme a Shay al hotel conmigo.

—No voy a dejarte —dijo Shay, con un tono lleno de determinación.

—Si estoy muerta, tendrás que hacerlo tú. Ve al hotel y encuentra a Elsa —En el fondo sabía que, si me ocurría algo, mis amigos cuidarían de Shay como si fuera un familiar. Era el único consuelo que

tenía en ese momento. No podía confiar en Bellamy. Podía confiar en él hasta donde pudiera lanzarlo... tal vez una pulgada.

Con el corazón martilleándome, respiré hondo, profundicé en mi interior y me acerqué a la energía mágica generada por el poder de las estrellas.

Una luz brillante estalló al mezclarse mi magia con mi miedo por Shay y mi odio a los demonios. Y no olvidemos mi odio por Darius. Él era la causa de todo esto, y tenía que ser detenido.

Pero una cosa a la vez.

Mi luz estelar inundó mi voluntad y se vertió en mi cuerpo. En una ráfaga, la magia de la luz estelar corrió a mi alrededor y a través de mí como un potente conductor de alta tensión hasta consumirme.

El demonio calamar —no sabía cómo llamarlo— se abalanzó sobre mí con sus largas extremidades. Sus tentáculos se extendieron hasta que estuvieron tan cerca que pude percibir el olor a cloaca.

Una ráfaga de magia estelar salió de mí. El estallido alcanzó al demonio calamar, que salió despedido hacia atrás y aterrizó detrás de otro auto aparcado.

Me enderecé, pero me mantuve alerta. No era tan tonta como para pensar que era el fin del demonio.

Aparecieron tentáculos detrás del auto y el demonio saltó por encima como si nada. Aterrizó a unos seis metros de mí y aulló mientras volvía a dispararme, con una saliva amarilla goteando de su boca. El hedor a podredumbre y azufre me quemó los ojos.

Sí. Estaba en lo cierto. No podía ser tan fácil.

Concentrándome, tiré de mi luz estelar, dejando que el poder de las estrellas se apoderara de mí. Una deslumbrante bola de luz apareció en mi palma. Moví la muñeca hacia un lado y una hoja de luz, como una espada brillante, salió volando de mi mano extendida.

La hoja de luz estelar atravesó a la criatura, justo por debajo de lo que creía que era su caja torácica. El demonio no dejó de avanzar hasta que la parte superior de su cuerpo se desprendió de la inferior y cayó a la calle, retorciéndose. Volví a dispararle por si acaso. Su cuerpo cercenado ardió en altas llamas blancas, dejando solo un montón de ceniza cuando se apagó el fuego.

Giré la cabeza y vi pasar a un grupo de humanos que me hacían fotos y me miraban con cara de estar en un psiquiátrico. Por supuesto, parecía que estaba luchando contra un enemigo imaginario, ya que los humanos no podían ver lo paranormal.

Los saludé, sonreí para una foto y los vi alejarse corriendo, asustados de que la loca se volviera contra ellos.

Me tomé un momento para mirar a Shay. Me miraba con los ojos muy abiertos. Vi algo de miedo, pero también admiración, envidia y emoción: la posibilidad de que algún día pudiera hacer esto con su

propia magia.

Cuando volví a mirar a los tres Brujos Oscuros, otro estaba de rodillas, dibujando símbolos alrededor de su círculo de invocación.

Oímos un trueno y otro demonio se situó en el círculo, esta vez mucho más grande.

La criatura imposible de las pesadillas tenía una gruesa piel de cuero, pelaje, garras y colmillos. En la parte frontal de su cráneo plano había un racimo de ojos rojos. Parecía un cruce entre una rata gigante, un caimán y un escorpión. Su cola terminaba en una gruesa garra que se movía amenazadoramente de un lado a otro.

—Hay otro —gritó Bellamy.

—Lo sé. Puedo verlo.

El corazón me latía con fuerza mientras las energías demoníacas nos rodeaban. El Brujo Oscuro gritó algo en un idioma que no pude captar. Pero entendí su significado.

El demonio giró su fea cabeza, con todos sus ojos puestos en mí. Y entonces giró sobre sí mismo y saltó hacia mí más rápido de lo que creía posible.

Mierda. Tiré de mi luz estelar, esperando sentir el poder recorriendo mi cuerpo, pero no sentí nada.

Miré al cielo. Una enorme nube gris oscuro la cubría.

Doble mierda.

Volví a mirar hacia abajo. Con un borrón, algo duro que olía fuertemente a heces se estrelló contra mí.

El demonio chocó conmigo y grité. No, el que gritó fue Bellamy.

Caímos juntos al suelo. La criatura gruñó y chasqueó. Jadeé cuando su peso me aplastó los pulmones y se me escapó el aliento. Le di una patada con las piernas, mis botas conectaron con sus tripas, y el demonio cayó hacia atrás. Me puse en pie de un salto justo cuando volvía a abalanzarse sobre mí en un destello de garras y dientes.

Estas eran las veces que deseaba que mi magia estelar no fuera tan limitada o que pudiera recurrir de algún modo a la magia elemental, a cualquier cosa como apoyo. Pero la vida no me dio esos dones.

Me agaché, giré y logré escapar de su cola mientras la blandía contra mí como un martillo gigante.

—No juegas limpio. ¿Verdad? —siseé, mirando al cielo y esperando ver un destello de estrellas en el cielo nocturno. Nop. Solo un enorme y feo manto de nubes oscuras.

El demonio se detuvo y levantó la cabeza como si estuviera oliendo algo. Luego se giró lentamente en dirección al carro aparcado tras el que se ocultaba Shay. Sus ojos brillaron con hambre mientras la enfocaba.

Y entonces atacó.

—¡No! ¡Aquí! ¡Aquí! —El pánico me recorrió las venas al ver los

ojos aterrorizados de Shay. Era imposible que pudiera luchar contra un demonio de ese tamaño. Era solo una niña.

—¡Aléjate de ella! —Mis piernas se movieron antes de que supiera lo que estaba haciendo. Puede que no tuviera mi magia estelar, pero aún tenía el peso de mi cuerpo y unas cuantas lecciones de combate uno contra uno.

Golpeé al demonio en el costado con un derribo al estilo del fútbol americano y ambos caímos al suelo. Con el corazón palpitante, sabía que tenía que luchar contra él con mi cuerpo físico, que en realidad no estaba entrenado para ese tipo de cosas. Pero la idea de que aquel demonio pudiera herir, incluso matar, a mi hermana pequeña, la única familia que tenía, me sumió en una furia frenética.

Me aparté lo suficiente para poder ver e inhalar su pútrido hedor y le clavé los dedos en los ojos con toda la fuerza que pude. Me estremecí, porque era aún más repugnante de lo que había imaginado, pero era lo único que podía hacer.

Su sangre caliente me salpicó la cara y la mano mientras me alejaba dando tumbos. Me puse en pie y oí un gruñido furioso y chasqueante mientras el demonio se ponía en pie y se arañaba los ojos. ¿Lo había cegado? Ni idea, pero estaba segura de que ya no veía con claridad. Y lo había alejado de Shay.

Pero no tuve en cuenta su sentido del olfato.

Antes de que pudiera moverme, el demonio se lanzó en mi dirección. Una mano con garras me golpeó en la cara, y mi nariz y mejilla izquierda estallaron de dolor. Las estrellas se agolparon en mis ojos durante un segundo mientras una cálida humedad goteaba de mi nariz.

Auch.

—¡Detrás de ti! —gritó Bellamy.

Giré un poco demasiado rápido y vacilé en el acto.

Unos dientes afilados y húmedos se me echaron encima, chasqueándome la cara con saña. Pateé e hice contacto con una de sus patas mientras retrocedía tambaleándose. Levanté los puños, sin saber qué iba a hacer con ellos, pero supuse que eso era lo que debía hacer.

Los dientes se hundieron en la carne de mi brazo izquierdo extendido. Grité mientras el fuego me quemaba la piel donde los colmillos del demonio la habían perforado. Cerré el puño con la otra mano y le di un puñetazo en la cabeza, pero no me soltó. Le di otro puñetazo, y otro, y otro, pero la bestia seguía sin soltarse.

Oí un grito. Shay.

Una pizca de miedo me recorrió la espina dorsal, pero también sentí rabia y una abrumadora sensación de protección. O tal vez mi feroz instinto maternal se estaba poniendo en marcha. Llámalo como quieras, lo único que me importaba era mantener a salvo a Shay.

Con el brazo que me quedaba libre, estiré el brazo y le clavé los dedos en los múltiples ojos en rápida sucesión. La criatura se soltó. Me siseó y retrocedió.

Una chispa de luz parpadeó desde arriba. Miré hacia arriba, vi un gran trozo de cielo despejado y me puse en acción.

Tiré de mi luz estelar todo lo que pude y la lancé.

Un disparo de luz blanca alcanzó al demonio y le dio en el pecho.

La criatura estalló en llamas. Lanzó un grito horrible mientras se agitaba por la calle, con la boca abierta y los dientes chasqueando mientras las llamas lo consumían. Su aullido me erizó la piel. Encorvado, se tambaleó hacia mí, aún en llamas, y yo retrocedí.

El demonio estalló en una nube de ceniza gris. Ni siquiera esperé a que se asentara para atravesar el polvo que caía.

—¡Ahí hay otro! —aulló Bellamy. Era bueno señalando cosas, pero no era bueno ayudando.

Mis ojos se movieron hacia donde Bellamy señalaba. Efectivamente, otro demonio se dirigía hacia mí, un oso sin pelo con pinchos en la espalda, pero ya había tenido suficiente.

Sin dudarlo, busqué mi luz estelar en el interior, desatando mi voluntad mientras lanzaba mis manos contra el demonio oso. El globo blanco estalló en la criatura, iluminándola como un árbol de Navidad. La criatura se tambaleó y se desplomó, estallando en una nube de ceniza. El olor a carne quemada y podrida me provocó arcadas.

—Vamos, bastardos. Vengan.

Jadeando, me aferré a mi luz estelar, dejando que zumbara a través de mí. Miré a mi alrededor, dispuesta a convertirme en cenizas, pero no había más demonios dispuestos a devorarme.

Y cuando busqué en el lugar donde había visto por última vez a los Brujos Oscuros, también habían desaparecido.

16

Me senté a la mesa del comedor, con las manos entrelazadas alrededor de una taza de café. Era mi cuarta taza desde esta mañana. Era la una y media de la tarde y la cafeína aún no parecía hacer efecto. Quizá ya lo había hecho y yo estaba demasiado alterada por lo de anoche para notarlo.

—Oh, vaya —Elsa bajó la cabeza para inspeccionarme mejor—. Tienes un aspecto horrible.

—Me siento peor que eso —el agotamiento causado por el poder de la luz de las Estrellas a la mañana siguiente estaba ahí, como siempre, como una mala resaca. Pero era más que eso. No estaba acostumbrada al drenaje emocional, el sentimiento abrumador de la posibilidad de perder a Shay. No estaba acostumbrada a eso. A ese miedo, ese pánico. ¿Habría conseguido volver al hotel si me hubiera pasado algo? ¿Bellamy habría huido? Probablemente. Y se habría quedado sola.

Elsa le dio un sorbo a su café, puso la taza en la mesa y volvió a mirarme.

—¿Reconociste a los brujos que te atacaron? No puedo creer que le hicieran algo así a otra bruja. Pero ahí lo tienes. Nuestro mundo se ha vuelto loco.

Negué con la cabeza.

—No. También le pregunté a Bellamy antes de enviarlo a casa de Valen, pero no los reconoció —Después de vencer a los demonios y de que los Brujos Oscuros se marcharan, llevé a Bellamy y a Shay conmigo de vuelta al hotel. Una vez que empezó a lloriquear ante la posibilidad de que aquellos que lo querían muerto, principalmente Darius, fueran amigos del Hotel Twilight, lo llevé arrastrando a casa de Valen, que quedaba justo al lado.

Cuando Valen abrió la puerta, le dediqué mi mejor sonrisa.

—Te deberé mucho, pero ¿podrías cuidar de este tipo un rato? No quiere quedarse en el hotel.

Valen había cruzado los brazos sobre su amplio pecho, mirando fijamente a Bellamy.

—Me acuerdo de ti. Viniste al restaurante. Eres Bellamy, el científico brujo.

Bellamy había sonreído con orgullo, pensando que su reputación le precedía.

—Así es. ¿Y tú eres?

—Tu nuevo niñero —Lo empujé dentro y lo senté en una silla—. Valen aquí sabe exactamente quién eres y lo que hiciste. Así que si fuera tú me callaría —Miré al gigante, que le sonreía a Shay y le decía algo que la hizo sonreír—. No le quites los ojos de encima. Le gusta desaparecer.

—Estaba corriendo por mi vida. Hay una diferencia —dijo el brujo científico, admirando el apartamento de Valen—. ¿Cuánto cuesta un lugar como este? ¿Cuánto mide en metros cuadrados?

Miré la cara de Valen y vi un destello de irritación.

—Bien. Te deberé mucho, mucho.

Al oír eso, la cara del gigante se ensanchó en una sonrisa.

—¿Qué mucho, exactamente?

Me di cuenta por el deseo en sus ojos de lo mucho que le debería por esto. No me importó lo más mínimo.

—Hablaremos de eso más tarde, pero ¿él puede quedarse contigo?

Valen asintió.

—Claro. Lo vigilaré. No te preocupes.

Bellamy pareció encogerse en su silla al oír aquello.

Solté un suspiro.

—Estupendo. Gracias. Vamos, Shay. Creo que tenemos que reanimar a Elsa.

Agradecí que Valen hubiera aceptado que Bellamy se quedara con él. Ahora que Shay se quedaba conmigo, no tenía exactamente espacio para el científico brujo. El sofá habría sido su nueva cama si Valen se hubiera negado. El apartamento estaría abarrotado, pero nos las habríamos arreglado si eso significaba una oportunidad de limpiar mi nombre.

—¿Y crees que trabajaban para ese tal Darius? —preguntó Elsa.

Tomé un trago de café, esperé a que la cafeína hiciera efecto, no pasó nada y dije:

—Sí. Quieren a Bellamy muerto. Si no lo hubiera encontrado cuando lo hice, lo habrían matado.

Elsa emitió un sonido de acuerdo en su garganta.

—Y entonces habrías perdido a tu testigo clave.

Me bebí lo que quedaba de café.

—Tengo que enseñarle a Shay a usar sus poderes. Sigo pensando que si algo hubiera salido mal, se habría quedado sola con Bellamy, lo que significa estar sola definitivamente. Esos Brujos Oscuros la habrían matado. Estuvo cerca —La tensión recorrió mi cuerpo al recordar el rostro asustado de Shay—. Necesita aprender a luchar. A cómo protegerse.

—Me parece sensato —dijo Elsa—. También está en una buena edad. No es demasiado mayor para estar acostumbrada y tampoco demasiado joven para carecer de control. ¿Cuándo empezarás? —Elsa

me miró a la cara, curiosa.

—Enseguida. Empezaremos esta noche. Habrá cielo despejado. Lo he comprobado.

—Bien —Elsa golpeó con los dedos su taza—. Será bueno para ti y para Shay.

—¿Qué quieres decir?

—Es hora de que pasen tiempo juntas. Qué mejor manera que con esa magia similar de ustedes.

No había pensado en eso. Mis ojos se dirigieron a la habitación de Shay. Tenía la puerta cerrada y sabía que estaba allí jugando con su tableta. La idea de que se hubiera adaptado a su nueva vida hizo que se me quitara un poco el estrés de encima.

—Parece que a Shay le encanta su nueva habitación. Estuvieron increíbles decorándola.

—Gracias —Elsa se aferró a su medallón vintage alrededor de su cuello—. Casi me da un infarto cuando recibí tu mensaje anoche. Cuando fui a ver su habitación y vi que ella no estaba... Que la diosa me ayude. Casi me muero.

Sonreí.

—Me lo imaginaba.

—Dylan también solía escaparse de casa, cuando tenía quince años —dijo Elsa, sonriendo ante el lejano recuerdo—. Pero era larguirucho y desgarbado, siempre hacía mucho ruido intentando salir por la ventana. Yo le oía siempre. No le decía nada, claro, porque lo sabía. ¿Pero a ella? Nunca oí ni pío. Pequeña escurridiza.

Me reí.

—Muy escurridiza.

—No puedo creer que te siguiera. ¿En qué estaba pensando?

Una pequeña puñalada me atravesó las tripas.

—Quería ayudarme a encontrar a Bellamy.

—Bueno, su corazón está en el lugar correcto, pero tendrás que trabajar en su forma de pensar. Es demasiado joven para vagar por la ciudad de noche. Sobre todo si los ángeles la persiguen —Elsa se levantó y dejó la taza de café vacía en el fregadero—. Al menos ahora tienes a Bellamy. Valen le echará un ojo; tú solo observa.

Eso me hizo reír.

—Lo sé.

—¿Y la segunda ubicación de la joya?

—Iré después de mi sesión de entrenamiento con Shay —Tenía la sensación de que este entrenamiento no solo la ayudaría en caso de que se le cruzara un ángel, sino que también le daría confianza en sí misma, algo de lo que veía que carecía. Y no por culpa suya. Haber sufrido lo que ella había sufrido y ser arrojada a un nuevo entorno le podía causar eso a una jovencita como ella. Era inevitable.

—¿Crees que puedes vigilarla de nuevo? ¿Esta noche? —Me había prometido que no volvería a escaparse, pero tenía la sensación de que lo haría a la primera oportunidad. Todavía no entendía lo peligroso que era para ella. Dependía de mí mantenerla a salvo.

Elsa apoyó las palmas de las manos en el mostrador, con una mirada decidida.

—Esta vez la vigilaré como un halcón. Me engañó una vez, y fue la única y última.

Me reí.

—Te creo. ¿Dónde están Jade y Julian? No los he visto desde anoche.

Elsa se lavó las manos en el fregadero y se las secó en un paño de cocina. Cuando levantó la vista hacia mí, tenía una sonrisa astuta en los labios.

—Bueno, han estado...

—¡Leana! Qué bien. Ya estás aquí.

Basil entró marchando en mi apartamento, con la cara manchada y retorcida por la inquietud. Una red para mariposas colgaba de su mano.

—Tienes que bajar conmigo ahora mismo.

Levanté una ceja.

—¿Ah, sí? —Mis ojos se dirigieron directamente a la puerta de Shay. Maldita sea. Aún no había hablado de mi nueva compañera de piso con Basil. Pero Jimmy lo sabía, así que con suerte Basil no nos echaría de momento.

Basil estaba de pie con una mano en la cadera mientras con la otra señalaba el interior de mi apartamento, mirando a su alrededor. Entonces sus ojos se posaron en mí.

—Sigues quedándote en este precioso apartamento, cuando *técnicamente* pertenece a Oric, el nuevo Merlín. Así que no tienes más remedio que ayudar.

Miré a Elsa, que parecía tan molesta como yo por sus palabras.

—¿Ayudarte en qué, exactamente? ¿Y por qué llevas una red en la mano?

—Ven. Ven. Rápido —dijo Basil por encima del hombro mientras salía de mi apartamento.

Me levanté.

—Elsa. ¿Puedes...? —Mis ojos se dirigieron a la habitación de Shay.

—Yo la vigilaré —respondió la bruja mayor—. Tú ve a ver qué quiere.

—Gracias —Corrí tras el pequeño brujo y me reuní con él en el ascensor de espera—. ¿Qué necesitas de mí? —le pregunté mientras el ascensor iniciaba su descenso.

—La reputación del hotel está en peligro —Basil levantó las manos, un poco exageradamente, lo que me recordó a Bellamy—. Después de todo el trabajo que he realizado para mejorar la reputación del hotel, vuelve a estar en peligro. Es una catástrofe. Creía que te habías ocupado de nuestro —bajó la voz—, problema con el demonio.

—Lo hice. No hay demonios en el hotel —A menos que Julian y Jade hubieran invocado a un demonio, cosa que dudaba que hicieran o pudieran hacer en pleno día. No entendía cómo podía haber un demonio en el hotel. Especialmente con las fuertes guardas de protección. No había grietas. De eso estaba segura.

—Te equivocas. Algo está alejando a los huéspedes. Algo maligno sigue aquí. Está por todas partes. En cada piso. Se siente como un ataque directo contra mí.

—¿Por qué Oric no puede encargarse de eso? ¿No es tu nuevo Merlín?

Basil negó con la cabeza. Sus labios se apretaron con fuerza, pareciendo casi blancos.

—¿Basil?

Oí los gritos antes de que se abrieran las puertas del ascensor. El vestíbulo era una zona de guerra.

Cientos de diminutos humanos del tamaño de manzanas agitaban alas multicolores que parecían pertenecer a mariposas mientras corrían por el vestíbulo, dejando estelas de polvo brillante a su paso como si lloviera purpurina.

—¿Tienes duendecillos? —dije al salir del ascensor.

Los duendecillos se lanzaron en picada y volaron por el vestíbulo como una multitud de avispas gigantes y furiosas. El zumbido de las alas llegó hasta mí y me agaché cuando una multitud de duendecillos voló hacia mí, con sus pequeñas manos llenas de garras hacia mis ojos.

Técnicamente, estos paranormales en miniatura no eran peligrosos, a no ser que los enfadaras hiriendo a uno de los suyos o robándoles, que era lo que parecía.

Un grupo de duendecillos tenía a un metamorfo inmovilizado contra la pared del fondo, junto a uno de los sofás del vestíbulo. Sus ojos se abrieron de par en par mientras les daba manotazos, pero los duendecillos fueron demasiado rápidos y se acercaron, arañándole la cara, los brazos y cualquier lugar donde se le viera la piel.

—Aléjense. Aléjense de mí —Errol se agachó detrás del mostrador, agitando los brazos por encima de la cabeza, tratando de aplastar a los dos duendecillos que se lanzaban sobre su cabeza con pequeñas cuchillas en las manos.

Una pareja se escondía detrás de una de las sillas del vestíbulo, a mi derecha, con la cara cortada y sangrando por múltiples heridas.

Divisé a Oric. Estaba de pie con los pies en posición defensiva mientras lanzaba bolas de energía púrpura a los duendecillos, pero seguía fallando. Y seguía haciendo agujeros en las paredes del hotel. Ay, cielos.

Cuando descubrí a Julian apoyado en la pared más alejada, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de satisfacción en el rostro, supe que se trataba de otro de sus planes maestros para deshacerse de Oric. No podía ver a Jade por ninguna parte, pero tenía la sensación de que no estaba muy lejos.

—Toma —Basil me tendió la red de mariposas—. Encárgate tú de esto.

Le miré con el ceño fruncido, dándome una orden como si aún trabajara para él. Por supuesto, podría haberle dicho que no, pero tenía que pensar en Shay.

—De acuerdo, con una condición.

Basil me miró como si le hubiera hablado en un idioma extranjero.

—¿Qué? ¿Qué quieres? ¿Dinero? —volvió a lanzarme la red, pero no la cogí.

Los duendecillos se lanzaron a la carga, estallando en nubes de destellos naranjas, azules, rojos y rosas mientras buceaban por el vestíbulo, con los ojos desorbitados de alegría maníaca. Se lo estaban pasando en grande.

Un huésped aulló al lanzar lo que parecía una toalla del hotel contra un duendecillo, falló y casi tropezó con sus propias piernas. El duendecillo —no podía distinguir entre macho y hembra a la velocidad a la que se desplazaban— se elevó y salió disparado hacia el huésped en una nube de destellos rojos y cuchillos relucientes.

Basil entornó los ojos.

—¡No te quedes ahí parada! ¡*Haz* algo! —gritó y golpeó a un duendecillo—. Están atacando a los huéspedes. Están arruinando mi reputación.

—Tengo una hermana —empecé, disfrutando del espectáculo de la guerra de duendecillos.

—¡¿A quién le importa?! —Basil volvió a lanzarme la red.

—Quiero que se quede conmigo en mi habitación de visitas. Quiero que viva conmigo y quiero que tú estés de acuerdo. ¿Trato hecho?

—Sí. Sí. Toma. Agárrala —Basil me empujó la red, y esta vez la tomé. Aunque dudaba que sirviera de algo.

—Estupendo. Gracias —Me alejé de Basil y me dirigí al centro del vestíbulo. No estaba segura de qué podía hacer para detener la locura de los duendecillos, pero esperaba tener razón en esto. Miré a Julian, que asintió con la cabeza.

Vale, ahora me guiaba por mi instinto. Me agaché cuando un duendecillo se lanzó en picado sobre mi cabeza, luego me enderecé y

levanté las manos, murmurando cosas sin sentido en voz baja. Basil sabía que yo era una bruja de luz estelar, pero no sabía que mi magia estaba limitada durante el día. No mucha gente lo sabía, así que iba a aprovecharme de su ignorancia.

Eché un vistazo a mi alrededor mientras seguía murmurando y agitando las manos para aparentar, y vi a Julian hablando con un duendecillo vestido de verde, sobre su hombro. El duendecillo despegó e hizo unas cuantas piruetas por el vestíbulo, con el puño en alto, como si estuviera dando algún tipo de señal. Luego, uno a uno, los duendecillos se reunieron en bandada y salieron volando por la puerta principal del vestíbulo, que Jade tenía abierta en ese momento.

Me sonrió cuando la miré a los ojos. Tuve que morderme el interior de la mejilla para no reírme. Esto era demasiado bueno. A este paso, Oric sería despedido al final de la semana. O eso esperaba.

—Gracias a la diosa —Basil entró paseando por el vestíbulo y fue directo hacia Oric—. Gracias, Oric. Lo has hecho bien.

—¿Gracias, Oric? —siseé lo suficientemente alto como para que él y Basil me miraran. Oric me miró enfadado y, si no le conociera, diría que sabía que se la habían jugado.

Basil tuvo el valor de parecer un poco avergonzado, y luego se despidió mientras levantaba las manos y se dirigía a los huéspedes restantes.

—Se acabó. Los duendecillos se han ido. Solo era un pequeño percance —se rio como si no fuera para tanto—. Se servirá comida gratis en el comedor para todos los huéspedes.

—Pequeña mierda —dije. Una parte de mí quería acercarse a Julian y que volviera a llamar a sus duendecillos.

—Una gran mierda —dijo Jade mientras se unía a mí—. No te preocupes. Hay muchos más de donde vinieron esos.

Pero yo estaba preocupada. Acababa de contarle a Basil lo de mi hermana. Y si era tan leal, temía que no fuera bueno para mí. O para Shay.

Pero no fue eso lo que hizo que mi respiración se entrecortara y que un repentino pinchazo de hielo me recorriera la espalda.

Fue el brujo de pelo plateado que acababa de entrar en el hotel.

Darius estaba en el vestíbulo.

Oh, mierda.

17

El Brujo Oscuro entró en el hotel como si fuera su dueño. Tal vez lo era. Se comportaba con cierta sofisticación intelectual. Tenía una expresión cuidadosamente inexpresiva, que yo sabía que era tan oscura y vacía como el corazón de un político corrupto.

Llevaba un traje de tres piezas similar, de tela gris oscura, que le quedaba bien en todas partes, como si tuviera un sastre personal. Su larga melena plateada brillaba bajo las luces del vestíbulo. Vale, tenía buen pelo. Pero seguía siendo un imbécil.

—¿Quién es? —susurró Jade, mirando con los ojos muy abiertos al miembro del Consejo Gris.

—Es Darius —murmuré. Una parte loca de mí quería estirar la mano y tirar de su coleta plateada. Vi que Julian se apartaba de la pared y se acercaba lentamente a Jade y a mí.

—Ese es Darius —le susurró Jade a Julian.

Julian asintió.

—Eso es lo que yo pensaba. ¿Qué demonios hace aquí?

Buena pregunta. Definitivamente no estaba aquí para quedarse en una de las habitaciones de huéspedes. No. Estaba aquí por mí.

Dos hombres de aspecto rudo caminaban detrás de él: a uno lo reconocí como mi carcelero, Ben, pero al otro no lo había visto nunca. Darius me miró con sus ojos grises. No supe qué vi en su rostro. ¿Ira? ¿Desprecio? ¿Felicidad? ¿Quién sabe? Simplemente no me gustaba.

—Darius. Qué sorpresa —dijo Basil, con la voz aguda y sonando como un ratón asustado. Avanzó arrastrando los pies y se encontró con el miembro del Consejo Gris, parecía que tenía las piernas hechas de varillas de metal, la piel pálida y pastosa, como si estuviera a punto de vomitar. Parecía saber exactamente quién era Darius—. ¿Es un chequeo anual? —se rio nerviosamente, sonando como si tuviera hipo —. Verás que el hotel está en plena forma. A los huéspedes les encanta su estancia en el Hotel Twilight.

Resoplé. Algunos de los huéspedes seguían agazapados detrás de los muebles del vestíbulo. Pero a Darius no parecía importarle.

—No estoy aquí por asuntos del hotel —dijo el miembro del Consejo Gris—. Estoy aquí para hablar con Leana.

Al oír eso, vi que Basil se relajaba visiblemente. Demonios, parecía absolutamente eufórico ante la perspectiva de que estuvieran aquí por mí y no por él. Era difícil *no* odiarlo en ese momento.

—Si, por supuesto. Ahí está —Basil señaló en mi dirección. Y

cuando descubrió que lo miraba, sus ojos se abrieron de par en par y agitó las manos como una foca actuando en un SeaWorld, haciéndome un gesto para que me uniera a ellos.

Julian se inclinó hacia mí.

—¿Quieres que llame a mis amigos duendecillos? Solo tienes que decirlo.

Negué con la cabeza.

—No. Está bien. Pero si me pasara algo....

—¿Qué quieres decir? —El miedo apareció en el rostro de Jade.

—Prométanme que cuidarán de Shay. No tiene a nadie más.

—Eso no va a pasar —dijo Julian, sacudiendo la cabeza—. Pero sí. Sabes que cuidaremos de ella. Siempre nos tendrá a nosotros.

Era lo único, el único consuelo, que permitía a mis piernas avanzar. Mi pulso palpitaba mientras me unía a Darius y Basil.

—Ah. Aquí está —dijo Basil. Me sonrió como si fuéramos viejos amigos y juntó sus manos temblorosas.

—Hola de nuevo, Leana —Las facciones de Darius se dibujaron en una sonrisa, pero su voz no era cálida. Todo era una apariencia.

Miré a Ben y luego al otro del bigote, al que iba a llamar... Bigotes. ¿Por qué no? Y luego volví a mirar al miembro del Consejo Gris.

—Darius. ¿Qué haces aquí? —Mi corazón latía con fuerza mientras mis niveles de estrés alcanzaban su punto máximo. Sabía por qué estaba aquí. Una de dos. La primera era saber sobre mi progreso en la Joya del Sol. La otra era que ya la había encontrado y estaba aquí para llevarme de vuelta a la cárcel. Para siempre.

Darius inclinó la cabeza.

—¿Podemos hablar en privado?

—Por supuesto —Basil me agarró del brazo—. Leana. Puedes usar mi oficina. Conoces el camino.

¿Conocer el camino? Prácticamente tuve sexo en tu escritorio.

—Excelente —dijo Darius. De nuevo sonreía, pero su voz era fría. También pude percibir un poco de urgencia en ella, como si solo estuviera aquí por asuntos urgentes, suyos y míos.

Sin mediar palabra, giré sobre mis talones y me dirigí al despacho de Basil. Entré y miré el escritorio. Mi cara se sonrojó al recordar el suceso *corporal* que casi había ocurrido. Me desplacé hacia el lado izquierdo del despacho, hasta la pared, poniendo tanta distancia como pude entre Darius y yo.

El Brujo Oscuro de pelo plateado entró y cerró la puerta justo antes de que viera a Ben y a Bigotes flanqueando ambos lados de la puerta como gorilas, probablemente para evitar que alguien nos molestara.

Crucé los brazos sobre el pecho para dar la impresión de que no le tenía miedo, sino a lo que pudiera hacerme. Porque los dos sabíamos que podía hacer mucho. Podía cambiar mi vida en un abrir y cerrar de

ojos. Odiaba que me temblaran las manos, así que me las metí bajo las axilas.

—¿Estás aquí para volver a meter mi culo en la cárcel? —Acababa de recuperar a Bellamy. No había tenido ocasión de terminar el caso en el que estaba trabajando, el caso sobre Darius que estaba preparando para enviárselo a todos los miembros del Consejo Gris, con copias a todos los jefes de los paranormales de la ciudad.

Una sonrisa fría y serena se dibujó en los labios de Darius. Se acercó e inspeccionó el escritorio de Basil. Arrastró un dedo por la parte superior y luego se quitó lo que yo solo podía suponer que era polvo de los dedos.

—Todavía no —El brujo de pelo plateado se volvió y me miró a los ojos—. Aunque me decepcionan tus progresos.

Se me apretaron las tripas.

—Busqué en la iglesia. Por cierto, no está allí —No estaba segura de si ya lo sabía o no—. Voy a ir al convento esta noche. Tal vez la encuentre ahí. No es que no haya estado buscando. Lo he hecho. Y no me has dado exactamente muchas pistas. Ni siquiera sé cómo es la maldita joya. Ayudaría si supiera qué demonios estoy buscando.

La ira brilló en los ojos del Brujo Oscuro.

—Ya deberías haberla encontrado. El hecho de que no lo hayas hecho indica que no te lo estás tomando en serio. Me dice que crees que es una broma. Confía en mí, Leana. Yo no juego.

Tal vez no de este tipo.

—Te creo. Y yo tampoco juego. Solo tengo una velocidad —le dije, con la cabeza mareada por lo rápido que me latía el corazón—. Ha habido algunas complicaciones. Nada que no pueda manejar. Estoy trabajando en ello.

—Con el brujo científico, supongo —El rostro de Darius estaba tenso por la ira reprimida. Ondas de su magia pulsaban alrededor de la habitación. Estaba furioso. Había estropeado sus planes de matar a Bellamy. Uy.

—Tal vez —No hay necesidad de mentir. Pero tampoco necesitaba saber la razón por la que salvé a Bellamy.

Darius me observó, y no pude evitar que un escalofrío me recorriera la espina dorsal ante la intensidad de su mirada.

—Tengo curiosidad. ¿Por qué estás tan interesada en él? Habría pensado que querrías... que *se ocuparan* de él después de lo que él y Adele te habían hecho pasar.

Me gustó cómo fingió que no era él quien daba órdenes a Adele en su proyecto OTH. Supongo que así es como iba a jugar.

Porque necesito que meta tu huesudo culo en la cárcel.

—Se pega más a uno con el tiempo. Como un hongo.

Darius hizo un sonido de decepción en su garganta.

—Es débil. Los débiles no tienen lugar entre los fuertes. Solo arrastran al resto de nosotros.

—Bueno, él pidió ayuda. Soy una Merlín. Es lo que hago. Ayudar a los necesitados —No exactamente, pero estaba hablando tonterías aquí.

—Tengo entendido que los Merlíns son más como investigadores. Buscan la verdad, persiguen criminales peligrosos y monstruos. ¿Verdad? ¿Cuándo se convirtieron los Merlíns en tristes niñeras?

Me encogí de hombros.

—A veces un trabajo crece y se convierte en otra cosa. Como cuidar del hotel. No es solo una tarea. Es una multitud de tareas, pero todas relacionadas con el bienestar del hotel.

Darius soltó una suave carcajada.

—Ya no trabajas para el hotel. Solo trabajas para mí.

—Claro —dije mientras intentaba calmar mi pánico creciente—. Así es —No tuve que preguntarle cómo lo sabía. El brujo era ingenioso.

—Eres demasiado lenta. Tienes que trabajar más rápido —La amenaza en su voz me crispó las entrañas. Darius caminó alrededor del escritorio, miró la silla como si pensara sentarse, pero luego se alejó al pensarlo mejor. En su lugar, se colocó detrás, con las manos en el respaldo—. ¿Es tu edad? ¿Te encuentras cansada? ¿Demasiado vieja para hacer este trabajo? Estás en ese punto de ruptura en el que las cosas empiezan a flaquear, en el que tu vista empieza a fallar, en el que tu belleza empieza a desvanecerse.

Entorné los ojos al notar el humor en su tono.

—No soy vieja. Me siento bien. Mejor que en años —¿No es verdad? Adiós, Martin. ¡Y hola, Valen! —Si crees que soy tan vieja e inútil, ¿por qué te molestaste en enviarme a hacer este trabajo? ¿Por qué no enviaste a Ben y a Bigotes? —Darius frunció el ceño, y yo continué—. Porque me necesitas. Me necesitas para encontrar esta joya, porque si tuviera que adivinar, ya lo has intentado antes y has fracasado. Y añadiré otra suposición: soy tu último recurso. No tienes a nadie más.

Darius dio una palmada.

—Muy bien, Leana. Sabía que había elegido bien cuando te seleccioné para el trabajo.

Negué con la cabeza.

—Como sea —El brujo era espeluznante, y el despacho de Basil de repente no tenía las mismas sensaciones excitantes que antes. Parecía una prisión. Como mi sucia celda. Y no veía la hora de salir.

La mirada del Brujo Oscuro me recorrió, y no me gustó lo *lenta* que fue antes de llegar de nuevo a mis ojos. Me hizo recordar la conversación que tuvimos la primera vez que nos vimos en mi celda,

cuando me dijo que si quería acostarse conmigo, sería por la fuerza.

—Te daré dos días más para encontrar la joya —dijo Darius—. Y si no lo haces, bueno, ya sabes lo que te pasará.

—Créeme, lo sé.

Mierda. No me gustaba la posición en la que me estaba poniendo. Pero me hizo darme cuenta de que, por alguna razón, me necesitaba para encontrar la joya. Parecía que tenía poco tiempo.

Esa información me ayudaría. Solo que aún no sabía cómo.

No tuve que decirle que no quería volver a ver el interior de mi celda nunca más porque era obvio que él ya lo sabía.

—Voy a encontrarla. Lo juro. Pero dos días es poco —dije, agradeciendo que mi voz fuera firme—. Necesito más tiempo.

—Dos días —repitió Darius—. Si no puedes recuperar la joya en dos días, ya no me serás útil.

Un gran peso me oprimió el pecho y tragué saliva. Dos días no era mucho. Pero tenía que hacerlo. De lo contrario, me volverían a meter en esa celda por segunda vez, y Shay estaría sola. Bueno, ya no. Tendría a la pandilla del piso trece. Sin embargo, tenía la desagradable sensación de que Darius no cumpliría con su parte del trato. No. Sería la siguiente si cazaba a Bellamy para deshacerse de todas las pruebas. Estaba segura de ello. Nunca vería el interior de esa celda porque me mataría.

—Necesitaré que tus hombres se alejen de Bellamy —dije—. No puedo estar pensando en él cuando necesito estar buscando tu joya.

—Hecho —Darius sonrió. Ni siquiera intentó fingir que no estaba cazando al científico brujo.

Parecía estar de un humor más ligero. Iba a usar eso.

—¿Puedes decirme qué hace esa joya? Si lo supiera, me ayudaría. Sabría qué buscar.

—Ya te lo he dicho —dijo el Brujo Oscuro, con cierta irritación en su tono—. Tú eres todo lo que se necesita para encontrar la Joya del Sol. Nada más. Y la encontrarás. No me hagas empezar a matar a tus amigos, porque lo haré. Si eso significa que trabajarás más rápido.

Cuando lo fulminé con la mirada, sus ojos grises eran tan despiadados como la agitación de una tormenta de invierno.

Bastardo.

—La encontraré —Incluso si lo hacía, y lo haría, sabía que Darius nunca me dejaría vivir después de eso. No después de verlo así. No después de lo que le estaba haciendo a Bellamy. Necesitaba un plan mejor.

—Muy bien. Tengo fe en tus habilidades —Darius se apartó de la silla y rodeó el escritorio. Se ajustó los puños de las mangas—. Recuerda, Leana. Dos días.

Apreté la mandíbula, tratando de sofocar el creciente temor en mi

vientre.

—Ya te oí la primera vez.

Cuando Darius llegó a la puerta, se dio la vuelta y dijo:

—Tic tac —y cerró la puerta del despacho tras de sí.

18

—Otra vez.

Estaba en el tejado del Hotel Twilight bajo un cielo nocturno despejado. Julian, Jade y Elsa estaban sentados en sillas plegables, observando, esperando a que una niña de once años adquiriera su poder. Pero hasta ahora, Shay no nos había mostrado ni una gota de magia. Y llevábamos así una media hora.

Shay se encogió de hombros.

—No estoy segura de lo que se supone que debo hacer.

—Vale —planté los pies junto a ella—. Quizá voy demasiado rápido.

—Lo vas —coincidió Elsa. Me señaló con el dedo—. Pasitos de bebé, Leana.

Le hice una mueca a la bruja mayor y volví a centrarme en Shay.

—Verás, la magia de la luz de las estrellas como la nuestra, no viene de este lugar, de esta tierra, así que tenemos que recurrir a ella y tomarla. Desde muy arriba —señalé al cielo, como si ella no lo supiera ya—. En algún lugar, una constelación de estrellas responderá ante ti y solo ante ti. Esa es *tu* fuente de poder.

Los ojos verdes de Shay eran oscuros bajo el cielo nocturno.

—¿Tienes más de una estrella?

Sonreí ante su curiosidad.

—Sí que tengo. Tres estrellas. Un sistema estelar triple llamado Alfa Centauri.

Shay parpadeó mirando al cielo.

—¿Crees que esas también serán mis estrellas?

Me encogí de hombros.

—No. Pero lo sentirás cuando estés preparada. Las estrellas te lo dirán.

—¿Cómo?

—Se te mostrarán, en cierto modo, supongo —No estoy segura de que esas fueran las palabras correctas. Dios, era mala en esto.

—¿Cómo?

Exhalé.

—Es difícil de explicar. Pero sentirás una conexión con esas estrellas. Una especie de tirón en tu vientre. Como un vínculo. Un vínculo muy fuerte. Una vez que sepas cuáles son tus estrellas, de dónde viene tu magia estelar, podrás recurrir fácilmente a tus poderes.

—Bueno —Shay no parecía convencida, o tal vez era demasiada

información para ella tan pronto.

—Hay una cosa que tienes que recordar y que es muy importante —dije, intentando leer su cara para ver si toda esta información le estaba calando o se le estaba pasando por la cabeza.

Shay frunció los labios.

—¿Cómo qué?

—Bueno, tienes que recordar que nuestra magia es diferente a la de otros brujos —Al ver que fruncía el ceño, añadí—: No es que sea mala ni nada de eso. Solo que es diferente.

—Lo diferente no tiene nada de malo —dijo Elsa—. Solo significa que eres especial.

—Seh —resopló Jade, dándose golpecitos en las muñecas con sus pulseras de plástico multicolor—. Todas somos *muy* especiales.

Una chispa se encendió en los ojos de Shay ante el comentario de Elsa. Qué bien. Necesitaba que se sintiera especial. Le ayudaría a atraer su poder. Le daría un poco de esa confianza que le faltaba. La convicción era una parte importante a la hora de extraer magia de cualquier fuente.

—Nuestra magia es diferente —continué—. No podemos invocar la magia de los elementos. No podemos invocar el fuego o el viento como Elsa y Jade. Tampoco podemos invocar demonios, tampoco es que deberías. ¿Ves adónde quiero llegar?

Shay se encogió de hombros.

—Sí, todas esas cosas suenan geniales, pero nuestra magia también lo es. Es única. Rara. Y a veces las cosas raras tienen sus propios retos.

—Dímelo a mí —Julian dio un sorbo a su cerveza—. Ni siquiera sabe que existo.

Sacudí la cabeza, sabiendo que se refería a la madre de los gemelos, Cassandra. Ni hablar.

Apreté la mandíbula y volví a intentarlo.

—Lo que pasa es que nuestra magia está restringida durante el día. Nuestra magia es más fuerte por la noche, cuando brillan las estrellas. Verás, aunque el sol es técnicamente una estrella, es una estrella matona.

—Odio a los matones —Shay me miró fijamente, con el ceño fruncido.

—Yo también. Y este grandulón nos impide extraer nuestro poder de las Estrellas durante el día. Aún puedes sentir el poder de las Estrellas durante el día, pero será difícil aprovechar su energía. La mayor parte del tiempo, no funciona. Y a veces, cuando está nublado por la noche, nuestra magia puede ser... defectuosa. No siempre funciona —Vaya. Eso sonó patético.

La cara de Shay pasó de la curiosidad al abatimiento en un instante.

—Entonces, nuestra magia apesta.

Jade se atragantó con su vino. Sí, ella y Elsa estaban compartiendo una botella.

A veces era un asco cuando necesitabas que tu magia te salvara el culo, pero no podías alcanzarla. Pero no iba a decírselo. Ella tenía que creer en su magia primero, y luego la soltaría.

—Nuestra magia no apesta. Te lo demostraré.

Tomé aire, miré al cielo nocturno, salpicado de estrellas deslumbrantes, y recurrí a mis tres estrellas, invocando su energía mágica. Sentí un tirón en mi aura cuando respondió.

La energía me invadió. Levanté la palma y una deslumbrante esfera de luz, como un globo de nieve, flotó sobre mi mano.

Shay se inclinó hacia mí, con la cara iluminada por mi luz estelar.

—Genial.

Sonreí.

—Mira esto —Y entonces soplé en la palma de la mano.

El globo se elevó en el aire, colgando justo por encima de nuestras cabezas, y luego, con un estallido, estalló en miles de diminutas estrellas de luz. Moví la mano hacia la derecha. Las estrellas en miniatura se movieron conmigo, dejando a su paso rastros de partículas brillantes. Luego deslicé la mano hacia la izquierda, y de nuevo las estrellas diminutas me siguieron.

—Son mis luces estelares —le dije—. En cierto modo, son como una prolongación de mí. Siento lo que ellas sienten —dije, dándome cuenta de que probablemente no tenía sentido para ella—. Puedo llegar a ellas con mis sentidos, y ellas pueden decirme si acecha el peligro.

—¿Te informan? —Shay miraba las estrellas como si quisiera cogerlas.

—Exacto —Miré a mis amigos, sentados en sus sillas, y sus ojos seguían mis luces estelares como si estuvieran hipnotizados por ellas. Supongo que no se veía ese tipo de magia a menudo.

—Son como tus amigos —La emoción en la voz de Shay fue como una punzada física en mi pecho. Seguía mirando mis luces estelares con nostalgia, como si tuviera las suyas propias y no se sintiera tan sola.

—Sí, tienes razón —dijo Elsa, y la tristeza brilló en sus ojos cuando la miré. Los ojos de Jade también brillaban, y Julian miraba al suelo, con aspecto incómodo.

—Shay. ¿No te ha contado tu madre todo esto?

—No —dijo la joven, con la mirada fija en las luces de las estrellas —. Nunca hablamos de ello.

—¿Por qué? ¿Por qué no te preparó? —Una bruja con un hijo tenía la responsabilidad de enseñarle e informarle con su propia magia.

Dejar que los brujos se valieran por sí mismos era peligroso. Imprudente. Y no entendía por qué su madre nunca le enseñó nada.

—Tenía miedo —respondió Shay al cabo de un momento—. Pensó que si lo hacía, nos encontrarían. Que yo desencadenaría algo —Su rostro se ensombreció—. ¿Qué importaba? Nos encontraron de todos modos.

Ah, mierda. Este no era el camino a seguir. Necesitaba que estuviera emocionada y concentrada. No triste o deprimida o culpable por lo que le pasó a su madre. Porque sabía que parte de ella se culpaba por la muerte de su madre.

—Shay... —solté un suspiro—. Lo que pasó... ¡No! —Intenté apartarle la mano, pero era demasiado tarde.

Shay extendió la mano y agarró una de mis luces estelares.

Oí gritos, la voz de Elsa, o quizá la de Julian. Muy agudos.

El pánico se disparó en mi interior mientras atrapaba las manos de Shay con las mías.

Pero entonces ocurrió lo más extraño.

Shay no se había hecho daño y tampoco había soltado aquella pequeña luz estelar. Tenía una extraña sonrisa en la cara mientras sostenía la estrella entre las manos. Permanecía allí, brillando como un duendecillo domesticado.

¿Qué demonios?

—¿Ha pasado esto antes? —Elsa estaba a mi lado—. ¿Pueden otros tocar tu magia?

Negué con la cabeza y solté a Shay.

—No. Nadie más que yo. Esto es... nuevo —Nadie había tocado nunca mi luz estelar. Bueno, a menos que contaras a todos los demonios y malvados que había matado con ella. Pero esto era diferente. La luz de las estrellas no lastimaba a Shay. No la quemaba. ¿Le gustaba?

—Es porque son hermanas —dijo Julian, sonriéndole a Shay, que parecía una chica totalmente distinta agarrada a esa única luz estelar de lo que había sido al principio de esta sesión de entrenamiento—. Tus luces estelares reconocen a la familia.

—Tal vez —En cierto modo, era cierto. No sabía cómo explicarlo. No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Shay debería haberse asustado, pero no fue así.

Mis otras estrellas seguían flotando en el aire a un lado, como si tampoco estuvieran seguras de lo que estaba pasando.

Shay extendió las manos. En lugar de volver a las demás, la luz estelar se desvió por encima de sus manos, igual que cuando yo la controlaba. Pero yo ya no la controlaba. Era ella.

Mi hermana me miró con la mayor sonrisa que le había visto hasta entonces.

—Mira.

Le devolví la sonrisa.

—Lo sé —Dios, esa niña era muy cuchi. Y su sonrisa casi me derretía el corazón.

—Vale, guao —dijo Jade, de pie cerca de Shay, pero no lo bastante como para que la luz de las estrellas la tocara—. A mí también me gustaría poder jugar con las luces estelares. Las envidio, chicas.

La sonrisa de Shay se transformó en algo parecido a una mezcla de curiosidad y determinación. Y antes de que pudiera detenerla —antes de que supiera lo que estaba a punto de hacer, porque aún nos estábamos conociendo—, se metió en mi bandada de luces estelares.

Respiré hondo, sin saber qué esperar. Estaba a punto de ponerle fin a la conexión con mis luces estelares a la primera señal de que Shay estuviera sufriendo, o en peligro.

Shay se quedó quieta mientras mis luces estelares corrían a su alrededor como un caleidoscopio de mariposas, animadas y alborotadas como si estuvieran saludando a un viejo amigo o a un familiar.

Extendí la mano hacia mis luces estelares, enviando mis sentidos. Recibí una fuerte dosis de emociones, afecto y amor.

Madre mía. Mis luces estelares... la *amaban*.

Shay soltó una risita mientras las luces estelares giraban alrededor de su cuerpo, levantándole el pelo y la ropa a medida que se acercaban y rodeaban a la joven bruja. Levantó los brazos y las luces estelares la siguieron, rodeando sus brazos y enroscándose como grandes brazaletes brillantes. Cuando se movía, las estrellas se movían con ella.

Julian silbó.

—Qué locura.

Los ojos de Jade se redondearon como pequeñas lunas.

—Total.

—¿Quién lo iba a creer? —Elsa tenía las manos entrelazadas alrededor de su medallón, con una sonrisa en la cara. Se le podían haber saltado las lágrimas—. ¿Han visto algo así? Es mágico.

Era mágico. Mágico como la luz de las estrellas. Si antes había tenido alguna duda de que era una Bruja de Luz Estelar como yo, ya no la tenía. Otra bruja no podría hacer lo que estaba haciendo, jugar con mi luz estelar, si no ella no fuera una Bruja de Luz Estelar. Y mi hermana.

Shay soltó otra carcajada mientras giraba sobre sí misma, con las luces estelares siguiéndola en cada movimiento como si fueran una extensión de ella.

No sabía qué significaba que mis luces estelares se comportaran como lo hacían. Tal vez fuera normal. ¿Quizá todas las Brujas de Luz

Estelar podían manipular la magia de otras luces estelares? Nunca había conocido a otra bruja como yo, así que básicamente no tenía ni idea. Y tampoco recordaba que mi madre me lo hubiera mencionado nunca.

Había aprendido algo nuevo esta noche. Había aprendido que Shay podía manipular *mis* luces estelares. ¿No es eso algo? Significaba que ella podía manipular las suyas.

—Bien, Shay, voy a dejar ir a mis luces estelares —dije, dando un paso adelante.

Shay bajó los brazos y un pequeño destello de tristeza cruzó su rostro.

—No —dijo—. No, por favor. Todavía no.

Odié la decepción que vi en su rostro. Pero tenía que hacerlo.

—Tienes que ser capaz de llamar a *tus* propias estrellas. No puedo estar siempre ahí para protegerte.

—Tiene razón —dijo Elsa, y miró a Shay—. Una bruja debe ser dueña de su magia.

—Te apoyo —Jade levantó su copa de vino—. Nunca se han dicho palabras más ciertas —Elsa le dio un codazo a Jade, lo que hizo reír a la bruja—. Me has hecho derramar el vino.

Parpadeé ante la luz de las luces estelares que seguían enroscadas alrededor de Shay.

—Tienes tus propias luces estelares —le dije—. ¿No quieres conocerlas?

Al oír eso, la niña sonrió y asintió.

—Bueno —Parecía aún más entusiasmada con la idea de tener sus propias luces estelares, como si le acabaran de regalar una docena de cachorros.

—De acuerdo —Me concentré en las luces y las dejé ir. Parpadearon una última vez y desaparecieron—. Tu turno. Todo lo que tienes que hacer es estirar la mano y tratar de encontrar tus estrellas. Deja que tus sentidos te guíen. Tu bruja interior. Las estrellas responderán.

Shay soltó un suspiro y me di cuenta de que estaba llena de entusiasmo mientras cerraba sus pequeñas manos en puños. Le temblaban cuando miró a las estrellas, con los ojos verdes muy abiertos.

—No siento nada —dijo al cabo de unos instantes.

—Quizá si cierras los ojos, eso te ayude a concentrarte —le ofrecí —. Así lo hice yo la primera vez —Siempre recordaré el momento en que mis estrellas me respondieron. Fue una sensación extraña. También fue el momento en que supe que nunca estaría sola. No con mis luces estelares.

—Piensa en cosas felices —sugirió Julian, y le fulminé con la

mirada—. Lo siento —Se rio—. Solo intentaba ayudar.

—Lo sé. Pero no funciona así.

—Déjalas en paz, Julian —Elsa tiró de su brazo y lo arrastró de vuelta a su silla. Jade las siguió. Empezaba a arrepentirme de mi decisión de dejar que se quedaran durante el entrenamiento de Shay. Mañana lo haríamos las dos solas. Eran una distracción demasiado grande. Una distracción feliz, pero distracción al fin y al cabo.

—No está funcionando —La derrota era pesada en la voz de Shay.

—Puedes hacerlo —le animé—. Las estrellas responderán. Ya lo verás. Sigue intentándolo.

Pero tras otra hora de lo mismo, no ocurría nada. La preocupación se abrió paso en mis entrañas. ¿Por qué no le respondían las estrellas?

—¿Cuánto tardaste? —Shay me miró. Pude ver la angustia en su rostro, la frustración.

—¿Una hora, quizá? ¿Quizá más? —Yo había tardado unos diez minutos, pero no podía decirle eso. No con esa expresión de desesperación en su rostro. Parecía destrozada.

Shay dejó de hablar después de eso. *Muy bien, Leana*. Se limitó a sacudir la cabeza y encogerse de hombros. Los demás se sumieron en un silencio incómodo. Nadie quería decir nada que solo hiciera sentir peor a Shay.

—Creo que es suficiente por esta noche —le toqué el hombro—. Lo has hecho bien. Lo has hecho increíble.

Shay ni siquiera me miró. Se limitó a encogerse de hombros.

—Tu magia estelar llegará —le dije, odiando la preocupación en mi tono mientras los demás recogían sus sillas plegables—. Volveremos a practicar mañana por la noche. Y la noche siguiente. Practicaremos todas las noches hasta que se te aparezca.

Mientras abandonábamos la azotea, no pude evitar preocuparme y preguntarme qué le estaría pasando a Shay. Yo tenía más o menos su edad cuando surgió mi magia. Ella debería ser capaz de aprovechar su luz estelar. No debería ser tan difícil.

No tenía sentido cuando ella era claramente una Bruja de Luz Estelar y podía incluso manipular *mi* luz estelar. ¿Acaso era posible que Shay no tuviera magia? ¿O magia propia? ¿Acaso era solo una especie de conducto de la magia?

Si eso fuera cierto, ¿por qué mi padre me dio la impresión de que la magia de Shay era todopoderosa? Si no era así, ¿por qué la perseguían los ángeles?

19

—No te preocupes. Cuidaremos de ella —dijo Elsa cuando cogí mi bolso y me lo colgué del hombro en el Hotel Twilight.

—Odio dejarla así, pero no tengo otra opción —No. Darius se aseguró de eso. Debería haberme quedado con ella toda la noche, viendo alguna película de acción o lo que fuera con lo que quisiera levantar el ánimo después de que no consiguiera invocar su magia estelar. Después de una noche así para una niña de once años, no debería volver a dejarla con mis amigos.

Miré hacia el salón. Shay estaba sentada junto a Julian, compartiendo un bol de palomitas mientras veían alguna película de acción en Netflix.

Peor aún, había cometido un error. Le había dicho a Basil que tenía una hermana. Si Darius se enteraba de que tenía una hermana, podría usarla en mi contra. Mierda. Debí haber mantenido mi bocota cerrada.

—Te veo luego, Shay —le dije en voz alta. Esperé a que se diera la vuelta, pero no lo hizo.

Julian me miró por encima de su cabeza y me dirigió una mirada comprensiva y un encogimiento de hombros. Parecía que Shay estaba enfadada conmigo. En su lugar, yo también lo estaría. Una parte de mí quería explicarle por qué había tenido que marcharme otra vez, pero era complicado. Y ella no necesitaba tener más preocupaciones en su cabeza de once años. Todavía existía la posibilidad de que acabara de nuevo en la cárcel. No quería que pensara en eso ahora. Solo quería que se concentrara en su magia. Con el tiempo, se mostraría. Solo tomaría un poco más de tiempo. Tal vez Shay estaba demasiado comprometida emocionalmente después de lo que había sufrido con la pérdida de su madre, lo que había visto. Tal vez solo necesitaba tiempo. O esto es lo que me decía a mí misma para sentirme un poco mejor.

La noche no empezaba con buen pie.

—Ve. Estará bien —Jade me dio una cálida sonrisa, viendo algo en mi cara—. Ve a hacer lo que tengas que hacer. La cuidaremos y te prometo que no escapará. Esta vez no —Se inclinó hacia delante y susurró—: Elsa va a poner un hechizo de bloqueo en la puerta en cuanto te vayas. Nunca podrá salir.

Elsa alzó las cejas y cuadró los hombros con orgullo. Tenía la sensación de que no era la primera vez que lo hacía.

—No irá a ninguna parte. Es una promesa.

No estaba segura de lo que pensaba, pero al menos sabía que estaría a salvo con ellos.

Lo que necesitaba era una conversación con Matiel. ¿Tenían celulares los ángeles? Lo dudaba. De ser así, estaba segura de que me habría dado su número antes de desaparecer. Había dicho que volvería. ¿Cuándo volvería? ¿En unos días? ¿Semanas? Simplemente la dejó y se fue. ¿Es eso lo que hacían los ángeles? ¿Venían a nuestro mundo para hacer visitas cortas y, cuando las cosas se ponían feas, se largaban?

No conocía la historia de Matiel y quería saber más. Más sobre él. De él *y* de mi madre. ¿Cómo rayos fue eso? Pero sobre todo más sobre Shay y los que habían matado a su madre. Tenía la impresión de que su madre había muerto protegiendo a su hija. ¿Estaría siempre en peligro la vida de Shay? El ángel debía responder a estas preguntas. Sabía que los brujos podían invocar demonios. Criaturas de otro mundo. Siguiendo esa lógica, entonces, ¿no eran los ángeles criaturas de otro mundo también? Tal vez pudiera encontrar a algún brujo que invocara a Matiel, para que pudiera responder algunas preguntas.

Pero primero, necesitaba seguir el plan. Y el plan era encontrar la joya, expulsar a Darius del Consejo Gris y recuperar mi vida. Un buen plan.

Después de dejar a una miserable Shay en el apartamento, fui en busca de la Joya del Sol. Mi primera parada fue el convento de las Hermanas de la Compasión. Estaba cerrado para los visitantes alrededor de las 09:05 p.m., así que, obviamente, usando mis luces estelares, me colé por una puerta trasera que daba a las cocinas. Aquí tampoco había disparado ninguna alarma. Bueno, por lo que pude oír.

Sin embargo, después de pasarme cincuenta minutos en el convento, registrando todas las plantas, todos los rincones, las mazmorras —técnicamente un sótano, pero ni siquiera podía llamarlo así porque era horrible—, incluso los baños, que necesitaban una buena reforma, la joya no estaba aquí.

Por eso a la media hora más tarde ya estaba subiendo las escaleras del psiquiátrico de Hell's Kitchen. Cuando llegué a la entrada, eran las diez y media. Sorprendentemente, las puertas no estaban cerradas. Supongo que pensaron que nadie era tan estúpido como para entrar de noche, como yo.

Esta era la última ubicación que Darius me había dado. La joya tenía que estar dentro de este lugar. Tenía que estar ahí. Y yo iba a encontrarla.

Aún no estaba segura de lo que iba a hacer cuando encontrara la maldita joya. Si la devolvía enseguida, Darius acabaría conmigo. Entonces Shay estaría sola. No *sola* sola, sino sin su hermana mayor.

Pero si me quedaba con la joya, lo más probable es que Darius también intentara matarme. Así que estaba en un aprieto. ¿Dársela? ¿No dársela? Ambas opciones acababan con mi vida. Esas no eran unas buenas probabilidades. Necesitaba encontrar la joya y luego encontrar a alguien de confianza en el Consejo Gris para defender mi caso. Con Bellamy ahora bajo la vigilancia de Valen, tenía todo lo que necesitaba. Solo tenía que tener a una persona de mi lado, preferiblemente alguien que tuviera un puesto en el Consejo Gris. ¿No dijo Valen que conocía a alguien? Tendría que preguntarle más tarde.

Una vez que tuviera la piedra en mi poder, iba a empezar a planear el derribo de Darius. Y tenía menos de dos días para hacerlo. Bueno, no. Tenía menos de un día y medio. Tenía que acelerar esto antes de que Darius pusiera en marcha su loco plan.

Más fácil decirlo que hacerlo. Pero siempre atrapaba al malo. Siempre.

Atravesé el vestíbulo hasta un largo pasillo que se bifurcaba en muchas direcciones con más pasillos y puertas. Mis botas repiqueteaban en el suelo pulido y duro, con un mar de habitaciones a ambos lados.

Nunca había estado en un pabellón psiquiátrico, y estaba claro que tenía aire de hospital: paredes blancas, olor a desinfectante y amoníaco, el susurro constante de los pitidos de las máquinas y los quejidos de los pacientes. Las luces fluorescentes parpadeaban débilmente mientras largas sombras se extendían desde puertas y pasillos.

Me asomé por la primera puerta. Un hombre yacía en una cama individual con sábanas blancas que cubrían su frágil cuerpo. Su cuero cabelludo se asomaba entre mechones de pelo blanco. Parecía un cadáver con la piel fina como el papel, agrietada y descamada. Tenía los ojos cerrados y, por un segundo, pensé que estaba muerto, pero entonces su pecho subió y bajó.

Seguí adelante. Necesitaba un lugar oculto a los ojos humanos, fuera de la vista, donde pudiera invocar la luz de las estrellas sin que me interrumpieran. Pasó junto a mí un celador vestido con su uniforme blanco. Hablaba por teléfono y ni siquiera me miró mientras caminaba por el pasillo. Qué raro. A estas horas, debería haber mirado hacia mí para asegurarse de que no era uno de los pacientes que deambulaban por ahí. Tal vez al tipo simplemente no le importaba.

Cuando me acerqué, había un puesto de enfermeras enfrente de mí. Estaba vacío. Supongo que aún no había llegado el turno de noche.

Lo tomé como una buena señal, lo que significaba que podía trabajar sin que los humanos me molestaran. Probablemente pensarían que era una de las pacientes.

Hablando de pacientes, me asomé por otra puerta abierta y me quedé helada.

Un hombre asiático, de unos sesenta años, estaba rebotando arriba y abajo desnudo sobre la cama. Y tenía una amiga. Una mujer caucásica mayor. Sí, ella también estaba desnuda. Partes de sus cuerpos saltaban y se golpeaban. Ya te lo imaginas. El hombre me vio y siguió rebotando mientras saludaba.

—Hola.

Le devolví el saludo.

—Hola —Iba a ser una de esas noches.

Sonriendo, seguí adelante hasta que llegué al final de la primera planta, encontré un sitio tranquilo junto a un carrito de enfermera e invoqué la luz de las estrellas...

Mi teléfono emitió un pitido.

Solté mi magia y saqué el teléfono, con las manos temblorosas por el repentino subidón de adrenalina.

—Si es Elsa diciéndome que Shay ha vuelto a escaparse, voy a necesitar una habitación aquí. Porque estoy a punto de volverme loca.

Suspiré por la nariz al ver el nombre de Valen junto a su mensaje de texto.

Valen: *¿Dónde estás?*

Yo: *Trabajando. ¿Es por Shay? ¿Está bien?*

Mis ojos se calentaron mientras mis emociones iban de un extremo a otro. Mis pensamientos se dirigieron a Shay y a lo derrotada que parecía antes. ¿Y si se había escapado? ¿La había presionado demasiado? No era propio de mí dudar de mí misma. Pero nunca antes había sido responsable de una persona pequeña. Esto también era nuevo para mí. Y me aterrorizaba. No me avergonzaba admitirlo. Me aterrorizaba.

Valen: *Ella está bien. No te preocupes. ¿Ha habido suerte con la joya?*

Yo: *Todavía no*

Valen: *¿Necesitas ayuda?*

Sonreí a mi teléfono.

Yo: *No. Yo me encargo*

Valen: *¿Estarás fuera toda la noche?*

Yo: *No. Quizá una hora más. ¿Por qué?*

Todavía tenía que revisar los dos pisos superiores y el sótano. Y no me iba a ir sin esa maldita joya. No importaba lo sexy que estuviera mi gigante. Sí, dije *mi* gigante. Era mío.

Valen: *Te tengo una sorpresa para cuando vuelvas*

Mi estómago hizo una pirueta y luego una zambullida hacia atrás.

Yo: *¿Implica desnudez?*

Valen: *Tal vez. Nos vemos en el hotel.*

Me vinieron a la mente los recuerdos de nuestro momento sexy y

sentí un calor intenso en el vientre. Pensar en sus manos ásperas tocando todos mis puntos sensibles y en sus besos tiernos y ardientes a la vez hizo que el deseo silbara sobre mi piel y se dirigiera directamente a todas las partes de mi cuerpo que recordaban demasiado bien sus caricias. Una parte insensata de mí quería salir corriendo de aquel lugar solo para sentirlo.

Yo: *¿Y Bellamy?*

Si volviera a desaparecer, la próxima vez que viera al científico brujo lo mataría yo misma.

Valen: *Está en mi casa. No te preocupes. No se irá. Está… feliz allí*

Yo: *¿Bellamy feliz? Eso tengo que verlo. Bueno. Te veré en el hotel*

Volví a meterme el teléfono en el bolsillo, preguntándome qué había planeado Valen para mí y por qué quería verme en el hotel. Intenté, con todas mis fuerzas, borrar de mi cabeza todas las imágenes de Valen desnudo —a él sí que le quedaba muy bien estar desnudo— para poder concentrarme en mi tarea.

De repente, me invadió una oleada de cansancio, y ni siquiera había hecho nada. Bueno, en realidad no. Me di cuenta de que las cuestiones emocionales agotaban el cuerpo, quizá incluso más que las físicas.

Haciendo acopio de voluntad una vez más, recurrí al poder de las estrellas y sentí un tirón cuando me respondió. Una vez que me aseguré de que nadie caminaba por el pasillo, envié mis luces estelares. Miles de pequeñas y brillantes bolas de luz brotaron de mi mano extendida, iluminando el pasillo durante un segundo, como si fuera de día, antes de precipitarse por el pasillo y separarse cuando una parte se dirigió a la izquierda y la otra a la derecha.

Envié mis sentidos a mis luces estelares, con la esperanza de percibir algo, cualquier cosa de poder. Pero no sentí nada. Nada de magia. Ni energías paranormales. Al menos, no en el primer piso.

—Bueno, eso no es bueno.

Solté mi luz estelar y fui en busca de las escaleras. Cuando las encontré, llegué al segundo piso y, de nuevo, envié mis luces estelares en busca de lo que pudiera reconocer como la joya. Algo que mis luces estelares debían identificar.

Y de nuevo, no sentí nada.

Lo mismo ocurrió en el tercer piso. Para entonces, empecé a sentir el comienzo de un ataque de pánico.

Un sudor frío me recorrió la espalda mientras bajaba las escaleras. Cuando por fin llegué al sótano, estaba empapada en sudor, como si acabara de salir de una sauna, con toda la ropa puesta.

El sótano era enorme y se extendía a lo largo del edificio, con muchas puertas que daban a muchas habitaciones. Era casi idéntico a los otros tres niveles en los que había estado: aburridas paredes

blancas con aburridos azulejos blancos a juego: frío, antinaturalmente limpio, todo iluminado con luces fluorescentes.

Hacía más frío, como si los de mantenimiento se hubieran olvidado de encender la calefacción. El aire desprendía el áspero aroma de los productos de limpieza, que se superponía al olor dulzón de la podredumbre, como el de unas cuantas ratas muertas atascadas en los conductos de ventilación o detrás de las paredes.

Tratando de aplacar mi sensación de pavor, miré dentro de la primera sala. Era grande y estaba repleta de mesas metálicas, sobre las que había varios aparatos médicos cubiertos de polvo y lo que parecían unas cuantas sillas de inmovilización. Los pelos de la nuca se me erizaron de inmediato.

Parecía que no se había utilizado desde los años sesenta. Parecía un lugar donde realizaban terapias de electroshock y otros tratamientos cuestionables, todo en nombre de la ciencia y la salud mental.

—Esta es la parte de la película en la que la mujer es acuchillada en el cuello por el doctor loco —¿Qué demonios era este lugar? En un sótano como este, lo que ocurriera aquí tenía que ser algo turbio, sin duda.

Salí y suspiré.

—Bueno. Este es un sitio tan bueno como cualquier otro.

Juntando mis emociones, las utilicé para aprovechar mi magia. De nuevo, envié mis luces estelares, aventurándome en las profundidades de este sótano de mala muerte.

Mis pulsaciones latían con fuerza y di un paso adelante con cuidado, enviando mis sentidos de bruja a mis luces estelares.

Al cabo de unos minutos, supe que aquí no había nada más que recuerdos de lamentos, torturas y experimentos humanos.

Sacudí la cabeza.

—No. Esto no puede ser. *Tiene* que estar aquí. Tiene que estar.

De nuevo, envié otra descarga de mis luces estelares, lanzándolas para buscar en cada centímetro de este inquietante sótano. Y de nuevo, no percibí pulsos de energías, ni el zumbido de algo mágico, ni siquiera simplemente paranormal. Los únicos impulsos que me llegaban eran los de las luces halógenas sobre mi cabeza.

Mierda. Me quedé como una idiota con la boca abierta, sintiendo que el pánico se apoderaba de mí, esta vez con fuerza, hasta que sentí que algo parecido a una cuerda me apretaba las entrañas, cortándome los intestinos.

Solté las luces de las estrellas y miré a mi alrededor. Una horrible sensación de terror se apoderó de mí y se me apretaron las tripas.

—Este es el lugar correcto —me dije, sintiendo que me asaltaba la duda. ¿Me había equivocado? No. Este era el lugar. Estaba segura.

Hell's Kitchen no tenía otros pabellones psiquiátricos, y había registrado cada centímetro de este edificio.

La joya no estaba aquí.

A menos que hubiera estado en algún momento, ¿y desde entonces se la habían llevado? ¿Era una estratagema para hacerme quedar como una tonta? ¿Darius me había mentido todo este tiempo? ¿Por qué? ¿Cómo lo beneficiaría eso? Se aseguró de que me arrestaran, solo para chantajearme para que hiciera su voluntad. No lo consideraba como un hombre, brujo, al que le gustaran los juegos. Al menos, no cuando se trataba de algo que él quería.

Entonces, ¿qué diablos significaba esto? Significaba que estaba en mayores problemas que cuando comencé este trabajo. Sin esta joya, no podía usarla como prueba contra Darius. Pero tenía a Bellamy para eso. Así que podría ser suficiente.

Aunque no planeaba darle la joya a Darius, me habría dado una ventaja sobre él. O incluso algo para negociar, como recuperar mi vida.

Eventualmente se daría cuenta de que no la tenía. Me había dado dos días para encontrar la maldita cosa. El primer día casi había terminado. Tenía que encontrar algo rápido.

Porque si no lo hacía, volvería a mi vieja celda. Pero todos sabíamos que Darius me mataría si ya no le era útil.

Sí, qué buenos tiempos.

20

Abrí de un tirón la puerta principal del hotel y entré, con las emociones a flor de piel. No había conseguido recuperar la joya. Fue un fracaso épico.

Estaba nerviosa, enfadada, asustada, y un montón de emociones más, todas luchando y tratando de abrirse camino hacia el puesto número uno.

Me cruzaba con rostros desdibujados en tonos beis, grises y tostados. Me di cuenta de que el vestíbulo apenas estaba ocupado, tal vez solo un puñado de huéspedes, pero no levanté la vista ni miré a mi alrededor mientras me dirigía hacia el ascensor, con las piernas tan pesadas como si estuvieran llenas con cemento.

Justo cuando pulsé el botón de subida, algo me golpeó en la nuca. Me di la vuelta y vi una tarjeta con un mensaje flotando en el reluciente suelo, junto a mis botas.

—Esto llegó para ti hace horas —Errol estaba a unos tres metros de mí.

No sabía si era por no haber encontrado la joya, por no haber conseguido que Shay invocara su poder o por el hecho de que lo más probable era que Darius me matara —posiblemente todo lo anterior—, pero perdí el control.

Un lento ardor de furia echó raíces. Todas las emociones de los días anteriores volvieron a mí.

¿Esa línea que mantenía unidas todas mis emociones para que pudiera funcionar? Se rompió.

—No soy tu secretaria —dijo Errol—. Ni siquiera trabajas aquí...

Una bola de deslumbrante luz blanca golpeó al metamorfo lagarto en las tripas. La fuerza lo lanzó diez metros hacia atrás y, por suerte para él, se estrelló contra uno de los sofás y no contra la dura pared del hotel.

Madre mía. Me acababa de asar un lagarto.

¿Estaba muerto? Gritos y chillidos resonaron alrededor del ruido blanco que me martilleaba la cabeza. Lo golpeé fuerte, pero no lo suficiente como para asarlo. ¿O tal vez lo había hecho?

Me quedé allí un momento más, y entonces vi a Errol ponerse en pie. Estaba echando fuego, no en el sentido literal, sino más bien chamuscado. La parte superior de su traje de tres piezas seguía chisporroteando. Solo le quedaban las mangas. Su piel blanca y pálida tenía ampollas. Aquello iba a doler. Pero estaba vivo.

Le miré a la cara. Tenía los ojos muy abiertos y una cinta de miedo se deslizó tras ellos antes de dominarla. Su lengua de horquilla gris no paraba de salirse de la boca. Estaba asustado. Debería estarlo.

Pero maldita sea. Cualquier pequeña esperanza de recuperar mi trabajo había desaparecido. Ahora sí que lo había hecho. Había perdido los estribos y casi mato al conserje.

Me agaché, recogí la tarjeta con el mensaje y entré en el ascensor, sin preocuparme de los huéspedes que me miraban ni de los que gritaban. Sí, había algunos gritos.

Mi cara ardía de rabia y culpa. Errol no era mi persona favorita. Sí, a veces se merecía una paliza, pero nunca imaginé que lo haría.

Mierda. Mierda. Mierda.

Las puertas se cerraron y me quedé mirando la tarjeta de mensajes justo cuando me incliné para pulsar el número trece.

Encuéntrame en la habitación número 1213
—Valen

«¿Habitación 1213?» ¿Qué hacía Valen en una habitación del hotel? Pensé que se refería a mi apartamento.

Suspiré y pulsé el número doce en el panel de control, con un dedo tembloroso. El ascensor se sacudió mientras subía, mi presión sanguínea subía con cada piso.

—¿Qué he hecho? ¿*Qué he hecho*?

Dejé caer la cabeza contra la pared del ascensor, con la rabia y la furia aún martilleándome, con una pequeña dosis de culpabilidad.

Las puertas del ascensor se abrieron y me dirigí a la puerta con el número 1213 grabado en negro. Ni siquiera me di cuenta de cómo había llegado hasta allí, pues mis emociones seguían sacudiendo mi nublado cerebro.

Respiré tranquilamente y toqué la puerta. No iba a irrumpir allí, por si acaso no era Valen, aunque estaba bastante segura de que sí. Si no, ¿por qué me había mandado un mensaje de texto y luego este otro?

La puerta se abrió de golpe y allí estaba Valen, muy sexy vestido con una camisa de vestir negra y pantalones. Respiré hondo, sintiendo su aroma: una mezcla de almizcle, loción para después del afeitado y jabón. Qué rico. Olía como para comérselo.

Me echó una mirada y dijo:

—¿Qué ha pasado? —Sus ojos se entrecerraron en mi cara.

Las líneas de preocupación que se formaron en su frente me hicieron estremecer. El hecho de que se preocupara lo decía todo. Era una mujer afortunada.

—Necesito un trago —Pasé junto a él, dándome cuenta a posteriori de que podría interpretarse como una grosería, pero ya había recorrido la mitad de la habitación. Tenía la misma distribución que las otras habitaciones de hotel que había visitado en circunstancias muy diferentes. Pero esta habitación era un poco más grande y tenía una pequeña cocina. Había una mesa redonda junto a una ventana con un centro de flores entre dos velas encendidas. Dos cubiertos descansaban sobre la mesa junto a una botella de vino tinto. Una mesa para dos.

Me di la vuelta y me fijé en las ollas y sartenes que había en la encimera, junto a los fogones, y en el olor a algo picante y delicioso. Nada me excitaba más que un hombre cocinando.

—¿Has cocinado para mí? —El gigante no solo me había cocinado lo que probablemente era algo increíble, sino que había organizado una «cita nocturna» en una habitación del hotel para que pudiéramos tener algo de intimidad. Privacidad para un mambo horizontal en serio. Vaya, vaya, necesitaba algo de eso.

—Lo necesitaba —Valen seguía mirándome con preocupación en sus ojos oscuros—. ¿Vas a contarme lo que pasó? ¿O te lo saco a nalgadas?

Separé los labios.

—Suena divertido.

La mirada de Valen era embriagadora.

—Conmigo, lo será.

Un hormigueo recorrió mi piel. Nada me apetecía más en ese momento que saltar sobre ese gigante sexy. Pero yo olía fatal, y él olía increíble. No iba a dejar que me tocara cuando sabía que tenía sudor en las nalgas. Sip. Lo tenía.

—Solo necesito lavarme.

Valen sonrió.

—Tómate tu tiempo. Hay toallas limpias en el baño —Se acercó a la mesa y empezó a girar el mango del sacacorchos de la botella de vino.

Una ducha sonaba increíble. Intentando aferrarme a esa sensación de alegría, entré en el cuarto de baño, me quité la ropa y me metí en una ducha caliente. No voy a mentir y decir que no estuve allí más tiempo del necesario, pero me costaba dejar las maravillosas sensaciones del agua caliente cayendo sobre mi cabeza. Además, no quería enfrentarme a lo que había hecho. Pero tenía que hacerlo.

Finalmente salí y me sequé. Me encogí, mirando mi ropa sucia y sudada y deseando haber traído una muda, pero no tenía ni idea de que Valen había planeado esta cena sorpresa. Vi uno de los albornoces del hotel y me lo puse por encima. Distaba mucho de ser un atuendo para una cita, pero estaba limpio y era mucho mejor que mi ropa

sucia. Además, debajo estaba desnuda. Estaba segura de que eso compensaría la triste bata. ¡Ambos ganábamos!

Salí del baño, con el cuerpo limpio y fresco, pero una sensación de turbación seguía aferrándose a mí. La ducha no había sido capaz de eliminar aquella mancha.

Valen me miró cuando entré en el acogedor comedor.

—¿Mejor?

—Más limpia. No necesariamente mejor.

—Toma —El gigante me entregó una copa de vino tinto—. Ahora. Será mejor que me digas qué demonios ha pasado. ¿Por qué estás tan tensa y ansiosa? ¿Qué ha pasado esta noche? ¿Has encontrado la joya?

Tomé un gran sorbo de vino, dejando que el sabor afrutado permaneciera en mi boca antes de tragar.

—No la he encontrado. Busqué en los dos sitios... y nada. No estaba allí.

—Entonces, buscaremos de nuevo —Valen sostenía la botella de vino en la mano—. Volveremos a buscar en los tres sitios. Nos tomaremos el tiempo necesario para encontrarla. La encontraremos.

Sacudí la cabeza, sintiendo una opresión en el pecho.

—Ese es el detalle. No me queda mucho tiempo. No te lo he dicho, pero Darius me ha hecho una visita hoy aquí en el hotel. Me dio dos días para encontrar la joya. Y si no la encuentro a tiempo... bueno, estoy segura de que puedes imaginar el resto.

La botella de vino explotó. Vino y fragmentos de vidrio se estrellaron contra el suelo.

—Mierda —Valen se quedó mirando el desastre en la alfombra—. No te muevas. Yo recogeré esto.

Vi cómo el gigante se apresuraba hacia la cocina, cogía un paño de cocina y un pequeño cubo de basura, y volvía corriendo.

—Volveremos mañana a primera hora —dijo el gigante mientras recogía con cuidado los trozos de cristal rotos y los arrojaba al cubo de la basura. Aquellas manos enormes eran meticulosas a veces. Créeme, lo sabía.

—Podríamos, pero no cambiaría nada. Registré aquellos lugares. Cada centímetro de ellos. Y no había nada allí. Si hubiera algo de naturaleza paranormal con propiedades mágicas, lo habría encontrado. Créeme. Mis luces estelares lo habrían encontrado.

Valen me miró desde el suelo.

—¿Por qué solo dos días? ¿Por qué tanta prisa?

—Sí, he pensado en eso —respondí, viendo al gigante presionar la toalla contra la alfombra para absorber el vino—. No estoy segura, pero sea cual sea la razón, por la que quiere esta joya, es porque algo va a pasar pronto —No tenía ni idea de qué, pero lo averiguaría. Tenía que hacerlo. Si podía averiguar por qué necesitaba la joya, tal vez

podría detener lo que estuviera planeando.

Agarré una de las sillas de la mesita y me dejé caer en ella.

—Realmente pensé que la encontraría. Esta joya. Sin ella, va a ser más difícil construir mi caso contra Darius.

—Todavía tenemos a Bellamy. Creo que el científico brujo es un testigo mucho más fuerte que la joya. Puede testificar sobre lo que hizo. Lo que le pagaron por hacer.

—Sí, pero no tengo la prueba que conecte a Darius con el proyecto OTH de Adele. Bellamy nunca recibió nombres, solo órdenes de los intermediarios. Algunos emails y textos, probablemente todos de cuentas falsas. Escuché a Adele hablar de Darius. Sabía que ella recibía órdenes de él. Pero eso es solo mi palabra contra la suya. Quería algo sólido.

—Bellamy puede proporcionar esa información —repitió el gigante —. Una vez que presentes tu caso, habrá una investigación sobre Darius. Las cosas siempre salen a la superficie. Lo atraparán. Y te librarás de él.

—¿No te preocupa que Bellamy pueda escabullirse? —dije, mirando fijamente su ancha espalda y saboreando la forma en que sus músculos se flexionaban y se enrollaban—. Es un hijo de puta escurridizo.

Valen soltó una carcajada.

—No.

Fruncí el ceño al notar la confianza en su tono. Sonaba demasiado seguro.

—¿Qué le has dicho? —Algo travieso parpadeó en sus ojos. Sí, tenía la sensación de que Valen había hecho algo para que el científico brujo se quedara quieto.

El gigante me dedicó una sonrisa.

—Que le aplastaría el cráneo si descubría que se había marchado. Sabe que lo encontraría.

Intenté reírme, pero me salió como un extraño sonido de gárgaras en la garganta.

—Probablemente se lo merezca —Pero necesitaba a Bellamy, aunque lo despreciara a él y a lo que hacía.

—Siento lo del vino —dijo el gigante—. Solo he traído una botella.

Le hice un gesto con la mano.

—No pasa nada.

Valen limpió el vino lo mejor que pudo con la toalla.

—Tendré que avisar a Jimmy para que envíe a alguien a limpiar la mancha de vino —Se levantó y tiró la toalla, ahora manchada de burdeos, en el pequeño fregadero.

Mis ojos se dirigieron a la gran decoloración de la alfombra. Me recordó a las manchas de sangre que el equipo de limpieza del hotel

tuvo que limpiar cuando estuvo plagado de demonios.

Bebí otro gran trago de vino.

—Todavía queda mi acusación de asesinato. ¿Cómo demuestro que soy inocente sin mencionar el nombre de Catelyn en esto? —Nunca la dejaría cargar con la culpa por eso. Todavía era humana, en cierto modo. Una cárcel paranormal no era lugar para ella.

—Ella podría decir la verdad —dijo el gigante. Se lavó las manos en el fregadero y se acercó a la mesa.

—¿Y que la metan en la cárcel? —negué con la cabeza—. No se lo merece. No después de lo que ha sufrido.

Valen me miró.

—Así es. Si dice la verdad, si le cuenta al Consejo Gris lo que pasó, no podrán encerrarla.

—Yo no estaría tan segura de eso —No confiaba en el Consejo Gris. No cuando uno de sus miembros me chantajeaba y estaba detrás del espectáculo de locura de Adele.

Los ojos de Valen recorrieron mi rostro.

—Tienes a Bellamy para atestiguarlo. Él sabía que era humana. Sabe lo que le hicieron. Está involucrado en esto. Si el Consejo escucha su versión de los hechos, Catelyn nunca verá el interior de una celda.

—Espero que tengas razón —Pero no estaba convencida. No quería jugarme su vida con un «quizás». Era demasiado peligroso a menos que supiera que podía hablar con alguien de confianza—. Oye. ¿No me dijiste que conocías a alguien en el Consejo Gris? ¿Alguien de confianza? ¿Alguien a quien pudiéramos llevarle mi caso? —El papeleo estaba casi hecho. Solo tenía que añadir algunos comentarios finales. Pero no iba a plantear un caso contra uno de sus miembros sin saber que podía confiar en alguno de ellos.

—Sí —respondió el gigante—. Se llama Migda. Una vieja y dura mujer gato. Si quieres a alguien en quien confiar, es ella. Le confiaría mi vida a Migda. Me apoyó cuando me mudé aquí. Conoció a mi mujer.

Me tensé al oír hablar de su mujer. En el fondo sabía que era un tema delicado para Valen, como era de esperar.

—De acuerdo. Muy bien. Eso está muy bien. Ayudará.

Valen me miró.

—Entonces, ¿por qué no te alegras? Eso debería ser una cosa menos de la que preocuparte. No has sonreído desde que llegaste. ¿Qué más ha pasado?

Respiré hondo y dije,

—¿Estás listo? Se pone peor.

—¿Qué quieres decir?

—Hice algo. Algo de lo que no puedo retractarme. Algo que

desearía no haber hecho, ahora que lo pienso.

El cuerpo de Valen se tensó.

—¿Qué? Cuéntamelo.

Dejé mi copa de vino sobre la mesa y me froté las sienes con los dedos.

—Cuando llegué aquí, ya estaba estresada por no encontrar la joya y porque Shay no podía conjurar su magia. Ya sabes, para que pueda protegerse si yo no estoy.

—¿Espera? ¿Qué? ¿Shay no puede invocar su magia de luz estelar?

Cierto, aún no se lo había dicho.

—No. Lo intentamos esta noche. Pero no pudo. Pudo manipular la mía de alguna manera, pero cuando intentó invocar la suya... no funcionó. Estaba realmente devastada —La misma culpa me atacó por dejarla de nuevo. Pero no tenía elección. Ahora viendo que no había encontrado la joya, parecía que todo había sido en vano.

Valen dejó escapar un suspiro.

—Eso tiene que ser duro para la niña. Pero tal vez lo único que necesita es más entrenamiento. Ya llegará. Seguro que a ti te pasó lo mismo. ¿Verdad?

Pero no fue así.

—Estoy segura de que más entrenamiento la ayudará. Pero, cuando crucé el vestíbulo y me dirigí al ascensor, estaba tensa. Y cuando Errol me tiró la tarjeta de mensajes a la cabeza…

—Espera... ¿qué hizo? —Valen cruzó los gruesos brazos sobre el pecho, con una venita palpitándole en la sien.

—Me lanzó tu mensaje a la cabeza. Me volví loca. Literalmente, perdí la cabeza. Y lo ataqué con mi luz estelar. Con fuerza. No lo suficiente para matarlo, pero sí para lastimarlo. Quemé su ropa. Quemé su piel también. Nunca recuperaré mi trabajo después de eso. Y probablemente necesitaré un nuevo lugar para vivir. Basil nunca dejará pasar eso. Agredí al maldito conserje. El *conserje*.

—Errol se merecía lo que le pasó —dijo el gigante—. Tuvo suerte de que yo no estuviera allí porque se habría quemado más que un poco.

Dejé caer la cabeza entre las manos.

—Solo quiero que esta noche termine. Para poder empezar de nuevo mañana.

—¿Eso es todo?

Levanté la vista para ver la expresión de Valen dibujada en una sonrisa, haciendo que mi corazón se transformara en oro líquido.

—¿Qué quieres decir con eso es todo? —lo miré fijamente, con la boca ligeramente abierta—. ¿No has oído lo que acabo de decir? Cociné al lagarto —Sí, eso no sonó bien.

—Lo hice —Valen me agarró de las manos y me puso en pie.

—Casi mato a Errol.

—Pero no lo hiciste —dijo Valen. Me soltó las manos y me rodeó la espalda con los brazos.

—No. Pero aun así.

—¿Eso es realmente lo que te ha estado molestando? —preguntó, y fui muy consciente de sus manos masajeando mi culo.

—Eso. Y Shay. Y la joya. Y Darius.

Me acercó hasta que mis pechos quedaron aprisionados contra su pecho duro. Sus brazos a mi alrededor se tensaron por un instante y luego se relajaron.

—Una cosa a la vez, Leana. Antes de que te dé un ataque.

No se equivocaba.

Sus manos me rodeaban y se sentían increíbles y sus ojos contenían pasión y deseo. Sentí que subí los brazos y los deslicé alrededor de su cintura. Se sentían bien allí. Era algo natural.

—Puedes olvidarte de Errol. No vale la pena preocuparse por él. Puedes encontrar otro trabajo. Lo hiciste antes de que el hotel te contratara.

—Lo sé. Pero el hotel era un trabajo estable. Ahora con Shay, sé que sería mejor para las dos si siguiera teniendo *ese* trabajo —Ella necesitaba estabilidad, y un sueldo fijo cada semana nos la daría.

Valen se inclinó hacia mí y me plantó un beso en el cuello, provocándome un delicioso escalofrío.

—Shay va a estar bien. Es una niña fuerte. Se parece mucho a ti en muchos aspectos.

Eso hizo que levantara las cejas.

—¿En serio?

—De verdad —Sus labios sexys se arrastraron sobre mi mandíbula.

Suspiré, intentando no gemir. Demasiado tarde.

—¿Me vas a quitar las preocupaciones con besos?

—Sí.

—¿Por todas partes?

La lengua de Valen salió disparada, haciéndome estremecer.

—Por supuesto.

Bueno, puede que esta noche no fuera tan mala después de todo.

Sus labios adoraron mi cuello.

—Voy a hablar con Catelyn mañana. Sé que estará dispuesta a ayudarte. Me lo ha dicho. Hablaré con Migda para ver si tiene tiempo de verme mañana. Limpiaremos tu nombre. Te lo prometo.

Intenté sonreír, pero mis músculos faciales parecían estar atrapados para siempre en un ceño fruncido.

—De acuerdo.

Apartó los labios de mi cuello; sus ojos se encontraron con los míos, y me di cuenta de que había algo más de lo que quería hablar.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Valen continuó frotando sus grandes y varoniles manos por todo mi trasero.

—Quiero que Shay y tú se muden conmigo —soltó el gigante, como si hubiera estado pensando en ello y quisiera decirlo de una vez.

Mi corazón hizo un tango, un giro de bailarina y un salto mortal para el final.

Se me cortó la respiración.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres que mi nueva hermana pequeña y yo nos vayamos a vivir contigo? —soné tonta, pero tenía que repetirlo, por si había oído mal.

—No estarías lejos del hotel, así que estoy seguro de que no perderás tu trabajo.

—Ya he perdido mi trabajo —le dije.

—Estarías cerca de tus amigos —añadió—. Sé que piensas en ellos como si fueran tu familia. Quiero ser tu familia. Tuya y de Shay.

Mi corazón casi se derritió en un charco a mis pies. Le miré a la cara.

—Has estado pensando en esto. Mucho. Se nota.

—Por supuesto. No tendrías que trabajar ni preocuparte por el dinero si te preocupa eso —dijo.

El hecho de que lo dijera significaba mucho para mí.

—Gracias, pero *tengo* que trabajar —Nunca podría imaginar mi vida sin trabajo. El trabajo siempre había estado ahí para mí cuando los tiempos eran difíciles, como cuando perdí a mi madre y cuando las cosas iban mal con Martin. Siempre podía recurrir a mi trabajo.

Valen sonrió.

—Lo sé. Sé lo importante que es para ti tu independencia.

—Lo es. De hecho, me encanta mi trabajo. Es parte de lo que soy —Valen me importaba. Diablos, estaba enamorada de él. Pero no iba a dejar que un hombre me cuidara de esa manera. Podía cuidar de mí misma, bueno, la mayoría de los días.

—Lo entiendo —El gigante se inclinó y me besó, haciendo arder mi piel—. Pero quería que lo supieras de todos modos. Será bueno para Shay. Tenernos a los dos aquí con ella. Para protegerla. Ahora necesita coherencia en su vida. Y podemos turnarnos en su educación.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando dije:

—Realmente *has* estado pensando en esto —El corazón se me atascó en la garganta, casi ahogándome ante la preocupación y el amor que el gigante sentía por mi hermana pequeña. Se preocupaba por ella. Quería cuidarla y protegerla. ¡Diablos, quería que nos mudáramos con él!

—Déjame pensarlo —Ya era un sí por mi parte. Había estado pensando en despertarme al lado de este espécimen sexy cada

mañana. Pero tenía que considerar a Shay—. Tengo que hablar con Shay. Ella tiene voto en esto. No aceptaré nada antes de hablar con ella. No la obligaré, aunque tu oferta es tentadora.

Valen negó con la cabeza.

—No deberías. Pero espero que vote que sí —Me plantó otro beso. Esta vez fue más profundo—. Sé que le agrado.

—¿Cómo no le vas a agradar? —ronroneé—. Eres un gigante sexy.

Los ojos de Valen se abrieron de par en par mientras recorrían mi cara, mi boca. Sus labios se separaron y aspiró mi aroma. Dejó escapar un gruñido mientras sus manos me rodeaban, apretándome contra él. La dureza de sus pantalones me indicó lo mucho que me deseaba en aquel momento.

Se inclinó más hacia mí y me mordisqueó una comisura de los labios y luego la otra, tirando suavemente de ellos. Mis partes bajas palpitaron en respuesta.

Dios, ¿qué está haciendo? Sus besos me hacían desear más.

Me hormigueaba la piel donde sus dedos tocaban mi culo, mi espalda. Dejó caer su boca sobre la mía y deslizó una lengua tentativa entre mis labios. Mi respiración se aceleró cuando introdujo su lengua en mi interior.

Una punzada de deseo me llegó directamente al corazón y me recorrió una oleada de calor. Solté un pequeño gemido y rodeé su nuca con los dedos, acercándolo para sentirlo. Era una locura en un momento así, pero los dos lo necesitábamos, un recordatorio de que estábamos aquí el uno para el otro.

Al notar mi deseo, sus caricias se volvieron agresivas, y una espiral de necesidad recorrió mi cuerpo.

Mis partes bajas latían al ritmo de mi corazón. Estaba a punto de arder espontáneamente si no lo hacíamos pronto. Sí. Comenzó la acción.

Me eché hacia atrás.

—¿Adivina qué?

—¿Qué? —dijo Valen entre besos.

Astutamente le dije:

—No llevo nada debajo de esta bata.

Valen se quedó helado. Pero se interrumpió cuando un gruñido salvaje salió de su garganta. Maldita sea. Estaba caliente y salvaje y parecía un tanto engreído y victorioso.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, tiró del cinturón de mi bata. Lo próximo que recuerdo es que el aire frío golpeaba mi piel desnuda mientras la bata desaparecía.

Me reí, sin importarme en absoluto que estuviera allí en mi traje de nacimiento o que tuviera los pezones duros como piedras.

—¿Cómo lo has hecho?

Valen esbozó una sonrisa socarrona.

—No puedo revelar todos mis secretos.

Sus manos se deslizaron por mi espalda, hombros y cintura, y la aspereza de sus callos me produjo un hormigueo en la piel. Luego me acarició los pechos, rozándome los pezones con los dedos y provocándome escalofríos. El calor se apoderó de mí, volviéndome loca e impaciente.

No podía soportarlo más.

Me abalancé sobre él y le rodeé la cintura con las piernas. Gruñó mientras me agarraba el culo y me subía a sus caderas.

—Pensé que sería mejor avanzar —dije, disfrutando de la sensación de sus grandes manos sobre mi piel.

Valen sonrió.

—Bruja lista.

Me sacó del comedor y me llevó al dormitorio. No, espera, no había un dormitorio separado. Era una sola habitación con pequeños espacios añadidos. Buena elección.

El gigante me bajó con cuidado sobre la cama. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, se quitó la camisa, los pantalones y los calzoncillos para quedarse desnudo en todo su esplendor, con su larga y perfecta hombría apuntando hacia mis genitales.

Luego bajó su enorme y gigantesco cuerpo sobre el mío, enviándome pequeños besos a lo largo de la mandíbula, el cuello y la clavícula. Aquel hombre sabía cómo excitarme.

Un calor delicioso me recorría el vientre, las yemas de los dedos, por todas partes. Retiró la boca de mis labios y me miró fijamente mientras el hambre brillaba en sus ojos.

Rodeé su cintura con las piernas y lo acerqué, disfrutando de la sensación de su peso sobre mí.

Valen, mi gigante, quería que Shay y yo nos mudáramos con él. De repente, sentí que mi corazón era demasiado grande para caber en mi pecho.

Fue mi último pensamiento coherente antes de que empujara sus caderas y se enterrara dentro de mí.

21

—Te ves bien *descansada* —espetó Elsa desde la nevera mientras yo intentaba colarme sin que nadie se diera cuenta.

—Bonita bata —rio Jade—. ¿Estás robando la propiedad del hotel?

Me enderecé. No tenía sentido seguir fingiendo que no estaba aquí.

—Voy a devolverla —Tiré la ropa sucia en el cesto de mi habitación y volví a salir para reunirme con ellas.

Anoche, después de mi primera ronda de orgasmos, le había enviado un mensaje a Elsa para decirle que iba a pasar la noche con el gigante en una de las habitaciones del hotel. Me había asegurado que Shay estaría bien y que Julian se había ofrecido a dormir en el sofá. No podía pedir mejores amigos. Mejor dicho, familia.

Me apreté el cinturón de la bata cuando vi a Shay sentada en el sofá, con la cabeza gacha mientras sus dedos rozaban su tableta.

—Hola, Shay —esperé, pero ella no levantó la vista, ni siquiera reconoció mi existencia. Al parecer, no me había perdonado que la abandonara anoche.

Me dolió. Lo admito. Y viéndola ahora, me sentí aún peor por mi noche con Valen. Tal vez debería haber cancelado la cita con él y haber venido directamente hasta aquí. Era solo un piso más arriba.

Pero también necesitaba algo de tiempo para mí. Y eso incluía tiempo con Valen. Quedarme con él, hablando hasta altas horas de la noche realmente me hizo bien. Me ayudó a relajarme un poco y a despejar la cabeza.

Pensé en lo que me había dicho anoche sobre mudarme con él. Al principio, tuve la sensación de que Shay habría dicho que sí. Ahora, al mirarla, ya no estaba tan segura.

Me encontré con la cara de Elsa. Me miró con una expresión de *dale su espacio.*

Me pareció bien.

—¿Hay café? —Me desperté en una cama extraña con un Valen desaparecido, aunque había dejado una bonita nota e incluso había intentado dibujar una flor. Podría haber sido una rosa. Podría haber sido la cara de un gato.

Fui a ver a Bellamy. Te llamo más tarde.
—Valen.

Necesitaba café, como necesitaba el aire, en este momento.

—Una jarra fresca —Elsa señaló la cafetera. Llevaba el pelo pelirrojo amontonado en lo alto de la cabeza y sujeto por una vara de bambú de las que se usan para las tomateras. Llevaba una falda larga de pana azul marino y la combinaba con un jersey de lana de color rojo vivo.

Cogí una taza y serví un poco de café humeante.

—Gracias a la diosa por el café recién hecho.

—Y por los orgasmos, por lo visto —dijo Jade. Llevaba el pelo rubio rizado, como si se hubiera hecho la permanente. Llevaba unos calentadores blancos sobre unos leotardos con estampado de cebra rosa y negro, que combinaba con un jersey demasiado grande, también rosa. Jade sí que llevaba la moda de los ochenta.

La señalé con el dedo.

—Si voy a hablar de mis orgasmos, será mejor que empieces a hablar de los tuyos.

La cara de Jade se puso de un rojo intenso y empezó a extenderse por los lados de su cuello.

—Jimmy y yo todavía estamos en las primeras etapas de citas. Nada de eso... todavía.

—Entonces, ¿ha sido una semana seca? —bromeé. Pero la sonrisa en la cara de Jade me decía que pronto iba a tener sus propios orgasmos. ¡Vamos, Jade!

—¿Cuándo se fue Julian? —Cogí mi taza de café y me senté a la mesa.

Elsa se sirvió una taza de café.

—Te lo acabas de perder. Se fue a casa a ducharse. Va a llevar a las gemelas a comer.

Ya. Seguro que eso también incluía a su sexy madre. ¡Eso, Julian!

—¿Y? —Jade sacó una silla y se sentó. Se inclinó hacia delante, sus ojos azules estaban en los míos—. ¿Qué le hiciste a Errol? Quiero todos los detalles jugosos que condujeron a su patada en el culo.

Mierda.

—¿Te has enterado?

—Todo el hotel se enteró. Bueno, la versión de él. Y también hubo algunos testigos.

Por el rabillo del ojo, vi a Shay mirar hacia nosotras.

—¿Cuál es *su* versión?

Jade parpadeó.

—Que le atacaste salvajemente cuando solo intentaba hacer su trabajo.

—Dice que casi lo matas —añadió Elsa—. Dice que tenías una mirada asesina en los ojos.

Jade se inclinó hacia delante en su silla y apoyó los codos en la mesa.

—Y que si no hubiera sido por su rapidez mental, ya estaría muerto.

Negué con la cabeza.

—Sí. Apuesto a que dijo eso —solté un suspiro—. Pero no se equivoca en lo de que casi lo mato.

—¿Leana? —el rostro de Elsa se torció de horror—. ¿Qué pasó?

—Cuando volví al hotel anoche —empecé, al ver sus ojos muy abiertos—, estaba enfadada. No encontré... lo que buscaba —dije, sin querer contarle a Shay mi búsqueda de la joya y lo que implicaba no encontrarla—. Y Errol, siendo el amable conserje que es, me lanzó una tarjeta de mensajes a la cabeza.

—Y perdiste la paciencia —Elsa cruzó los brazos sobre el pecho y se echó hacia atrás—. No va a ser fácil recuperar tu trabajo. No después de eso.

—Lo sé —miré a mis amigas—. Lo siento mucho.

Elsa parpadeó.

—¿Por qué?

—Por arruinar su duro trabajo. Todos esos hechizos y el caos de los duendes para deshacerse de Oric. Lo estropeé todo.

Jade regañó.

—No hemos terminado. Ni siquiera estamos cerca.

—Trabajaron para nada —dije, dando un sorbo a mi café.

Elsa me miró, con una expresión que oscilaba entre la preocupación y algo más oscuro.

—Deja que nos encarguemos de eso. Bueno, has quemado al lagarto. Hay cosas peores en la vida.

—¿Él está bien? —Errol no era mi lagarto favorito, pero lamentaba «en parte» haberle disparado un poco de luz estelar.

—Vivirá —respondió Elsa—. Polly le echó un vistazo. Solo necesitaba un ungüento para las quemaduras. No le quedará cicatriz. En mi opinión, creo que está exagerando un poco.

Jade se rio.

—Pero le encanta la atención.

—Al menos a alguien le gusta —No podría haber empeorado las cosas para mí si lo hubiera intentado. *Bien hecho, Leana.*

—Basil te ha estado buscando —Jade frunció los labios pensativamente. No tenía que decirlo. Sabía lo que iba a decir. Que Basil me quería fuera de su hotel. Pero con la oferta de Valen, eso no me estresaba demasiado. Al menos Shay y yo teníamos un lugar donde ir. Pero yo no estaba a punto de cederle mi apartamento a Oric. Todavía no.

Sentía los ojos de Shay clavados en mí, pero no quería mirarla por miedo a la decepción que se reflejaba en su rostro. No quería que se preocupara de que nos echaran. Le contaría la oferta de Valen. Pero

no todavía. No era el momento adecuado.

—Buenos días, señoritas —Jimmy entró en el apartamento—. Hola, Shay —dijo, y mi hermanita le hizo un gesto de saludo con la cabeza antes de volver a su tableta.

El subgerente se acercó a Jade, se inclinó hacia ella y la besó en los labios. Se apartó y los ojos de Jade brillaron con lo que yo solo podía describir como amor.

—Eso nunca pasará de moda —les dije, radiante—. Hacen muy buena pareja.

Jimmy se enderezó.

—Lo sé —me miró y dijo—: ¿Y? ¿Ha habido suerte? Jade me dijo que saliste a buscar la… Au… —Jimmy se frotó el brazo donde Jade le había pegado. Ladeó la cabeza y puso los ojos en blanco en dirección a Shay. Balbuceó «oh» y luego bajó la voz y dijo—: ¿Con la segunda localización de anoche?

Negué con la cabeza.

—Nada —Me llamó la atención un movimiento y vi que Shay se ponía los auriculares. Probablemente estaba cansada de oírnos. No la culpé. A su edad, yo tampoco habría querido escuchar aburridas charlas de adultos. Me incliné hacia delante y dije en voz baja—: He ido a los dos sitios y no lo he encontrado.

El rostro de Elsa se endureció.

—¿Crees que ese tal Darius mintió?

—No lo sé. No lo creo. Todo esto no tiene sentido. Quiero decir, me hizo arrestar y luego me chantajeó para que encontrara esta joya. ¿Se lo inventó para hacerme correr por la ciudad? ¿Solo para divertirse?

—Tal vez —Jade se encogió de hombros—. Tal vez es una especie de trampa de poder. Para ver hasta dónde llegas.

Dejé que las palabras de Jade calaran.

—Estoy segura de que tienes razón en algún nivel. Pero parecía realmente molesto de que no la hubiera encontrado todavía. ¿Y por qué me dio un plazo?

—Porque lo necesita para entonces —dijo Jimmy—. Haga lo que haga. Quiere tenerlo en su poder para mañana.

Me recosté en la silla y le di un trago a mi café, dándole vueltas a lo que Jimmy acababa de decir. Es algo que yo también había pensado. Por eso no sospechaba que Darius me había enviado a una búsqueda inútil. Bueno, ya no. Cuanto más lo pensaba, más me sonaba a verdad.

Puse mi taza en la mesa.

—Esta joya es probablemente algún tipo de arma. ¿Verdad? Quiero decir, ¿por qué alguien como Darius la querría tanto? Porque es un arma. Quiere usarla.

—¿Pero qué clase de arma es? —El rostro de Elsa estaba tenso por la preocupación.

Negué con la cabeza, golpeando la taza con los dedos.

—No tengo ni idea. Supongo que es mágica. Y muy poderosa. Si la hubiera encontrado, podría haber tenido una idea de lo que estaba planeando —Y entonces me di cuenta—: Darius quiere esta cosa para mañana. ¿Verdad?

—Correcto —respondieron Jimmy y Jade simultáneamente, y luego se sonrieron el uno al otro. Dios, qué monos eran.

—Jimmy —miré fijamente al subgerente—. ¿Pasa algo mañana? ¿Algo grande en nuestra comunidad?

Jimmy se lo pensó.

—De hecho, sí.

El corazón me dio un golpe en el pecho.

—¿Qué?

Jimmy agarró el respaldo de la silla vacía junto a Jade, inclinándose un poco sobre ella.

—No puedo creer que no lo haya pensado hasta ahora. Pero mañana hay una asamblea nacional en la sede del Consejo Gris en Nueva York. Solo se celebra cada siete años. Asistirán todos los miembros de los Consejos Grises de Norteamérica. Y todos los jefes de las razas paranormales. Es una de las razones por las que Basil se está volviendo un poco loco. Esperaba llenar el hotel con gente muy *importante*, pero debido a los recientes... disturbios, al hotel no le iba muy bien.

—Así que todos los que tienen poder estarán allí —Sentí que mi tensión aumentaba y se mezclaba con mi miedo a lo desconocido y mi enfado con Darius.

Elsa se inclinó hacia delante.

—¿Crees que la joya y la asamblea están conectadas?

Miré a la bruja mayor.

—Sí. Por eso necesita esta joya. Porque va a usarla con todos en esta asamblea. Va a matarlos a todos —Y entonces sería libre de hacer lo que quisiera. Como continuar con el proyecto OTH, y peor, mucho peor.

—Diosa, ayúdanos —Elsa agarró su medallón, un terrible tipo de miedo y dolor que la hacía parecer mucho mayor.

Asentí al darme cuenta.

—Va a despojar a todos del poder para que solo él se siente en el trono. Él tomará todas las decisiones. Para que pueda gobernar sobre nosotros —Tenía sentido. Era por eso que me necesitaba para encontrar esta arma para él.

—Pero no puede. ¿Verdad? —Los ojos de Jade se abrieron de par en par, y se movió en su asiento—. No la encontraste, así que no

puede matar a nadie.

—Cierto —Sí. Gracias a la diosa por eso—. Él todavía espera que vaya a buscarla. Porque sin ella, me va a encerrar para que me pudra en una celda el resto de mi vida o me va a matar. Estoy bastante segura de que es lo segundo —Sin embargo, estaba bastante segura de que Darius no era de los que se basan en una sola estrategia. Si la joya era el objeto para eliminar a aquellos en el poder, estaba segura de que tenía algo más planeado si yo fallaba. Lo cual era muy probable.

—Si ha esperado siete años para esto —dije—. Creo que tiene otros planes en marcha. No solo conmigo.

—Pero todos estos son paranormales extremadamente poderosos y capaces —dijo Jimmy—. Estoy hablando de los brujos, vampiros y hombres lobo más poderosos del país. No será fácil matarlos a todos... y a todos a la vez, si entiendo lo que dices.

—Tienes razón —le dije—. Por eso necesitaría algo de enorme poder. Como una bomba. Una bomba mágica —Sentí un escalofrío recorrerme la piel al pensarlo. Pero tenía sentido.

—Entonces debemos advertirles —dijo Elsa, alzando la voz—. No quiero tener esto en mi conciencia. Tenemos que decírselo.

—Tienes razón. Pero tenemos que decírselo a alguien en quien podamos confiar. Tengo la sensación de que Darius no es el único personaje turbio del Consejo Gris —Pensé en Valen—. Valen conoce a alguien en el Consejo Gris. Se supone que se pondrá en contacto con ella hoy. Le preguntaré si podemos reunirnos con ella. Llevaré a Bellamy conmigo y el expediente que he reunido sobre Darius y Adele.

—Tendrás que contarle todo —dijo Jimmy—. Sobre quién mató realmente a Adele, si quieres limpiar tu nombre.

—Lo sé —El corazón me dio un vuelco al pensar en Catelyn—. Pero Valen dice que Catelyn quiere entregarse. Cree que no le pasará nada porque es, era humana.

—Tienes razón —Elsa estaba asintiendo—. Tienes a Bellamy para respaldarte. Deberías estar bien.

Debería estar bien no era lo que quería oír. Pero no podía pensar en eso ahora. Ahora mismo, necesitábamos detener a Darius.

Y teníamos que hacerlo rápido antes de que fuera demasiado tarde.

22

Valen había conseguido concertar una cita con Migda para las tres de la tarde, lo que explicaba por qué Bellamy, Catelyn y yo íbamos en su Range Rover Sport camino a la sede del Consejo Gris en Nueva York.

Me senté sobre mis dedos, tratando de ocultar su temblor. No quería que Valen, pero sobre todo Catelyn y Bellamy, notaran lo nerviosa que estaba. Había traído toda la documentación de mi caso y mi portátil, o más bien el de Eddie. Conocía el caso al dedillo, pero no podía evitar el temblor de mis manos ni la opresión en el pecho.

Sí, estaba ansiosa por conocer a la tal Migda. Quiero decir, el único otro miembro del Consejo Gris que había conocido era Darius, y era un verdadero bastardo. ¿Quién puede decir que no era una perra helada? Pero si Valen confiaba en ella, tenía que creer que podíamos confiar en ella. Pero la sensación de frío seguía subiendo y bajando por mi espina dorsal ante la idea de volver a entrar en el edificio. La última vez que había estado allí, era una prisionera. Encerrada en una sucia celda del sótano. Ahora sabía que mis amigos habían intentado ponerse en contacto conmigo mientras estuve encarcelada, pero aun así habían sido tres días horribles y aterradores. No podía imaginarme cómo sería pasar una semana o un mes, o incluso un año.

Pero no íbamos al sótano. Habíamos quedado con Migda en verla en su despacho, probablemente en una de las plantas superiores. Bueno, al menos eso esperaba.

Estaba realmente sorprendida de que Catelyn hubiera estado tan dispuesta a acompañarme. Es decir, con Bellamy habíamos tenido que usar algunas amenazas, sobre todo a Valen mostrándole los puños y haciendo que los cerrara y los abriera. Pero la gigante había dicho que sí de inmediato, como si hubiera sido algo que tenía en mente.

—¿Seguro que quieres venir? —le había preguntado en el apartamento de Elsa, que ahora compartía con la gigante—. Quiero decir, significaría que tendrías que contarle lo que realmente pasó con Adele. Ya sabes, esa bruja loca que te hizo esto —Todavía podía oír claramente el sonido del cuello de Adele partiéndose.

—Lo sé —respondió Catelyn, sus ojos se volvieron distantes por un segundo, como si ella también estuviera recordando aquel momento —. Y sigue siendo un sí. Voy a ir. Voy a contárselo todo. Valen dice que eso eliminará la acusación de asesinato que tienen contra ti. Así que por eso lo voy a hacer. Yo la maté. No tú —Había una determinación definida en su frente. Quería hacer esto por mí. Como

dije antes, Catelyn era mi heroína. Incluso ahora, después de todo lo que le había pasado, seguía queriendo ayudar a pesar de que eso la expusiera y revelaría que había matado a Adele, aunque Adele se lo merecía totalmente.

Y una vez más, había dejado a mi pobre hermanita al cuidado de mis amigos.

—Quiero ir contigo —Había dicho Shay cuando me senté a su lado en el sofá con la bolsa y el portátil listos para salir.

—Tengo tanto que contarte —empecé—. Pero el Consejo Gris no es lugar para niñas —No es lugar para nadie, en realidad, solo para gente despectiva que quiere que les obedezcas. No quería volver allí, pero tenía que hacerlo.

Shay me entrecerró los ojos.

—Me estás abandonando. Otra vez.

Sentí que me arrancaba el corazón con cada palabra.

—No quiero hacerlo. *Tengo* que hacerlo —A Shay no le impresionaba lo que yo decía. A mí tampoco. Esto estaba yendo peor que cuando lo practiqué en mi mente—. Escucha —Alargué la mano para tocar la suya, pero ella la retiró. Bueno. Auch—. Valen nos va a llevar al cine después de la reunión. Luego vamos a tener una agradable cena en su restaurante —*Porque hay algo que tenemos que discutir*.

Pero entonces, Shay se levantó y entró en su dormitorio dando un portazo.

—No te pongas nerviosa. Todo irá bien —dijo Valen mientras frenaba en un semáforo en rojo.

Se me encendió la cara. Estaba nerviosa, pero no necesitaba que me llamara la atención.

—¿Por qué *estás* nerviosa? —Bellamy se movió en el asiento trasero y, por el rabillo del ojo, vi que se inclinaba hacia delante todo lo que le permitía el cinturón de seguridad—. ¿Hay algo que no nos estás contando? —su voz subió de tono—. Si estás nerviosa, significa que algo va mal. Da media vuelta. Tenemos que volver. ¡Vuelve ahora!

Dejé escapar un suspiro.

—Tranquilo. No pasa nada. Solo estoy ansiosa porque quiero que las cosas salgan bien. Eso es todo. Es un gran caso. Nada de lo que debas preocuparte.

Bellamy emitió un sonido de desaprobación en su garganta.

—Claro que estoy preocupado. Me estás echando a los lobos. Y ni siquiera puedo opinar. Más vale que me mates y ya está.

Puse los ojos en blanco y me apreté contra el asiento cuando el todoterreno volvió a ponerse en marcha.

—No vamos a echarte a los lobos —Capté una sonrisa de

satisfacción en el rostro de Valen. Menos mal que Bellamy no podía verla.

—Siento discrepar —El científico brujo se echó hacia atrás y, cuando volví la cabeza, había cruzado los brazos sobre el pecho—. ¿Y si decide meterme en la cárcel? Me prometiste que estaría en libertad.

Así fue. Pero eso no dependía de mí.

—No lo hará. Vienes voluntariamente a exponer lo que Adele hizo y lo que Darius está haciendo. Esto es algo bueno. Eso va a hacer estallar el consejo, y no en el buen sentido.

—¿Cómo así? —preguntó el brujo científico.

—Bueno, para empezar, espero que lo que estamos haciendo exponga a las otras manzanas podridas del consejo. Porque no puede ser solo Darius. Él necesitaría que otros lo encubrieran y permitieran que sus planes siguieran adelante durante tanto tiempo.

Bellamy tenía la cara desencajada.

—Entonces necesitaré protección las veinticuatro horas —parpadeó y luego añadió—: Durante el resto de mi vida.

Sí, le encantaba ser dramático.

—No lo necesitarás. Darius no tendrá a nadie trabajando para él cuando acabemos. Esos Brujos Oscuros ya no irán tras de ti. Y después de que desenmascaremos a Darius y sus planes de usar la joya en la asamblea de mañana, será difícil por un tiempo, pero estoy segura de que el consejo volverá a funcionar en poco tiempo —No tenía ni idea, pero necesitaba a Bellamy tranquilo. No quería que arruinara nada con Migda.

—¿Qué joya? —la voz de Bellamy contenía un tenue lazo de preocupación—. ¡Lo sabía! ¡Hay algo de gran importancia que no me estás contando!

Mis ojos recorrieron a Catelyn, y vi rastros de sospecha en su rostro, como si pensara que yo también les ocultaba algo.

Mierda. Mi propio estrés estaba haciendo que no me concentrara. Nunca les había hablado a Bellamy ni a Catelyn de la joya. A Bellamy porque pensé que podría usarla para sí mismo, como su «tarjeta para salir de la cárcel» con Darius para evitar que intentaran matarlo. Pero Bellamy era inteligente. Sabía cosas, y tal vez sabía lo de la joya.

Lo miré fijamente y le pregunté:

—¿Qué sabes de la Joya del Sol?

—¿La Joya del Sol? —repitió Bellamy, como si se lo estuviera aprendiendo de memoria. Frunció los labios y dijo—: Nunca he oído hablar de ella. ¿Por qué? ¿Qué es? ¿Es valiosa? —Sus ojos se abrieron de par en par y pude ver *exactamente* a qué tipo de valor se refería.

Negué con la cabeza.

—No en el sentido que estás pensando. Pero es valiosa para Darius. No sé lo que es. Nunca me dijo cómo era, solo que la quería. Y que yo

la encontraría con mi magia estelar —Se había equivocado en eso—. Me hizo buscarla, y fue su forma de darme permiso para salir de mi celda.

—Así que *así* es como saliste —dijo el científico brujo, como si hubiera estado pensando en ello y, de algún modo, le molestara que yo estuviera fuera de aquella celda.

Apreté la mandíbula y reprimí mi creciente ira. Lo último que necesitaba era perder los estribos y hacer volar a Bellamy del todoterreno con mis ataques de magia.

—Nunca la encontré.

—Lástima —dijo el brujo científico—. Si valiera dinero, podría haberme comprado una nueva vida.

Entrecerré los ojos mientras Catelyn negaba con la cabeza. Sabía que el brujo era egocéntrico, pero esto ya era demasiado. Me alegraba de no habérselo dicho antes. Podría haberme abandonado e ir tras ella él mismo. Lo habría hecho.

—Creemos que es un arma —dijo Valen de repente—. Algo que va a usar contra los otros miembros del Consejo Gris mañana durante la asamblea. Por eso es imperativo que hablemos con Migda hoy. Tiene que saberlo y advertírselo a los demás.

—Me sorprende que un miembro de alto rango del Consejo mate a sus propios asociados —Bellamy comenzó a pasar una mano por su cinturón de seguridad—. Mal gusto, digo. Estoy muy sorprendido.

—Yo no —Catelyn miró por la ventanilla. Claro que no. Todo su mundo había cambiado de la noche a la mañana debido en parte a Darius. Adele actuaba bajo sus órdenes, aunque tal vez se había desviado un poco. La gigante aún se estaba adaptando. Valen me dijo que había estado practicando con Catelyn varias veces a la semana para controlar su forma de gigante o lo que a mí me gusta llamar su alter ego de «niña grande», pero si alguien odiaba a Darius más que yo, era Catelyn.

Me di la vuelta, pensando en lo que había traído, con la esperanza de no olvidar nada.

Miré a Valen cuando el todoterreno frenó ante una señal de Alto.

—¿Crees que nos creerá? Básicamente le estamos diciendo que uno de los tipos a los que votó para ocupar un puesto en el consejo junto a ella está planeando un asesinato en masa. Y que estaba detrás del proyecto OTH.

Valen me miró, y entonces el Range Rover volvió a ponerse en marcha.

—Migda es buena gente. Te caerá bien. Y, sí, te creerá.

—Más le vale —murmuró Bellamy—. O todo esto —extendió las manos—, habrá sido en vano.

Después de eso, se hizo el silencio entre nosotros, todos perdidos

en nuestros pensamientos.

Valen giró a la izquierda y el todoterreno entró en un gran aparcamiento. Encontró un sitio vacío y apagó el auto.

Se volvió para mirarme.

—¿Lista? —La preocupación marcaba sus facciones un poco más de lo habitual, pero seguía siendo guapo en esa forma de hombre bestia y rudo.

Sonreí.

—Claro que sí.

Salimos todos del Range Rover y nos dirigimos a las puertas dobles de cristal de la entrada del edificio. No me resultaban familiares, aunque ya había estado aquí antes. No reconocía nada de la estructura exterior del edificio. Había estado tan angustiada, enfadada y asustada que lo único que me importaba era subir a aquel taxi que me llevaría lejos del edificio del Consejo Gris y de vuelta al hotel. Nunca le presté mucha atención.

Parecía el típico edificio de mediana altura con su exterior gris y muchas ventanas en todos los niveles. No lo mirarías dos veces al pasar. Y los humanos ni siquiera sabrían que era una sede para nosotros, los paranormales. Ni siquiera necesitaba glamour.

Valen nos abrió la puerta y entré.

Caminé hacia una gran entrada del tamaño del vestíbulo del Hotel Twilight. Era una habitación espaciosa, de dos pisos de altura, con altísimos ventanales desde el suelo hasta el techo, que dejaban entrar grandes cantidades de luz natural. Las enormes puertas dejaban entrever habitaciones igualmente espaciosas al final del pasillo. Algunas obras de arte colgaban en las paredes, pero nada me llamó la atención.

Al igual que en el Hotel Twilight, al final de la entrada, frente a nosotros, había un largo mostrador. Estaba vacío.

—¿Es normal que esté tan vacío? —le pregunté a Valen mientras caminaba a mi lado, Catelyn y Bellamy estaban justo detrás de nosotros.

—Tal vez se fueron temprano por hoy —Al gigante no parecía molestarle en absoluto que el edificio de la sede del Consejo Gris estuviera tan vacío, tan silencioso.

Pero a mí sí.

Todas mis banderas de advertencia estaban izadas y ondeando en una ráfaga de viento emocional.

—No es tan lujoso como pensé que sería —declaró Bellamy—. Es muy sencillo. Siempre lo imaginé más moderno. Pero parece que fue moderno. En los años noventa.

Mis ojos se desviaron hacia la puerta de metal negro que había junto a los ascensores, y mi pulso se aceleró. Reconocí aquella puerta.

Llevaba a los calabozos de la primera planta, donde había pasado tres días, un lugar que no quería volver a ver jamás.

El taconeo de mis botas sonaba tan fuerte en los suelos oscuros y pulidos que apenas podía oír los tacones de Valen rozando a mi lado. Eso, y también por el martilleo de mis oídos.

Las puertas del ascensor se abrieron y todos seguimos a Valen al interior.

—Está en el último piso —Valen pulsó el número veinte del panel —. Está ansiosa por conocerte. Dice que está deseando conocer a su primera bruja de luz estelar.

Intenté sonreír, intenté encogerme de hombros para quitarme esa sensación de nerviosismo que ahora me envolvía la garganta, pero no pude.

Quería estar más relajada como Valen. Quería confiar en ella. Pero no podía. ¿Y si no me creía? ¿Y si me devolvía a aquella celda?

Las puertas del ascensor se abrieron y avanzamos por un corto pasillo. Frente a nosotros había una sola puerta.

Una placa metálica con la inscripción *Migda Madden, Miembro del Consejo Gris* colgaba del lateral de la puerta.

—Aquí es —dijo Valen—. Es el único despacho de esta planta —se acercó a la puerta, llamó dos veces y entró.

Entramos en un despacho extravagante, que parecía del tamaño de toda la planta de un edificio. El techo tenía al menos seis metros de altura y las ventanas iban del suelo al techo, lo que nos permitía ver Central Park. No estaba nada mal. El suelo de madera oscura y pulida nos recibió mientras nos dirigíamos al centro de la oficina. A la izquierda había una zona para sentarse, con modernos sofás grises sobre una exuberante alfombra persa de color beige claro y azul. A la derecha de la oficina, frente a nosotros, había un enorme escritorio de una costosa madera pulida que me hizo preguntarme cómo cabía en el ascensor. Altos estantes con libros se alineaban en el lado de la pared sin ventanas. La música clásica flotaba en el ambiente, dándole a la oficina un aire más cálido y acogedor. El tenue aroma de las velas me encontró, junto con algo más.

Sangre.

Espesa, casi asfixiante. La repentina tensión en los hombros de Valen me dijo que él también lo había olido.

—Esto es bonito —dijo Bellamy, sonriendo mientras respiraba hondo, asimilándolo todo—. Me pregunto cuánto le pagarán — Maldito brujo científico.

Catelyn guardó silencio mientras permanecía de pie en medio del despacho. Parecía tan nerviosa como yo. Y posiblemente un poco verde.

Nada parecía fuera de lugar. No pude ver ningún signo de lucha.

Pero eso no explicaba el olor a sangre. O por qué estaba vacío.

—¿Dónde está Migda? —le pregunté a Valen, con la voz tensa y apenas perceptible.

Valen negó con la cabeza, con los músculos del cuello y los hombros tensos.

—No lo sé. Dijo que estaría aquí.

—Probablemente se esté retrasando —dijo Bellamy, admirando el despacho. Se quedó mirando los sofás, como si quisiera probarlos.

—No lo creo —dije. Era una reunión demasiado importante para llegar tarde. Tal vez Darius llegó primero. Tal vez la asustó.

Maldita sea.

Me dirigí al escritorio y dejé caer mi bolso y mi portátil. Tal vez encontraría algo que explicaría por qué llegó tarde.

Encontré algo. Pero no era lo que pensaba.

Tumbada en el suelo, detrás del escritorio, había una mujer de piel morena, arrugas marcadas y pelo canoso a juego con su bata. Descansaba sobre un gran charco de sangre, que formaba un charco pegajoso a su alrededor. Sus ojos oscuros miraban fijamente, sin vida.

Un corte de color rojo intenso le atravesaba la garganta. La sangre oscura le corría por el cuello.

Migda estaba muerta.

23

El pavor me apretó las entrañas hasta que creí que iba a vomitar.

—¿Es ella? —le pregunté a Valen. Aunque nunca la había conocido, era bastante obvio que se trataba de una miembro del consejo con quien se suponía que debíamos reunirnos.

Y la habían matado por eso. Por mi.

El gigante estaba a mi lado, mirando a la mujer, obviamente muerta, con un gruñido en la cara.

—Sí, es Migda —Se arrodilló junto a ella y le pasó la mano por los ojos. Cuando retiró la mano, sus párpados estaban cerrados.

—Qué asco —dijo Bellamy, que se había unido a nosotros—. ¿Y ahora qué? Si ella no puede ayudarnos, ¿hay alguien más? Hicimos todo ese viaje hasta aquí. ¿Quizá haya otro miembro del consejo con el que podamos hablar?

Compartí una mirada con Valen. Su expresión sombría lo decía todo. Migda había sido la única persona en la que confiaba. Y ahora la habían matado. No teníamos a nadie más de nuestro lado.

El hombro de Catelyn chocó contra el mío cuando se puso a mi lado.

—¿Quién haría algo así?

—Yo lo haría —dijo una voz aceitosa que yo conocía demasiado bien.

El Brujo Oscuro de pelo plateado entró en la habitación. Un grupo de doce hombres le flanqueaba por ambos lados, brujos también, por los fuertes impulsos de energía cálida y fría que emanaban y el olor a azufre. Eran una mezcla de Brujos Blancos y Oscuros.

—¡Ah! —gritó Bellamy—. ¡Son ellos! Son los que intentaron matarme —Me jaló y se agachó detrás del escritorio, con los zapatos pisando la sangre de Migda.

Dirigí mi mirada hacia Darius.

—¿Cómo lo supiste? —Alguien le había hablado de nuestro encuentro. No fue Migda. No. Alguien en quien ella confiaba, y había sido engañada, como nosotros. Y había perdido la vida por ello.

Darius sonrió.

—No revelo mis fuentes —Sus ojos grises me recorrieron—. Parece que tu pequeño plan no funcionó. ¿Qué creías? ¿Que de alguna manera podrías sacarme del consejo? ¿De verdad pensabas que te creerían?

Apreté la mandíbula.

—Sí —Mis ojos se dirigieron a las altas ventanas. El cielo estaba despejado y el sol era un brillante globo amarillo. De ninguna manera podía alcanzar mi luz estelar, la poca que podía, no cuando el sol me tapaba tanto como lo estaba haciendo en este instante.

Mierda. Esta era una de esas veces que deseaba que mi magia no fuera tan jodidamente limitada.

Darius juntó las manos frente a él.

—Me decepcionas, Leana. Creía que teníamos un trato. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que ibas a apuñalarme por la espalda. Después de que te mantuve fuera de esa celda.

—¿Quieres decir después de que manipularas el sistema para que me metieran ahí en primer lugar? —Mis ojos recorrieron a los doce brujos. Su magia era diferente, pero todos llevaban las mismas túnicas de lino—. ¿Y esas túnicas? ¿Van a una convención de *Star Wars*?

—Tu plan no salió muy bien. ¿Verdad? —La cara de Darius se ensanchó en una falsa sonrisa, y deseé tener mis luces estelares conmigo para poder dispararle a través de esas ventanas—. Mujeres. Son criaturas tan engañosas. Manipuladoras. Hermosas, sí, pero aún así perras que necesitan ser destrozadas.

Ante eso, toda la pandilla de brujos de Darius se rio y me gruñó, todos juntos, despreocupados y ofensivos. No parecía importarles haber matado a uno de los suyos, nada menos que a una miembro del Consejo Gris, y que siguiera tirada en el suelo.

Se me abrió la boca.

—¿Acabas de llamarme perra?

—Hay que poner a las mujeres en su sitio —continuó el brujo de pelo plateado—. Ninguna mujer debería haber estado en la junta. Demasiado emocionales. No pueden tomar las decisiones correctas. Por ejemplo, Migda. Pensaba con el corazón, no con la cabeza, cuando decidió escuchar tu caso. Y mira lo que le pasó.

La culpa me golpeó duro. No conocía a esa mujer. Pero estaba muerta por mi culpa. De eso no me cabía duda.

—Acéptalo, Leana —dijo Darius mientras se arremangaba su traje azul marino oscuro—. Las brujas son inútiles. Tu poder es limitado. Nunca podrán ser tan poderosas como sus homólogos masculinos. No tienen lo que hace falta. Les falta la fuerza, la inteligencia. Por eso es mejor que se queden en casa, removiendo sus calderos.

Enarqué una ceja.

—Remover calderos me parece divertido —Vi que Catelyn se tensaba a mi lado. No era estúpida. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir, y yo no tenía magia de sobra. No tenía nada más que mi boca inteligente y mi ingenio, lo que no ayudaría en este momento.

El miedo me roía el estómago. No por mí, sino por mis amigos. Por Shay.

Darius nos miró lentamente a mí y a los demás.

—¿Algunas últimas palabras antes de morir? —rio—. ¿Nada? —Su rostro se dibujó en una tristeza fingida—. Ah, bueno. Deberías haberte ocupado de tus propios asuntos. Ahora tus amigos van a morir por tu culpa.

Sí. No necesitaba más del sentimiento de la culpa. Era bastante buena culpándome yo misma. Aun así, tenía muchas ganas de correr hacia él y jalarle su estúpido pelo plateado.

El aire zumbó de repente con energía bruta, pulsando a través de la habitación.

—Oh, no. Oh, no —se lamentó Bellamy—. Está ocurriendo. Todos vamos a morir. Me dijiste que me mantendrías a salvo. ¡Y ahora voy a morir por tu culpa!

Sí, una parte de mí también quería jalarle el pelo.

Mi ropa y mi pelo se levantaron a mi alrededor mientras los brujos seguían invocando su magia. El olor a tierra, hierba y agua mezclado con podredumbre y azufre se elevó en el aire. Sentí el poder de los elementos interactuando, moviéndose y destellando energía.

Los cánticos llenaron el aire. Sus voces adquirieron un tono de cruel satisfacción cuando algunos de los brujos continuaron con algún conjuro que no reconocí. Sílabas oscuras y demoníacas atronaban los labios de otros brujos.

Una combinación de magia blanca y oscura. Esto será interesante. Si hubiera podido conjurar mi magia de luz estelar, habría sido una fiesta mágica.

Un destello vino de mi derecha. Con un tirón de sus musculosos brazos, Valen se arrancó la ropa. Cuando cayeron al suelo, en lugar de su metro ochenta y cinco normal se erguía en unos cinco metros. Un gigante con duros músculos abultados a lo largo de los brazos y con unas manos capaces de aplastar un auto, por no hablar de cabezas humanas.

Siguiendo su ejemplo, Catelyn se arrancó la ropa justo cuando su rostro se hinchaba, hasta que su cuerpo triplicó su tamaño normal. Un ceño fruncido marcaba su prominente frente, y su mandíbula superior sobresalía en un gruñido. Su forma gigante medía unos cuatro metros. No tan grande como Valen, pero casi.

Parecía tener un control razonable sobre su forma gigante. Podía cambiar tan rápido como Valen. Parecía que la había entrenado bien. Esperemos que también le haya enseñado a pelear.

Supongo que estábamos a punto de averiguarlo.

Otro brujo juntó sus manos, murmurando algún conjuro. Chispas rojas volaron alrededor de sus manos, y luego bolas de fuego rojas se cernieron sobre ellas. La sonrisa que me dedicó lo decía todo: no puedes salir de esta con la luz de las estrellas.

Tenía razón. Y odiaba tener que depender de Valen y Catelyn para que me protegieran. ¿Pero qué otra opción tenía?

Mierda.

—Quédate abajo —le dije a Bellamy, pero no era necesario. Estaba prácticamente dentro de uno de los cajones del escritorio, por la forma en que estaba tan apretado contra él.

Me di cuenta de que Darius se movía dentro de la habitación y apoyaba la espalda contra la pared, con las manos sobre el pecho, claramente sin querer ensuciárselas. Me llamó la atención y me dirigió una sonrisa cómplice, de esas que dicen que estoy a punto de morir.

La frustración me golpeó con fuerza, pero el miedo se había instalado en lo más profundo de mi ser. Por mucho que intentara reprimirlo, no dejaba de crecer hasta que se tensó tanto que me provocó náuseas. Los hombros se me tensaron. Me sentía atrapada. Sí, tenía a dos gigantes conmigo, pero no sabía cómo ni si eran susceptibles a la magia o si eran impenetrables.

Eran doce contra... dos, en realidad. Y con esas probabilidades, si fuera de noche y tuviera mi magia estelar, no me lo habría pensado dos veces. Pero no tenía magia, y con doce brujos experimentados, las cosas se complicaban mucho más.

Estaba tan jodida. ¿Por qué siempre me ocurrían estas situaciones? Tal vez si causaba una distracción, todos podríamos salir corriendo. Sí, no lo creía. Era demasiado tarde para eso.

El frío se filtró por mi espalda. Se me apretaron las tripas. Deberíamos habernos quedado en casa.

La risa baja y burlona de Darius creció en profundidad, pero luego se desvaneció con un sonido amargo.

—No te preocupes —ronroneó—. Todo acabará pronto.

—Que te jodan —gruñí. El odio que sentía por el Brujo Oscuro me hacía temblar el cuerpo.

La cara de Darius mostró un gesto de rabia. Levantó la mano y chasqueó los dedos.

Una mezcla de ráfagas de energía, rojas, azules, verdes y negras, salieron disparadas en espiral hacia nosotros.

Bien, hora de entrar en pánico.

No era estúpida. No iba a dejar que me frieran el culo. Así que hice lo que cualquier bruja inteligente de luz estelar haría a media tarde. Me agaché.

Oí un estruendo ensordecedor y me llovieron astillas de madera y trozos de papel.

—*Quédate aquí* —dijo Valen en su forma gigante, su voz fuerte estaba por encima del zumbido de mis oídos mientras estallaba en movimiento y corría para hacer frente a la avalancha de brujos.

Catelyn, la gigante, corrió tras él. Gracias a la diosa, el techo era lo

suficientemente alto. Porque, eso habría sido incómodo.

Como nunca hago lo que me ordenan, me arrastré hasta el otro lado del escritorio, enfrente de donde Bellamy estaba agazapado y acobardado, pasé por encima de Migda, por desgracia, y me asomé.

De los brujos salía energía a raudales. Bolas de fuego y fuerzas cinéticas, todas iban a por Valen y Catelyn.

Una ráfaga de energía azul estalló en el pecho de Valen en un rugido de llamas azules.

Me congelé, pensando que se quemaría. Pero el gigante apartó las llamas, como si quemaran o incomodaran, pero no lo suficiente como para detenerlo. Al principio, me sentí aliviada, pensando que los gigantes eran inmunes a la magia. Pero con una mirada a su pecho carbonizado, supe que no era así.

Catelyn gritó al recibir el impacto de un rayo verde en el muslo. El olor a pelo quemado llenó la habitación.

Maldición. Odiaba no poder hacer nada. Me sentía como una tonta, una tonta bruja inútil.

Hablando de tontos, Bellamy lanzó un grito y su cuerpo tembló cuando otra ráfaga de energía cinética se estrelló contra el escritorio. Los fragmentos explotaron y nos bañaron a los dos en polvo y astillas de madera.

Tosí y me enjugué los ojos. Cuando miré a mi alrededor, el escritorio había desaparecido. Bueno, no había *desaparecido* del todo. Solo era un montón de madera y polvo.

Con el corazón palpitante, me puse en pie. No iba a morir de rodillas.

Valen le lanzó un sillón a uno de los brujos. Le dio en el pecho y salió disparado hacia atrás, golpeando la pared con un crujido horrible. Se deslizó hacia abajo y no se levantó.

Uno menos, quedan once.

Catelyn, siguiendo el ejemplo de Valen, lanzó una estantería contra dos de los brujos. Golpeó a uno de ellos, sepultándolo bajo ella, pero el otro brujo se apartó de un salto. Con las manos llenas de energía azul, extendió la muñeca y una cadena de electricidad azul golpeó a Catelyn.

Ella gruñó y cayó de rodillas, la magia azul se enrollaba sobre su cuerpo como chispas de corriente eléctrica. El brujo seguía azotándola con la misma magia.

El miedo se apoderó de mi garganta. Pensé que iba a morir. Pero la gigante se puso en pie de un salto, agarró al brujo por el cuello y le estampó la cabeza contra la pared, aplastándolo como un cupcake de frambuesa. Vale, eso fue asqueroso.

En un instante, Valen noqueó a otro brujo con un poderoso empujón de su mano. En un estallido de músculos, el gigante agarró al

mismo brujo y lo levantó como si fuera un simple muñeco, antes de partirlo por la mitad.

Sí. Eso también fue bastante asqueroso.

Dos brujos más dispararon su magia contra el gigante. Valen tropezó y se me cortó la respiración. Rugió, le dio un manotazo al brujo más cercano, como si fuera un mosquito molesto, y tomó la cabeza del brujo entre sus enormes manos, aplastándole el cráneo. Oí un estallido y el sonido de huesos aplastándose antes de que el brujo quedara inerte entre sus manos.

Giró y dio una patada, su pie aterrizó contra el cuello de otro brujo. Con un chasquido, la cabeza del brujo quedó colgando en un ángulo de noventa grados.

Aunque pareciera que íbamos ganando, varios brujos muy capaces seguían enfrentados a dos gigantes.

Miré a Darius, que no se había movido. Sus hombros se balanceaban arriba y abajo mientras reía. Me miró y sus ojos grises brillaron de diversión.

Se apartó de la pared y de sus labios brotó una lengua extraña y oscura. El aire de la habitación bajó unos grados. De sus manos goteaba oscuridad, una especie de energía negra que solo había visto en demonios.

—Es hora de que esto termine.

Darius extendió las manos. Unos tentáculos de electricidad negra golpearon a Valen y Catelyn, envolviéndolos como cuerdas negras. La energía se tensó, apretando sus brazos contra sus costados. No podían moverse.

Valen gritó mientras intentaba liberarse de las ataduras mágicas, pero no pudo. Y Catelyn tampoco. Cayó al suelo de costado, el edificio tembló con su peso, inmóvil y rígida, como si estuviera hecha de cemento.

Bueno, eso no era bueno.

Bellamy parecía haberse dado cuenta de eso también. Lo siguiente que vi fue la pequeña masa del científico brujo mientras corría, más rápido de lo que creía posible para unas piernas tan cortas, hacia la salida de la habitación, dejando tras de sí un rastro de huellas ensangrentadas.

—¡Bellamy! ¡Cobarde! —grité. No debería haberme sorprendido. Se trataba de Bellamy, el brujo gallina más cabrón y poco de fiar que jamás había existido.

Un puño salió de la nada y me golpeó en un lado de la cabeza. Me lanzó con fuerza hacia mi izquierda y, si no hubiera plantado las piernas en el último momento, me habría tirado al suelo. Tropecé y me di la vuelta, parpadeando con manchas blancas y negras en los ojos.

—Estúpida perra —gruñó el brujo que me había golpeado—. ¿Creías que podías derrotarnos con tus pequeñas mascotas?

Supongo que mis mascotas eran Valen y Catelyn.

—Obvio —No tiene sentido mentir.

Darius se acercó, y el brujo que me había golpeado se hizo a un lado.

—Deberías haber hecho tu trabajo y mantener la boca cerrada. Nada de esto habría pasado. Ahora, tus amigos van a morir por tu culpa, lo cual es una pena. Los gigantes están «de moda» en este momento —miró a Valen, que seguía luchando contra las ataduras mágicas—. Pero antes, les quitaré a ambos lo que sea necesario. Adele tenía la idea correcta, aunque sus métodos eran un poco descuidados. Los gigantes volverán a levantarse. Al igual que todas las razas paranormales.

Miré a Valen a los ojos. Su rostro era una máscara de miedo, no por él, sino por mí. Era incapaz de salvarme. Igual que yo era impotente para salvar mi propio culo. Este era un lío de gigantescas proporciones.

La idea de perder a Valen despertó algo en mí. Y un lento ardor de furia se arraigó.

—Esto otra vez. ¿Todavía vas a tratar de cambiar a los humanos? No va a funcionar. La comunidad te detendrá.

—*La comunidad te detendrá* —se burló Darius creyendo que sonaba como mi voz—. Leana, Leana, Leana. ¿Cuándo aprenderás? ¿No lo ves? Los humanos son un cáncer. Están arruinando este mundo, llevándose sus recursos naturales, plagándolo de industrialización. En pocos años, el mundo se enfrentará a la devastación. Pero yo lo salvaré. Le devolveré la tierra a quien estaba destinada.

—¿A ti? —adiviné.

El Brujo Oscuro me mostró una sonrisa, con los dientes demasiado brillantes, y dio un paso más.

—Así es.

Ahora estaba tan cerca que podía oler el azufre y algo parecido al alcohol que rezumaba de él. Mi siguiente pensamiento probablemente no fue inteligente. No, fue realmente estúpido. Pero la desesperación requería un poco de locura.

Así que cedí a la locura.

Cerré el puño y ataqué, poniendo todo lo que tenía en mi velocidad ya que apenas podía ver. Mi puño se encontró con su mandíbula. ¡Bien! No tenía ni idea de que tuviera unas habilidades de combate tan notables.

La cabeza de Darius se echó hacia atrás. Me miró furioso y sorprendido de que lo hubiera golpeado. Los dos lo estábamos. ¡Yupi!

Se rio, enseñando los dientes, y pude distinguir vetas de sangre. Al

menos le había dado a él y no al aire junto a su cabeza.

Valen lanzó un grito ahogado y, cuando lo miré, vi algo más que miedo en sus ojos y en su cara. Vi un pánico desesperado. Sí, pensó que no debería haber golpeado al Brujo Oscuro. Demasiado tarde para eso ahora.

Una mano me agarró del pelo y un puñetazo me golpeó el pecho, dejándome sin aire y haciéndome caer de rodillas por el dolor. Levanté la vista justo cuando un zapato me golpeaba en la cara.

El golpe me hizo retroceder y unas estrellas negras bloquearon la visión que me quedaba.

Ay.

Caí al suelo, con la cara mojada de lágrimas y posiblemente de sangre.

Parpadeé. Una sombra bailó ante mis ojos.

—Puedes matarme —dije, saboreando la sangre en la boca mientras recuperaba lentamente la visión—. Pero se acabó. Así que cualquier plan que tuvieras para mañana, se acabó. Sí, sé lo que estabas a punto de hacer. Y créeme, se lo dijimos a todos —No es verdad, pero él no lo sabía—. Así que puedes despedirte de eso.

Darius se echó a reír y luego empezó a aplaudir.

—Eres una mentirosa. Como todas las mujeres. Pero probablemente eres la peor mentirosa que he visto. Necesitas trabajar en eso.

—Que te jodan.

—Sé que no es verdad. Sé que solo se lo dijiste a Migda. ¿Quieres saber cómo? Porque eso es lo que me dijo antes de que la matara.

Escupí la sangre de mi boca.

—Todavía no se ha acabado. Tu plan no funcionará. Nunca encontré esa joya que tan desesperadamente querías que encontrara. La busqué. Realmente lo hice. Pero no está aquí en esta ciudad. Así que estás jodido.

Una sonrisa se dibujó en la boca de Darius.

—Oh, pero te equivocas, Leana. Encontraste mi joya.

—¿Cómo dices?

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios del Brujo Oscuro mientras miraba algo detrás de mí.

—Imagina mi sorpresa de que la trajeras aquí contigo.

Me di la vuelta y casi me muero.

Shay estaba en la puerta.

24

Shay, mi hermana de once años, que debería estar en el Hotel Twilight con mi pandilla del piso trece, estaba en el umbral del despacho de Migda. ¿Qué demonios hacía aquí?

Ignorando a Darius, corrí hacia ella justo cuando Shay corría hacia mí. La atrapé y la cogí en brazos, sintiendo por primera vez lo pequeña que era. No era más que piel y huesos.

Me aparté y la miré a la cara.

—¿Shay? —Sacudí la cabeza, preguntándome si tal vez estaba sufriendo algún tipo de colapso mental y ella no estaba realmente aquí —. ¿Cómo sabías dónde estaba?

Shay parpadeó.

—Te oí hablar con Elsa y Jade. Sabía que vendrías aquí.

Supongo que sus auriculares eran solo para aparentar. Había estado escuchando nuestra conversación todo el tiempo.

—Pero... ¿cómo llegaste aquí? —No. No. No. Esto estaba mal. Esto no estaba pasando.

Shay se encogió de hombros.

—Cogí un Uber.

—¿Con qué dinero? —A menos que nuestro padre le hubiera dado algo, nunca lo había hecho.

—Agarré cincuenta dólares del bolso de Elsa.

Me di una palmada en la frente.

—Diosa, ayúdanos —sacudí la cabeza—. ¿Pero cómo sabías dónde encontrarme? —El edificio era enorme. Era imposible que nos hubiera encontrado ella sola.

—Bellamy me lo dijo. Lo vi en el vestíbulo de abajo.

Lo juro, ese científico brujo iba a acabar muerto en mis manos. Sabía que nos estaban pateando el trasero. ¿En qué demonios estaba pensando al dejarla venir aquí?

Agarré a Shay y la empujé detrás de mí, protegiéndola con mi cuerpo lo mejor que pude. Las lágrimas me corrían por la cara. Darius las vio y soltó una risita. No me importó. Las palabras que usó me vinieron a la memoria. Pero no tenían sentido.

—Sabía que si esperaba, si era paciente, la encontrarías —dijo Darius, y vi a las brujas restantes reunirse junto a él—. Sabía que podías hacerlo.

—¿De qué coño estás hablando? —Mi rabia rezumaba fuera de mí. Estaba enloquecida por la abrumadora sensación de proteger a mi

hermanita con todo lo que tenía. Ella tenía que escapar. Tenía que huir.

Darius señaló a Shay detrás de mí.

—La Joya del Sol. De verdad, Leana. Tu estupidez empieza a ser molesta.

Giré la cabeza y le susurré a Shay:

—Cuando te diga *corre*, correrás como una bala.

Ella asintió, con los ojos muy abiertos por el miedo.

Me dolía la garganta cuando volví a mirar a Darius.

—No sé de qué estás hablando.

El Brujo Oscuro soltó un suspiro dramático.

—Mira, tú eres una bruja de luz estelar. Y tu hermanita también. Sí, ya sé que es tu hermana. Sé más de ti de lo que tú crees.

—Maravilloso.

—Lo que pasa con las Brujas de Luz Estelar —empezó—, es que no sabes qué estrellas te responderán, cuáles están vinculadas a qué bruja. Como tú, tu poder está algo limitado a esas tres estrellas. Pero tu hermana... bueno... ella es diferente.

Las palabras de mi padre volvieron rápidamente. Shay era poderosa. Nunca lo había visto, pero eso no significaba que no fuera cierto.

—Es solo una niña —dije, con el corazón latiéndome en el pecho —. Llévame a mí en su lugar. Déjala ir.

Darius me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Dejarla ir? ¿Estás loca? Llevo años esperando esta oportunidad. Y tú me la trajiste. Gracias por eso.

—Vete al infierno. No puedes tenerla —Un oscuro pánico tomó forma en mis entrañas—. Tómame a mí. ¿O me tienes miedo? ¿Miedo de una mujer? ¿Es eso? —Pude ver por el ceño fruncido en su cara que había tocado un nervio. Así que continué—. Oh, ya entiendo. Me *tienes* miedo.

—No seas ridícula —Darius había perdido la sonrisa, la presión le tensaba los hombros mientras sus dedos se crispaban a los lados.

Así que sonreí por los dos.

—Me deseas. En el fondo, sabes que me deseas. ¿Quieres empujar ese pequeño pajarito dentro de mí? ¿Estoy en lo cierto? Pero no puedes. No puedes hacerlo. Porque tendrías que amarrarme. ¿Verdad? Es la única manera de que se te pare —Moví un dedo para una mejor demostración—. No puedes hacer el amor con una mujer porque ninguna mujer te querría. No. Tienes que cogerlas por la fuerza.

Los brujos hombres miraban a Darius como si no estuvieran seguros de si creerme o no. Darius se dio cuenta de ello.

La furia marcó su rostro.

—¡Cállate, puta! —siseó mientras se acercaba.

—Sabes que es verdad —continué. Aún estaba más cerca—. No se te levanta si no me atas. Mira. Hasta suena como una rima.

Las manos de Darius goteaban esa misma oscuridad mientras se acercaba a mí. Para abofetearme o atacarme con su magia, no lo sabía.

Pero si mi plan iba a funcionar, tenía que ser ahora.

La adrenalina me inundó.

—¡Corre! —grité, empujando a Shay hacia atrás, al tiempo que lanzaba la poca magia de luz estelar que podía reunir. La pequeña onda de magia salió de mis manos y golpeó al Brujo Oscuro. Se tambaleó. No fue mucho, pero bastó para distraerlo.

Darius agitó su mano. Una descarga de electricidad oscura se elevó sobre mi cabeza. Giré justo cuando la magia oscura se aferraba a la puerta, como dedos negros y enjutos, y la cerraba.

Shay tropezó y golpeó la puerta con las palmas de las manos para detener su impulso. Luego, agarrando el picaporte, intentó abrirla, pero no cedió.

Se volvió y me miró a los ojos.

—Lo siento.

Negué con la cabeza.

—Esto no es tu cul...

Grité. Un dolor abrasador me recorrió la espalda y me golpeó profundamente. Me doblé y caí al suelo, convulsionando. Me hice un ovillo mientras la maldición que me había golpeado se extendía por mi torrente sanguíneo, quemándome. Sentía que la cabeza se me partía en dos y el dolor me nublaba la vista. El olor a carne quemada llenó mi nariz. Mi carne. Me estaba quemando por dentro.

La maldición pareció partirme en miles de pedazos, unidos solo por mi piel y mi voluntad. Un dolor abrasador estalló en mi cabeza y la negrura inundó mis ojos. No podía ver, pero seguí aguantando.

Mis músculos dejaron de agarrotarse y respiré entrecortadamente. Respiré otra vez y luego otra. Mis músculos se relajaron, dejando solo mi cabeza palpitante y el sabor de algo metálico en mi boca.

—Tráeme a la chica —oí decir a Darius entre el martilleo de mis oídos.

Recorrí la habitación con la mirada. Dos brujos agarraron a Shay por los brazos y la arrastraron hacia Darius.

—No —resollé—. Déjala. Suéltala —Apenas podía respirar, y mucho menos hablar.

—¿Dejarla ir? —Darius se inclinó sobre mí—. Jamás. Ahora que la tengo. Necesito lo que hay dentro de tu hermana. Necesito ese poder. Y será mío.

El miedo cayó en cascada por el rostro de Shay, y mi corazón se hizo añicos ante lo que vi allí. No podía hacer nada. No podía salvarla.

—No. No le hagas daño.

Darius me parpadeó, su rostro estaba cuidadosamente inexpresivo.

—Has cumplido tu propósito. Ya no te necesito. Pero me quedaré con tu hermana. Hasta que haya cumplido su propósito. Hasta que me dé lo que quiero.

Mis labios temblaron.

—Ella es solo. Una pequeña. Niña.

—*Ella es solo. Una pequeña. Niña* —Volvió a burlarse Darius. Su mirada era altiva. Y con un movimiento de su muñeca, envió otro disparo de su magia oscura hacia mí, enviando una ráfaga de oscuridad desde él, ondulando como una ola de muerte.

La oscuridad me golpeó. Fue el mismo tipo de dolor que antes. Solo que más intenso. Y todo se volvió oscuro.

No supe cuánto tiempo estuve inconsciente, pero desperté y parpadeé ante unos ojos gris pálido.

—No eres lo que esperaba —dijo Darius—. Eres mucho más irritante y simple de lo que pensaba.

Me llegó un grito y levanté la cabeza para ver a Shay luchando contra sus captores. Pataleaba e intentaba morder. Buena chica. Pero eran mucho más fuertes que ella. Se detuvo y me miró. Las lágrimas recorrían mi rostro. Me hubiera gustado pasar más tiempo con ella. Hubiera deseado conocerla mejor, y ella a mí. Solo entonces me di cuenta de lo sola que había estado todos estos años tras la muerte de mi madre. La familia era importante. Siempre había fingido que no lo era para no sentir el dolor y el vacío.

Y ahora que tenía familia, una hermana, estaba a punto de perderla.

Y a Catelyn. Y a Valen. Mis ojos viajaron hasta donde él estaba. No se había movido. No podía. Seguía atrapado en aquellas cuerdas mágicas, sin poder hacer nada más que ver cómo se llevaban a Shay y luego cómo me matarían a mí.

—Lo siento, Shay —resollé, deseando poder decirle algo más, pero sentía el cuerpo destrozado. No aguantaría mucho más.

Darius se arrodilló. Me pasó una mano por la cara.

—Voy a matarte como maté a la perra de su madre.

Mierda. Darius había matado a la madre de Shay.

Sus ojos chisporrotearon con algún deleite maligno al pensarlo. Era un hijo de puta espeluznante. Pero eso no era lo que me tenía mirando con la boca ligeramente abierta.

Shay tenía la cara enrojecida y sus ojos brillaban con una furia salvaje.

Y entonces ocurrió algo extraordinario.

El cuerpo de Shay empezó a brillar. Un poco al principio, y luego el brillo se intensificó hasta que fue difícil seguir mirando. Pero lo

hice. Aunque sintiera que me ardían las retinas, no podía apartar la mirada de Shay.

Brillaba como una estrella, una estrella brillante. ¿Pero cómo? Las Brujas de Luz Estelar no podían hacer su magia durante el día. Al menos, no así.

Unos rayos de luz emanaban de ella como ondas de calor. Los dos brujos que la sujetaban gritaron de dolor, la soltaron y se alejaron de ella.

Apenas podía ver su cara con toda la luz, pero lo que podía ver era una máscara de oscura furia. Sus ojos encontraron a Darius.

—No —dijo, retrocediendo lejos de mí. Giró sobre sí mismo y corrió hacia la puerta.

Y entonces, un rayo de luz salió disparado del centro de Shay y golpeó a Darius.

Lanzó un grito estrangulado mientras su cuerpo estallaba en cenizas.

Vaya mierda.

Acto seguido, Shay giró y, de nuevo, rayos de luz salieron de ella y alcanzaron a dos o tres brujos más. Con sonidos de estallidos, como el crepitar de un fuego, sus cuerpos se convirtieron en cenizas, igual que el de Darius.

Los brujos restantes no se quedaron ahí esperando a ser fritos por la magia de mi hermanita. Oí un fuerte estruendo y desvié la mirada a tiempo para ver cómo la puerta del despacho rebotaba contra la pared mientras salían corriendo.

Volví a mirar a Shay, intentando verle la cara para determinar si sabía lo que acababa de hacer. No todos los días se quitaba una vida, y ella acababa de quitar cuatro. Pero no podía leerle la expresión en su cara, no con tanta luz. Quería decirle que estaba bien. Que no tenía elección. No quería que se sintiera culpable. Extrañamente, tenía la sensación de que no lo haría.

—¡Leana!

Parpadeé para ver la cara de Valen, su cara humana, y lo siguiente que recuerdo es que me estaba abrazando. Supongo que las ataduras mágicas de Darius desaparecieron con su muerte. Me alegro.

—Ella se ve mal —Catelyn apareció junto a Valen—. Tenemos que llevarla con Polly.

Sabía que tenían razón, pero necesitaba ver a Shay.

—¿Shay?

—Aquí —Shay estaba de pie junto a Valen. Ya no brillaba. Me miró, y grandes lágrimas gotearon de sus ojos verdes.

—Así de mal estoy, ¿eh? —le pregunté con una sonrisa. Probablemente me veía como la muerte.

—Mucho peor —Shay se miró el cuerpo—. No entiendo lo que ha

pasado.

—Yo sí —levanté la cabeza, los brazos de Valen me sujetaban con fuerza—. Ha sido tu magia de luz estelar.

El rostro de Shay se arrugó de confusión.

—Pero es de día. No lo entiendo.

Sonreí a mi hermana.

—Eres la Joya del Sol. Tu estrella *es* el *sol*. La más poderosa de todas las estrellas —Por eso mi padre quería que estuviera protegida. Es por eso que Darius la quería. Quería usarla para matar a los miembros del Consejo, y Dios sabía qué más.

La cara de Shay se iluminó y una sonrisa se dibujó en ella.

—Genial.

Me reí, pero me arrepentí al instante, porque me dolía todo.

—Genial.

Y entonces la oscuridad se apoderó de mí.

25

La decimotercera planta rebosaba de vida. Todos los inquilinos estaban fuera de sus apartamentos, todos agrupados alrededor de las largas mesas, repletas de comida y todas las bebidas alcohólicas que se te ocurran, disfrutando de la compañía, las alegres conversaciones y las celebraciones.

Dichas celebraciones eran las fiestas que Elsa, Jade y Julian habían decidido organizar en mi honor, o mejor dicho, en honor de que todos los cargos de asesinato en mi contra fueran retirados.

Era una celebración del tipo «el cabrón está muerto» y todo el mundo estaba invitado.

Me desperté cuatro horas después de mi desmayo, en mi cama, rodeada de mis amigos, Valen y Shay, que se había acurrucado a mi lado y estaba profundamente dormida. No la culpaba. Usar su magia estelar la agotaría. Había usado mucha de ella. Y al ser su primera vez, necesitaba descansar.

—Llevas horas durmiendo —me había dicho Elsa.

—Cuatro horas —había corregido Jade.

Me apoyé en los codos, viendo a Valen en una silla junto a mi cama con una sonrisa en la cara.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste —Polly se acercó y me tendió una taza—. Bebe esto. Te han dado una paliza mágica. Vas a necesitar mucho tiempo para recuperarte, y tendrás que estar monitoreada.

—¿Monitoreada? —Cogí la taza. Estaba fría.

—Para asegurarnos de que no tengas una recaída —dijo Polly—. Solo por precaución.

Tomé un sorbo y me estremecí.

—¡Caray! —resoplé—. Qué asco.

—Oh, cállate —ordenó Polly—. Bébetelo todo. Yo esperaré —La cocinera se cruzó de brazos, lanzándome una mirada retadora.

Hice lo que me ordenó y le di la taza vacía.

—Gracias —Ya me sentía menos mareada y mis entrañas ya no parecían licuarse—. Entonces me desmayé. ¿Y luego qué? —Miré a mi lado a Shay, que seguía durmiendo, y sonreí. Dios, qué cuchi era.

—Ha estado ahí desde que te acostamos —dijo Valen, con las emociones a flor de piel en su voz, lo que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas—. No se ha separado de ti.

Parpadeé rápido y me aclaré la garganta.

—Necesita dormir.

—Llamé a los demás miembros del Consejo Gris después de que te desmayaras —Valen se movió en la silla—. Catelyn las llevó a ti y a Shay con Polly mientras yo los esperaba.

Mis ojos encontraron a Catelyn, que estaba de pie junto a la puerta.

—Gracias, Catelyn —Había luchado valientemente, había luchado por nosotros, por su nueva comunidad.

Valen se inclinó hacia delante, sus ojos se fijaron en los míos.

—También llamé a los jefes de todos los paranormales de Nueva York. Quería que vieran lo que Darius había hecho. Lo que le hizo a Migda. Les conté lo que había pasado. Les di tus notas y tu computadora con todos los archivos de Darius. Espero que no te importe. Ahora es evidencia.

—Me debes una laptop nueva —le dije, sonriendo—. ¿Qué hay de los brujos de Darius que huyeron? —Recuerdo que unos cuantos salieron corriendo por la puerta cuando vieron de lo que era capaz mi hermanita.

Valen mostró los dientes en una sonrisa.

—Enviaron un equipo a buscar a los brujos. Créeme, los encontrarán —Se pasó los dedos por el pelo—. Hablando de fugitivos. Fui a buscar a Bellamy.

Tragué saliva, con la garganta aún irritada.

—¿Y? ¿Lo encontraste? —Sentí que me invadía la ira. El bastardo nos había abandonado y luego había enviado a mi hermanita donde sabía que correría peligro. No creía que debiera volver a verlo nunca más. No creía que pudiera evitar estrangularlo.

La sonrisa de Valen creció.

—Oh, lo encontré. Ahora está con el Consejo Gris. Lo dejé hace una hora —Me miró a la cara, radiante—. Esos cargos falsos contra ti han desaparecido.

—¿En serio? —Miré a Catelyn.

—Catelyn volvió y habló con los miembros del Consejo Gris después de dejarlas a ti y a Shay —dijo Valen—. Les contó todo.

—Les confesé que *yo* maté a Adele —dijo la gigante, con la mirada clavada en mí—. Me escucharon. Me tomaron muestras de sangre para asegurarse de que era quien decía ser. Tuve que enseñarles mi identificación, pruebas de mi trabajo y mi partida de nacimiento. Después de eso me creyeron. Me dijeron que sentían lo que me había pasado y que no presentarían cargos contra mí.

Le sonreí.

—Me alegra oírlo.

—Te has librado —dijo Jade, dedicándome una sonrisa cómplice —. Deberían darte un aumento. Ya sabes, por salvarles el culo.

Después de eso, me levanté de la cama con cuidado de no despertar a Shay y me di una buena ducha caliente. Me sentí de maravilla, pero mi cuerpo seguía dolorido. Emocionalmente, estaba agotada. Necesitaría unos días de descanso.

Es por eso que horas más tarde estaba tomándome a la fuerza una taza del brebaje curativo frío de Polly, porque primero, sabía a pies, y segundo, porque sabía que lo necesitaba.

Polly me había dado instrucciones estrictas de evitar el alcohol durante una semana para que mi cuerpo pudiera curarse. Eso, y que tenía que ingerir su brebaje curativo especial tres veces al día con una comida.

Vi a Julian junto a las gemelas. Ambas llevaban vestidos negros, tipo góticos. Le estaba agarrando la mano y besándole el cuello a una guapa morena que reconocí como la madre de las gemelas, Cassandra.

—Vaya, vaya, vaya —Sonreí, sabiendo cuánto tiempo llevaba enamorado de ella. Mi teoría era que todas aquellas mujeres con las que se había acostado eran su forma de intentar olvidar a Cassandra porque ella no le daba ni la hora. Y ahora míralos. Me alegré por mi amigo.

Jade tenía una copa de vino en una mano y le pasaba los dedos por el pelo a Jimmy, que parecía encantado de que su mujer cuidara tan bien de él. Eran tan tiernos que podía vomitar.

Fue una fiesta maravillosa. Y probablemente costó una pequeña fortuna, pero no me atrevía a hablar de mi falta de fondos en ese momento. Estaba sin trabajo. Una vez que me sintiera mejor, tendría que empezar a buscar.

Catelyn conversaba con uno de los inquilinos, pero no recordaba su nombre. Era un brujo, de aspecto agradable, y estaba inclinado junto a ella, aparentemente muy interesado en lo que le estaba contando.

Vi que Shay estaba junto a Valen. Tenía la cara roja, riéndose de algo que le había dicho el gigante. Le dio un puñetazo a Valen y luego se llenó la boca con lo que parecían patatas fritas.

—Ahora es otra chica —dijo Elsa cuando se unió a mí—. Mírala. Ha cambiado.

Asentí con la cabeza.

—Así es. Y es un buen cambio. Ahora tiene más confianza. Pero... —suspiré.

—¿Qué pasa? —Elsa me miró a la cara—. ¿Te sientes cansada? ¿Quieres ir a acostarte?

—Más tarde. Pero me refería a Shay. Me preocupaba que pudiera tener un pequeño ataque de pánico después de matar a esos brujos. Los quemó en pedacitos. Y es tan joven. Eso afectaría a cualquiera. No quiero que sufra por algo así. Aunque nos haya salvado la vida. Es

mucho lo que tiene que asimilar.

—Lo es —Elsa dirigió su mirada a Shay—. Parece estar bien, pero estoy de acuerdo. Quizá dentro de unos días deberías sentarte con ella y hablar. Solo para estar seguros.

—Sí. Buena idea. Lo haré.

—Leana.

Me giré al oír mi nombre y encontré a Basil de pie detrás de mí.

—¿Estás aquí por lo del apartamento? —supuse que me quería fuera por lo que le hice a Errol. Lo había aceptado—. No puedes despedirme por lo que le hice a Errol. No estoy en nómina.

Basil rechazó mi comentario con la mano.

—Olvídate de Errol. Puede ser insufrible. Estoy aquí por negocios.

Elsa y yo compartimos una mirada.

—¿Qué negocios?

—Me gustaría ofrecerte tu trabajo de nuevo.

No me digas.

—¿Y Oric? —Mi mirada se dirigió a Jade y Jimmy, que nos miraban y sonreían.

—Se ha ido —el director soltó un suspiro—. Puede que haya sido un poco prematuro apartarte de tu puesto. Y yo... —se aclaró la garganta—. Te pido disculpas.

—Eso dolió. ¿Verdad?

Basil entrecerró los ojos.

—¿Aceptarás tu trabajo en el hotel?

—Con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Basil.

—Quiero un aumento del diez por ciento.

Basil abrió los ojos, pero cerró la boca.

—Ahora tengo una hermana a la que cuidar, así que necesitaré más dinero. ¿Qué me dices? —Le tendí la mano y esperé.

Finalmente, Basil la cogió y la estrechamos.

—Trato hecho —Giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud de paranormales.

—Más motivos aún para celebrarlo —dijo Elsa, alzando su copa junto a mi taza, y chocamos las dos en un brindis.

Sentí el pinchazo de unos ojos clavados en mí. Seguí la sensación. Matiel, alias mi padre, estaba en la puerta de mi apartamento. Me miró y desapareció en el interior.

—Discúlpenme un momento —Dejé a Elsa y me dirigí a mi apartamento—. Me alegro de que hayas venido —le dije cuando me reuní con él en el salón.

—Shay parece tan feliz —dijo con una tristeza tan tierna en los ojos que toda mi ira se evaporó.

Suspiré.

—Sí, lo está. ¿Por qué no me dijiste que su magia estelar provenía del sol?

Matiel se encogió de hombros, una acción muy similar a la de Shay.

—Porque no estaba seguro. Sentí su poder. Sabía que era extraordinario. Pero no podía decir si era el sol o la luna o incluso solo una gran selección de estrellas.

Me arrastré hasta el sofá y me senté.

—Bueno, Darius lo sabía.

—Estás herida. Siento lo que pasó.

Levanté la vista hacia él.

—Los ángeles nunca persiguieron a Shay. Era Darius. Un miembro loco de pelo plateado del Consejo Gris. ¿Lo sabías?

—No sabía quién estaba tras ella. Solo sabía que alguien la perseguía. Aunque la legión aún podría querer echarle un vistazo.

—Ni en sueños —gruñí—. No.

Matiel sonrió ante mi enfado.

—Me alegro de que la quieras. Como debe ser.

—Sí. Es mi hermana. Haría cualquier cosa por ella —Las palabras sonaron sinceras mientras salían de mi boca.

—Sabía que era buena idea traértela —dijo el ángel, orgulloso.

Levanté la mano.

—Tranquilo. Tienes suerte de que todo haya salido bien. Podría haber salido al revés. Podrían haberse llevado a Shay. Podrían haberla matado.

La angustia arrugó el rostro del ángel.

—Lo sé. Pero ella está bien. Tú estás bien. Y me alegro mucho por ello. De verdad que sí.

Aparté la mirada de las emociones de su rostro. No quería ponerme emocional.

—Él mató a su madre, ¿sabes? —le dije—. Darius. Él la mató. Y luego Shay lo mató. Ella lo mató con su... poder de luz solar —No sabía cómo llamarlo. Ella lo arrasó como si no fuera nada. Si no fuera mi linda hermanita de luz estelar, me habría cagado de miedo.

Matiel guardó silencio un momento.

—No lo sabía. Sabía que la habían matado, pero no sabía quién lo había hecho. Encontré a Shay dos semanas después, viviendo en la calle con unos chicos de su edad —frunció el ceño al recordar algo. Probablemente el estado en que la encontró. Medio muerta de hambre, sucia y fuera de sí por el miedo.

Maldita sea.

—Ella nunca estará en las calles. Nunca más —Algo se me ocurrió —. ¿Intentaste esconder a Shay en un convento? ¿En una iglesia? ¿Un psiquiátrico?

Matiel asintió.

—Intentos fallidos. ¿Cómo lo supiste?

Le resté importancia.

—Eso no importa ahora —Porque Darius estaba muerto. De alguna manera había averiguado dónde mi padre había intentado esconderla. Por eso me había enviado a esos lugares, con la esperanza de que encontrara a mi hermana y la llevara hasta él.

Me moví en el sofá, intentando ponerme de pie, pero me caí hacia atrás, con una mueca de dolor.

—Vale. Creo que me quedaré aquí sentada un rato.

Matiel se acercó hasta quedar a mi lado.

—Puedo curarte, si quieres.

Me lo pensé.

—No, gracias. Esto me recuerda lo cerca que estuve de perderlo todo. Estoy bien.

—¡Papá!

Ambos nos volvimos al oír el ruido de los zapatos agitando la alfombra mientras Shay entraba galopando en el apartamento y aplastaba su cuerpo contra el de su padre.

—Eh, cabeza de chorlito —dijo Matiel mientras besaba la parte superior de la cabeza de su hija.

—¡Adivina qué! —dijo Shay, con los ojos grandes mientras miraba fijamente a su padre—. ¡Soy una Bruja del Sol!

Sonreí. Supongo que ese era un nombre apropiado para sus habilidades. Podía ser una bruja de luz estelar como yo, pero Bruja del Sol sonaba mejor. Más malota. Era perfecto.

Me escocían los ojos cuando por fin levanté el culo del sofá y dejé que padre e hija pasaran un rato juntos. Volví para unirme a la fiesta, con el cuerpo dolorido, pero ya casi no lo sentía.

Estaba demasiado feliz.

26

Estaba en el tejado del Hotel Twilight, junto a Shay, contemplando los autos y los peatones que caminaban por las calles de noche. El aire era mucho más fresco aquí arriba. Empezaba a marearme en la decimotercera planta, atestada de paranormales, con olor a sudor corporal, cigarrillos y alcohol.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Shay, inclinándose sobre la barandilla.

—A veces —Sobre todo cuando espío a un gigante desnudo—. Siento mejor las luces de las estrellas cuando estoy afuera y en las alturas.

—Genial.

Desvié la mirada hacia Valen. Se había alejado un poco para dejarnos un rato a solas. En su gigantesco cuerpo, la luz de la luna se reflejaba.

Me alegré de que Valen hubiera seguido mi consejo y se hubiera hecho unos pantalones cortos improvisados. Ya sabes, para cubrir algunas de sus partes que se agitaban. Totalmente inapropiado para una niña de once años.

Miré fijamente a Shay.

—Me alegro de que tu padre haya venido esta noche.

Shay giró la cabeza para mirarme.

—También es tu padre.

—Lo es. Pero es diferente. Yo no lo conocía cuando tenía tu edad. Mi madre no lo quería cerca.

—¿Por la legión de ángeles?

Levanté las cejas. Era muy lista.

—Sí. Estaba asustada. No estoy segura de que fuera la decisión correcta, pero ella pensaba que sí. Y lo respeto.

La cara de Shay se arrugó mientras pensaba en ello.

—Pero ahora lo conoces.

—Lo conozco. Y me agrada.

Esa parecía ser la respuesta correcta, ya que se le iluminó la cara.

—Es un padre genial. Vendrá a visitarnos una vez a la semana. Hice que lo prometiera.

Me reí.

—Me alegra oír eso —Sí. Sería bueno para Shay y para mí empezar a conocer a mi padre biológico. Pero me alegraba más por ella. Ella lo necesitaba. Estaba más allá de la necesidad de una figura paterna.

—Shay, quería preguntarte algo. Por eso vine aquí —Esperé hasta tener toda su atención—. Verás, Valen se preguntaba si tú y yo podríamos mudarnos con él. En su apartamento encima de su restaurante. Es bonito, grande y lujoso. Mucho más espacio que mi apartamento.

—¿Tendría mi propia habitación? —Shay me miraba, sus ojos verdes grandes, y no parpadeaba.

Por supuesto, eso era importante para ella. Más aún a medida que se hacía mayor.

—Sí. Una habitación enorme. El doble de grande que la que tienes ahora. Y tiene su propio cuarto de baño.

Sus ojos verdes brillaron. Se encogió de hombros y dijo:

—Bueno.

Me quedé con la boca abierta y miré a Valen, que parecía tan sorprendido como yo. Pero entonces sus facciones se ensancharon en una enorme sonrisa. Como gigante, esa mirada era a la vez aterradora y emocionante. No sabías si significaba que te comería o te besaría.

Volví a mirar a Shay.

—¿De verdad? ¿Estás segura? —Es decir, quería vivir con él, pero no lo haría si ella no se sentía cómoda con la idea.

Shay se encogió de hombros.

—Sí. Valen es genial. Pero, ¿y tu apartamento?

—Hablé con Catelyn. Se va a quedar con mi apartamento —Había encontrado a Catelyn en el apartamento de Elsa justo antes de la fiesta y había sacado el tema. Estaba muy sorprendida y emocionada con la idea de tener su propio espacio. Aún no lo había hablado con Basil, pero viendo lo desesperado que estaba por tenerme de nuevo como empleada del hotel, no creía que fuera a negarse a nada de lo que le pidiera por el momento. Y eso lo iba a aprovechar. Además, era lo menos que podía hacer por ella después de lo que hizo por mí: confesar, ante el Consejo Gris, que había matado a Adele y que se retiraran los cargos contra mí.

—Bueno. ¿Cuándo nos mudamos? —preguntó Shay.

No había pensado en eso.

—¿En unos días? ¿Qué te parece?

Shay frunció los labios.

—Vale, pero no te olvides de decírselo a papá.

Me reí.

—No lo haré —Respiré el aire fresco de la noche—. Umm. Hay otra razón por la que quería que subieras aquí conmigo.

Me conecté a mi luz estelar, a ese pozo de magia celestial, al núcleo de poder de las estrellas en lo alto. El aire fresco de la noche palpitó con energía justo cuando una bola de luz blanca y resplandeciente flotó sobre mi mano.

Soplé en la palma de la mano y la bola estalló en miles de diminutas estrellas de luz brillante. Las estrellas en miniatura cayeron sobre Shay, rodeándola y dejando estelas de reluciente polvo blanco. Las estrellas giraron y bailaron a su alrededor, levantándole el pelo, y algunas se posaron en sus palmas como luciérnagas.

Shay soltó una carcajada cuando mis luces estelares la recibieron como a una amiga a la que habían echado de menos durante años. Su cara de felicidad hizo que las costillas me aplastaran el corazón. Eso, y el nuevo hombre de mi vida. Valen. Era difícil no pensar en todos los momentos sensuales que viviríamos juntos. El fuerte y sexy hombre-bestia era todo mío. Todo mío.

—*¿Están listas, señoritas?* —preguntó el gigante, acercándose a nosotras.

Miré a Shay.

—¿Quieren dar un paseo?

Los ojos de Shay pasaron de Valen a mí.

—Sí.

—De acuerdo. Estamos listas.

Valen se acercó y cogió con cuidado a una risueña Shay. La colocó sobre su hombro izquierdo y luego me levantó a mí y me colocó sobre el derecho.

Shay soltó un chillido.

—¡Guau! ¡Qué genial! ¿A dónde vamos? —Su voz era aguda por la emoción.

Me reí y miré hacia abajo.

—A donde nos lleve la noche.

La risita de Valen era un rumor en su pecho, y lo sentí en sus hombros y a lo largo de la base de su cuello. Desplacé mi peso al sentarme en el hombro del gigante, poniéndome cómoda y sintiendo una mezcla de excitación y felicidad. Tenía un nuevo hombre en mi vida. Una nueva hermana. El trabajo perfecto. Tenía todo lo que siempre había deseado y algo más.

Era hora de empezar mi nueva vida como Merlín del Hotel Twilight y de estar ahora con Valen y Shay.

Por primera vez, me sentí satisfecha y completa.

Y entonces, con Shay y conmigo en sus hombros, el gigante se dirigió al borde del tejado y saltó.

EL GIGANTE Y LA BRUJA

4

LAS BRUJAS DE NUEVA YORK

KIM RICHARDSON

Autora bestseller del *USA TODAY*

LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com